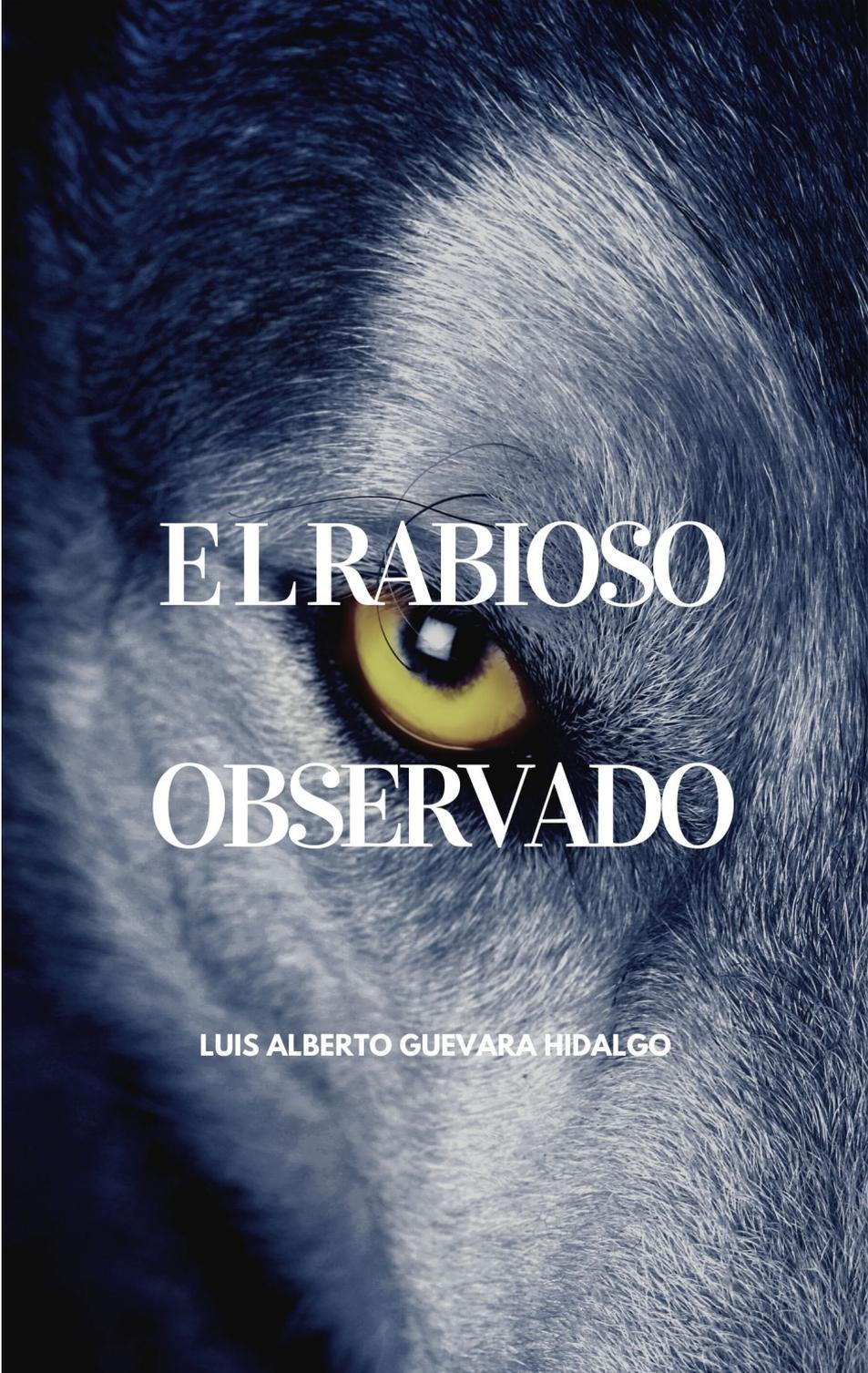


EL RABIOSO OBSERVADO

LUIS ALBERTO GUEVARA HIDALGO

A close-up, high-contrast photograph of a dog's face, focusing on its eye. The fur is dark and textured, with the eye being a bright, intense yellow. The lighting is dramatic, highlighting the individual hairs of the fur.

EL RABIOSO
OBSERVADO

LUIS ALBERTO GUEVARA HIDALGO

Capítulo 1

LUIS ALBERTO GUEVARA HIDALGO

EL RABIOSO OBSERVADO

El rabioso observado

Φ Segunda novela : 2020, Luis Alberto Guevara Hidalgo

Prologo : 2020, Luis Alberto Guevara Hidalgo

Φ Autor:

Luis Alberto Guevara Hidalgo

Φ megustaescribir.com:

Φ Certificado de Registro:

El presente documento acredita que en el Registro de Propiedad Intelectual de SAFE CREATIVE tuvo lugar con fecha 22 de noviembre de 2020 a las 0:35 UTC la inscripción de la obra con código 2011225957268

y título "EL RABIOSO OBSERVADO" realizada por el usuario LUIS ALBERTO GUEVARA HIDALGO con código 2010173608888.

□Δ□□

PROLOGO

El Perú tuvo una historia desde su independencia dictaduras militares, uno de ellos encabezada por el general Velasco Alvarado entre 1967 y 1974, y por lo que es más triste por un ciudadano civil de descendencia extranjera entre 1990 y 2000. Durante esos años, en las ciudadelas universitarias se creaban organizaciones políticas de todas las marcas posibles para enfrentar los atropellos, frenar toda censura ideológica, persecución y crímenes de algunos estudiantes de políticas radicales.

Aquella atmósfera nublosa de reuniones de los candidatos, de los obreros y estudiantes en las principales plazas de la ciudad de Lima, obraba en un pesimismo, desaliento y sin futuro del país de los años venideros, fue el núcleo que me impulsaron a armar una historia inspirados en mi alma mater y de un compañero de estudios. Poseía esas facciones del buen orador, de ser alguien en la política interna y externa de la universidad, lo veíamos entre semana parado en la esquina de la facultad realizando discursos rabiosos a toda la comunidad universitaria, pero a los pocos años de graduado se lo llevó el cáncer.

Para inventar la historia, tuve que introducir dos personajes más, que mezclando y uniendo virtudes de otros compañeros que conocí, para darle forma y que cobraran vida gracias a las libertades de la ficción. Y por las amenazas de parte del terrorismo internacional a las grandes potencias, la otra locación, Sídney Australia, fue ideal más algo de fantasía, ilusiones e indicar que la vida se moviera en la física cuántica y un mundo real.

Jugando con el tiempo, espacio de las coordenadas virtuales y reales en dos dimensiones paralelas, que tratarán de salvarnos y guiarnos que sería sin duda, más adelante uno de los grandes acontecimientos de la humanidad que nos enfocará en un nuevo destino.

Sídney, octubre de 2020

<<Contemplábamos a los navegantes que dejaban llenar el vaso de vino y empezaron a beber a sorbos delicados. En el exterior de la casona se dibujaba vistas de hermosos valles, y la finca que albergaba las bodegas de vinos espumosos. Varias velas ardían en cada esquina de la casa y se olían los toneles de vinos completamente macerados del sótano. Las mesas grandes decoradas de uvas rojas y verdes, muchas botellas, y sobre el piso numerosas almohadas de colores descansaban los tacones y los pies de las finas señoras del reinado, usando sus largas y decoradas gorras de flores. Entre los presentes, el marino James Cook conversando con sus discípulos y contándoles sus hazañas del descubrimiento de unas tierras para los convictos y presidiarios.>>

<<—Que linda casona, huele bien y que decoraciones.

—Así es, que lindo paisaje se aprecia, y aquí puede descansar mis pies sobre estas almohadas sin quitarme los zapatos.

—Si tienes razón.

—¿Se dieron cuenta?

—Creo que no, si no ya nos hubieran expulsado.

—¿Y esos marinos?, creo que están discutiendo.

—Es un navegante que descubrió New Holland.

—Pero, tengo entendido que fue la navegación española, los portugueses y los holandeses que avistaron y señalaron esas tierras. Existen mapas y cartas cartográficas.

—Así es, pero años después los documentos y mapas fueron aprovechadas por la armada británica.

—Observa, uno de los navegantes se acerca.>>

<<<El atractivo desconocido parecía pasear su mirada distraídamente sobre ellas. La menor percibió como sus ojos se detenían en ella con un parpadeo y una sonrisa cómplice que remontaba y subía desde sus pechos hasta sus labios carnosos. ¿Era su imaginación?, mientras tanto fingía

sacudir ligeramente los pechos de su blusa verde y cruzar las piernas como en un cabaré.>>>

<<—¿Así?

—¿Qué querrá?

—Es guapo, observo que tiene una mirada muy penetrante.

—No juegues con tu mechón de pelo, y deja esa sonrisa radiante que muestras.

—Con esto bastará.

—Bueno, pronto lo sabremos.

—Buenas noches, señoritas. Les he estado observando y me preguntaba si pudiera sentarme a su lado y ofrecerles unas copas de vino.

—Claro, ¿Cómo se llama usted?

—En primer lugar, no se dirija de usted. Me pueden llamar Giordano.

—Su rostro me parece familiar. Tiene una apariencia de los Prusianos. ¿Creo que usted debió estar en la primera y segunda guerra, no es cierto?

—Disculpe señorita, me ha puesto nervioso con esa pregunta. No sé de qué me habla, no sabía que las guerras tenían números.

—Ah bueno, disculpe, tenemos que retirarnos, hasta pronto.

—Está bien. Señoritas, que tengan buen día.

—Levántate, y vamos rápido.

—Ah, ¡Mira! Un niño te está mirando. Que gracioso.

—¿En dónde?

—Ahí, a tu costado, detrás del cuadro.

—Ah, sí. Que guapo Chiquilín.

—¿Vamos?

—No. Ya han regresado por nosotras.

—Lo sé.

—El padre se va a molestar, ya no vuelvas a hacerlo.

—Solo una vez más, muchos lo están haciendo, en fin, pronto nos iremos, ya hemos cumplido. Y nuestros niños espirituales tendrán un Aura bueno como los demás lugares.>>

<<<En la trama de tiempos que se aproximarán, se separarán o se ignorarán. No existirán en la mayoría de esos tiempos, cada uno en su propia existencia holograma en tiempo, espacio y energía.>>>

<<<Por el otro sitio del mundo virtual de la vida de Santos, en la coordenada dos, el presidente de japon disolvía la cámara de senadores y diputados, la dictadura de un ciudadano extranjero empezaba. Mientras en ese momento, de los cuatro extremos de las facultades de mecánica, química, ambiental y de petróleo se asomaban la muchedumbre. Alumnos observaban desde las ventanas, las fotocopadoras hacían un alto en sus trabajos y la vendedora de chupetes que cantaba: no chupa, no chupa, realizaba su agosto. La bandera bicolor y de la universidad empotrados en las paredes, pancartas colgadas desde los techos, emblemas de color ladrillo en cada poste de alumbramiento con inscripciones en letras doradas. En uno se leía: <<Por la libertad>>; y en otro: <<Por la justicia>>. Dos enormes parlantes, toda la multitud con pitos y algunas pancartas. Había largos murmullos, exclamaciones, lisuras y conversaciones frente al pabellón central. El jefe del tercio estudiantil, que no lo era legalmente, pero mandaba en todas las siglas políticas del estudiantado, con seis presidentes del tercio a su derecha y seis a su izquierda, sin ningún papel entre sus manos, mirando al frente y en ambos costados, seguía:>>>

<<Orando en el trabajo de transformar profundamente las políticas de las universidades, rescatando las esencias populares y revolucionarias del tercio estudiantil. Agitando la bandera universitaria para que se encienda

los espíritus, y para que el alma mater comprenda que no hemos ingresado para continuar con la misma crisis de siempre, o para celebrar el dinero de los que lo administran. Si no, para constituir la voz del estudiantado, principalmente del graduado y el avance tecnológico y de la justicia social universitaria>>.

<<<Aplausos, gritos, arengas de la multitud, incluyendo los profesores, jefes de prácticas y trabajadores, corría su nombre de boca en boca entre los estudiantes que estaban al frente del pabellón central.>>>

<<Por eso colegas, compañeros y camaradas, en estos momentos de recuerdos, que son momentos de emoción, vivimos también momentos dramáticos de transición de inicio de transformación y de alumbramiento de una nueva ley universitaria. Y en estos momentos y en este día, es importante hacer de nuestro recuerdo del estudiantado, un instrumento afirmativo para la responsabilidad que tenemos. Y recordar al joven estudiante de 1915, y recordar al reformista universitario de 1918, y recordar a quien en 1919 se juntó a los obreros, uniendo estudiantes y trabajadores por primera vez. Y recordar a quien, en 1923, recibieron bautizo popular y de sangre al frente de las casas de estudio. Y recordar a quienes entonces escucharon!, ¡el llamado! de la revolución de México, ¡el llamado! de la revolución cubana, alentando el antimperialismo difundido y luchando por dar un sitio en la historia al estudiantado. ¡Todo eso!, ahora recordamos. Porque trabajar con el tercio estudiantil recordando ¡todo eso!, es cumplir con el estudiante. No todo aquel que diga ¡ya ingresé!, ¡ya ingresé! y ahora soy estudiante es leal a la universidad y su camino histórico. Nosotros debemos ser un estudiante actuante y revolucionario. Nosotros necesitamos un estudiante de transformación, de esencia popular y de vibración latinoamericana. Y es en nombre de ese estudiante, que yo vengo a saludar en esta tierra del alma mater, donde reposa la luz, de donde nació también, y vengo a decirles a todos ellos, que largo camino, la vieja promesa, y la larga andadura histórica no serán traicionados. Que aquellos que entregaron en la ciudadela su vida ¡heroicamente!, no serán traicionados. Que los estudiantes de todas las universidades del país que fueron expulsados y ¡marginados!, no serán traicionados. Que no serán traicionados los jefes del tercio como líder popular que fueron asesinados. Que no serán traicionados los estudiantes que lucharon por la libertad y encontrados en Cieneguilla y en Chosica, así como también sus familias. Y que no serán traicionados el estudiantado en su esencia y hambre de justicia, y que en esta ocasión en que mucho tiempo después, tenemos todos los del tercio estudiantil la oportunidad de hacer dirección a toda costa.>>

<<<Arengas y aplausos de los estudiantes con mucho fervor universitario.>>>

<<Estamos pues camaradas, en la línea de la reforma universitaria, que encendió en los jefes del tercio estudiantil, el afán del pensamiento y de la libertad, y en esa línea de independencia ideológica, hemos iniciado nuestro camino de desarrollo tecnológico. Y hemos reivindicado una concesión estudiantil de desarrollo interno, aumentando el conocimiento en ciencias para ser producir más y más a la universidad y al país. En la línea de la revolución imexicana!, que ieducó! a los jóvenes del 1910 y 1920, y que la música llegó a todos los estudiantes con el canto del estudiantado: somos y seguiremos siendo antimperialista, enarbolando el gran problema de los estudiantes pobres, para sacudir con ella, las conciencias de toda america latina y para hacer nuestra alma mater, un alma mater piloto en la reiniciación de los estudiantes pobres de la humanidad>>.

<<<Arengas y aplausos de los estudiantes, profesores, secretarias y otras entidades.>>>

<< ¡Por la libertad!, ¡por la justicia!, ¡siempre adelante, ningún paso atrás!, ¡viva nuestro compañero Roberto!, ¡viva nuestra alma mater!>>.

<<<Arengas con platillos, banderas y bombardas se escuchaban en toda la ciudadela estudiantil.>>>

<<<Simultáneamente en el mundo virtual de la vida de Roberto, en la coordenada uno, las pampas de Ayacucho se vestían de nubes de polvo, y avanzando día y noche como una ola haciendo flotar las cosas ligeras a su paso.>>>

Me acuerdo en mi habitación en Ayacucho, una madrugada escabrosa, mientras escuchaba flamear la bandera aceleradamente, observé numerosos desagradados negros. Caminaban en el comedor de mi casa, me estaban mirando con unos ojos verdosos brillosos y corrían de un lado a otro. La neblina se encrudecía y opacaba las ventanas dejando huellas lineares oblicuas de las lloviznas de la noche, que provocaba una confusión de ramas de hojas de plátano y rebaño en movimiento. Mis nervios reproducían latidos fuertes en mi corazón, se erizaban los pelos de mi brazo y se ponían como piel de gallina. No quería seguir mirando, me cobijé y me tapé con la frazada.

Me gustaba apreciar a las mujeres antiguas de los cuadros que estaban empotrados en cada recinto y a lo largo del pasadizo de la casa de mi abuela. Todos eran de la época colonial, pero, no sabía exactamente si eran españolas o inglesas. Las lindas mesas de patas de araña con tres esculturas que los sostenía y otras con algunas patas de dinosaurios, reposaban sus lindas manos con sortijas enormes en cada dedo sosteniendo un vaso de vino. Brillaban los sombreros grandes y multicoloridos, la sentada forma de la mujer se agitaba ágilmente en la enorme silla con patas de culebras, descansando los tacones cremas cocidas y decoradas sobre un par de almohadas largas y azules.

La hermana de mi abuelo con un semblante triste y con los ojos medios llorosos, estaba lista para un viaje el día de navidad, para cubrir una plaza laboral como enfermera en la selva de Iquitos. Con los ojos bien abiertos me mostraba los cuadros, pero, solo uno me llamó la atención, era pequeño y me asombró una mujer que no llevaba las decoraciones de aretes, pulseras y los famosos sombreros de aquella época. Le pregunté a mi tía, ¿Quién era la chica que llevaba un dibujo de mujer en su hombro?. Ivanna observó ocupadamente mientras me atrapaba tal cuadro que irradiaba alegría y hacerme sentir inmóvil.

—¡Que foto tan rara! —expresó mi tía.

—Robertito, pasa a tomar tu lonche con la taza favorita de los incas —llamó mi mamá que estaba conversando con la vecina de mi abuela, seguro para dar otros chismecitos cotidianos del vecindario.

—Mira tu hijo que no se mueve —dijo la vecina—. Está como hipnotizado mirando el cuadro.

—Robertito, coloquemos los cuadros en su sitio, tu abuela puede molestarse, gastó mucho dinero —dijo mi tía.

“Habían pasado los años, y en algún lado difícil de precisar, un ventarrón de aire se avecinaba sobre las pampas de Ayacucho. Donde, gemían los

ruidos de los tornados que se avecinaba, el polvo de los arenales cubría las casas y la plaza central obrando remolinos y ondulaciones. Las ventanas del hotel zumbaban por el fuerte viento, se apreciaba al frente una iglesia, la puerta que comunicaba con el municipio oscilaba a golpes y lo escuchaba a ratos desde mi cuarto. Rezaba a ratos, contemplaba la plaza, a las carretillas de los ambulantes de emoliente, sus calentitos de aguardiente, e inspirarme en ideas para seguir escribiendo.”

“Quería cambiar la historia que me atormentaba en demasía, lloraba sosteniendo la carta, a veces gritaba, no quería ver a nadie y quería estar solo. Tomándome un respiro de mis dedos con callosidades, limpié la mesa y coloqué botellas de cervezas, ron, pisco, y whiskey, para beber y pensar en los siguientes capítulos, escuchar música y embriagarme. Después introducirme de lleno a terminar la novela día y noche hasta el cansancio.”

La cocina tenía suficiente espacio para todos, con olores agradables de comida orgánica, con pintura ligera, uniforme, y las molduras de la puerta fuertes y macizos. Ayudaba a preparar el almuerzo después de una larga travesía de trabajo en el campo de cultivo. La mesa, enorme y oscuro de color marrón, y brillante bajo la luz de la mañana que se resplandecía a través de los cristales de la sala y auténtico de roble. Mis narraciones de mi inquietud de ser escritor y viajar a varios países, sobre todo, adonde, abundaban la enseñanza de la literatura les producía vértigo de miedo y tristeza. Nunca en la familia se había alejado nadie del seno familiar. Trataba de convencerles de vivir en los rascacielos de la ciudad moderna, debido, a que siempre me consideraba un hombre de la ciudad y no del campo, aunque, me gustaba la naturaleza y vivir en ella. Pertenezco a la ciudad —me decía constantemente. Me inspiraba en la vida bohemia del actor Frank Sinatra, y sus músicas famosas que tanto le gustaba a mi padre. El comedor poseía dos sillones, uno grande en una esquina y el otro mediano frente al televisor, y varias sillas de patas de gato. Prefería el primero, tenía la costumbre de sentarse cómodamente, en un recinto de la sala frente a la radio, y disfrutar de la música del cantante. Siempre acompañado de un vaso de whiskey y un libro entre sus manos, que se sumergía de lleno casi todo el día entre los fines de semana en la música clásica, y devorar todas las páginas.

—¿En qué piensas Roberto? —preguntaba mi mamá—. Te he notado muy pensativo estos días.

—Estoy muy preocupado sobre mi futuro cuando viajemos a Lima y dejar nuestra casa —Dije, seguía comiendo mi papa rellena que era uno de mis platos favoritos a parte de la causa y la ocopa—. No quisiera irme de aquí y dejar todo, mis amigos, mi dormitorio, la granja, mis ovejitas y extraer

la leche de la vaca.

—Tendrá que ser así —dijo mi papá—. Si todo va bien, y se mejore la situación, podemos regresar.

—Ojalá así sea —dije, miro por los cristales el rebaño, el cultivo—. Justo, ahora que ya puedo ayudarte en los cultivos de las legumbres.

Suena una avellana en el cielo, brinda luces rojas y amarillas iluminando la plaza de Chonta, en la parte sur de Ayacucho. Se apreciaba el paso de la banda de un colegio nacional, globos de varios colores son esquivados, pero, otros sin suerte soportaban el dolor a sabor a carcajadas de alegría. Mientras, otro grupo danzaban alrededor del árbol que simbolizaba la yunza. Seguían los reventones de las avellanas, el paso de la vaca loca alrededor de la plaza y de la gente, que daba chispazos en las orejas, nariz y por la boca, correteando a todo aquel que se le enfrentase. Haciéndoles bailar, correr y asustando al público que se dibujaban en su rostro unos mimos pintados de color blanco y completamente mojados.

Los días transcurrían, un día por la tarde el calor infernal llegaba hasta llegar a los treinta y cinco grados, que provocaba a la población que se reunieran en los diferentes rincones de la plaza, sentarse en las bancas, en el jardín, y saborear las delicias culinarias del pueblo. Muchos campesinos que albergaban las cantinas bebiendo cervezas locales en demasía, continuaban el siguiente paso, dormir en las bancas, al costado de las faldas de los árboles, en las veredas, al costado del monumento de la plaza, o platicaban mesuradamente y reían con disonancia. Tras sus voces se escuchaban a los perros ladrar de hambrientos y sedientos. Los niños, adolescentes y adultos, jugaban al carnaval público, se lanzaban los globos multicolor en sus cuerpos, y de vez en cuando, que lo permitía se dejaban pintar los rostros con betún negro y polvo blanco, luego ser cargado con cuatro personas y llevarlos a un charco de agua y embarrarle por completo. Por el otro lado, el Perú retornaba a la democracia, después de quince años de corrupción y se convocaban una vez más las elecciones presidenciales.

A lo largo de esos días del mes, el pueblo disfrutaba de las procesiones y fiestas patronales. El alcalde anunciaba la clausura en la cede principal, y contemplaba la alegría de la población. Tarareaba desde mi casa con mi mamá las notas del himno nacional, al oír en una confusa mezcla de trompetazos y cantos descoordinados con el mismo sonido, que llegaba segundo y medio después a través de los vientos. Los primeros juegos pirotécnicos se elevaron en completo silencio, y la segunda tanda ascendía llegando a los oídos de todo el pueblo los ruidos y explosiones de las bombardas de colores azul, amarillo y verde. La esposa se recostó en la silla del estrado saludando a sus partidarios de su esposo, y llenándose

con las estrellas fugaces y olvido de los problemas municipales.

Nadie había visto nada, ni se percataron que en una de las esquinas de la plaza había explotado un coche bomba a veinte metros de la multitud, alcanzando a muchos ambulantes, transeúntes que merodeaban dentro del perímetro, dando muerte al alcalde y a su esposa. Los comandos del terror lo transportaron a su misma camioneta que estaba al lado, ninguno de los presentes podía imaginar lo que sucedería. Después, colocándole un collar de granadas que, minutos previos a su detonación le dieron un disparo de gracia en la frente, presionando la detonación provocando el estallido de la camioneta a pedazos.

Esa noche me encontraba tomando un te bien cargado de manzanilla en la taza del inca que me regaló mi nana. Con los cantos que le producía inspiración en cocinar y acomodar la mesa para cenar, mi mamá cantaba, tarareaba, silbaba con mucha lucidez al compás de los gemidos de la música de la festividad. Mi papá estaba bañándose y a la vez silbaba las melodías de la música jazz. Poco minutos después, observé los cristales que rodeaba el comedor quebrantarse y esparcirse como galletas en todos los recintos de la sala, y en cámara lenta observaba como mi mamá se tapaba los oídos de la fuerte explosión, que provocó un desconcierto total. No sé ¿Cómo?, ¿De dónde saco fuerza y valor? que me arrastró por debajo de la mesa del comedor para cubrirme con sus brazos. Luego mi papá se nos unió y nos dirigió hacia al jardín para más seguridad. Nos quedamos atónitos al contemplar la humareda de color rojizo en el cielo, el olor a pólvora, a la gente gritando, corriendo despavoridos por todas partes sin dirección alguna y estar protegidos.

La alarma de los bancos, carros, casas, comisarías, y factorías, sacudían los oídos. Las luces de los perímetros eran tenues, la luna apenas se veía, todos corriendo en cualquier dirección a buscar refugios. Las familias miraban con tristeza y pavor a través de las ventanas de las casonas coloniales de adobe, otras de las iglesias, de los restaurantes, cantinas, el árbol en llamas que se consumía lentamente, indicaba la última yunza y no habría paz. Nunca se me olvidará, aquella pampa tradicional llenos de lomas, algunos lagos, árboles, arbustos a donde se presenciaba paz y tranquilidad. En donde, se podía jugar, correr, hacer ejercicios al compás del viento que soplaba en demasía. Que provocaba mares de arena y de sonido estruendoso que, desde el horizonte nos sumergíamos sobre las lomas y chapucear, o deslizarnos sobre los acantilados con mis amigos usando petates o pedazos de cartón.

<<<Entre tanto, lo que ocurría en el mundo virtual de la vida de Santos, en la coordenada uno, era que el presidente Velazco Alvarado después de seis años de gobierno, fue destituido de su cargo por la inhabilidad de una de sus piernas. Su fiel amigo pasaría a juramentar como nuevo presidente, anunciando que dentro de un par de años se convocaría a una vez más a elecciones generales.>>>

Desde el horizonte del desierto, donde cubría una capa rojiza de nubes sobre la tierra, y las hileras de algarrobos, como si parecieran cosechas de uvas, se escuchaban llegar los gemidos de los vientos crudos, llenas de arena y olor de algarrobo maduro. En donde, se apreciaba en el desierto a los gallinazos devorando a los gatos, vacas, zorrillos y ratas muertas. Se contemplaba una cantidad de pozos petroleros realizando su labor de producción, esparcidos en las vastas zonas que aún quedaban, después de que fueron arrasados por la corriente del niño.

Éramos tres en la familia, vivía con mi mamá, mi papá en la ciudad de Talara. Fue la mejor ciudad del norte, que fue creciendo por la industria petrolera años atrás, en que, empezó como un asentamiento humano para convertirse en uno de los mejores del departamento de Piura. Fue uno de los apogeos que trajo desarrollo a la ciudad, adonde, mi padre solía trabajar día y noche, que poco a poco, construir la casa de tres pisos. Nunca se perdía los campeonatos de fulbito de la empresa transnacional The international Company que, hasta perteneció a un equipo de segunda división inscrito en el campeonísimo de Talara, y después a primera división.

Me concientizaba para pertenecer al equipo, más que ser ingeniero.

—Santos, si alguna vez eres profesional, está bien. Pero, no dejes de jugar y pertenecer al club, tenemos esa habilidad. Piensa con los pies también, con las manos si eres jugador de pimpón, con las piernas si eres atleta de cien metros planos, si eres karateka o levanta pesas. Ingresarás fácilmente, ya que, eso te traerá beneficios y codearte con los gerentes de cualquier trabajo. Realiza sus antojos de jugar bien porque eso les gusta y ganar los juegos. Y serás recompensado y promocionado a buenos puestos, tan solo por ser una estrella en el campo del futbol, pero, no seas sobón ni chupa medias.

Solo me sonreía.

Sin embargo, la dormida forma de su mente, la forma de caminar torpemente y sus ojos rojizos ardiendo lágrimas embriagados olvidaba la rutina en la empresa. Se había metido en los entrenamientos para

demostrar sus proezas, persuadido para ser el mejor y colocar al podio a la compañía. De esa manera, mantenía contentos a sus churres y al compadre, gerente de la trasnacional. Era su trabajo permanente en los bares por las noches, y bañarse en alcohol con los ingenieros, en los clubes nocturnos, en las casas de citas donde vendían carne humana, que eran camuflados como chinganas o cantinas. Las fulanas del lugar olían apetitosamente que eran de la misma cultura, pero diferentes acentos de los países del norte y noreste. Las extranjeras exuberantes ecuatorianas, colombianas y las venezolanas, despampanaban los desfiles de modas, paradas en la barra sentándose en cada recinto o en las mesas de los náufragos ingenieros y practicantes para extirparles los bolsillos.

La mesa del comedor se notaba sucio, polvoriento, rayado, descuidado sin mantel que lo cubra, los utensilios sin lavar, el piso arenoso que se habían introducido debajo de la puerta de la casa y del patio. Se sentía su ausencia por días y en varias ocasiones los fines de semana, y cuando llegaba por las madrugadas, apenas podía acostarse en el sillón y lloraba y lloraba. Cuando nos reuníamos para cenar, el plato servido en el lugar donde se sentaba le ocasionaba a mi madre enmudecimiento, en que a veces echaba a llorar sentimental y emotivamente, y aguantando el sufrimiento de la presión.

<<<Entretanto, en el mundo real seguían a los acontecimientos.>>>

<<—Su padre, era un hombre apuesto, llenos de collares en el cuello, pero era pedante porque jugaba bien, tenía la fama de chulo y poseía la vivacidad desenvuelta de perseguir y encatusar a las mozas, mujeres casadas y divorciadas.

—Ah ya veo.

—En aquella época, dejó el servicio militar por la mitad, sin dinero por el futuro, explotó sus prendas personales y ambición a la caza de una casa de dos pisos.

—Eso veo, nunca tuvo dinero, y la mujer ciega y enamorada de su tipo.

—Así es, ya casado, vivió acosta de ella, comiendo bien, levantándose tarde, fumando a montón, y por las noches no regresaba hasta después haber asistido a las tabernas, clubes nocturnos, casas de citas, correr detrás de las chicas de la ciudad de Talara y Piura, regresar de noche de innumerables lugares de perdición y apestando a cigarrillos y licores,

dejándola en la ruina.

—Todo porque era buen mozo, tan enamorada se había vuelto la pobre, que al tener los síntomas de la vejes, como vino destapado que se convierte en vinagre, de humor difícil, cascarrabias y con mal genio.

—Si tienes razón, que tal padre.>>

Se me habían grabado sus virtudes, —continuaba la vida virtual—, actuaba de manera automática siguiendo el camino hacia a que siempre anhelaba, el fútbol de primera división. Expulsando todas mis habilidades al equipo de mi salón y al colegio, que posteriormente nos condujera a obtener las medallas y copas a nivel distrital. Pero, a pesar de ello, en una reunión con conversaciones ofuscadas en el patio de mi casa, contemplé al orador que nunca hacía un alto para dejar hablar al siguiente orador. Eran sus ex partidarios del partido de izquierda y sus partidarios del partido de centro izquierda de mi tío.

La postura de sus brazos con que las movía a los compases de las manos y dedos reflejaba y radiaba energía hacia a los demás. También había algo extraño en la forma en que estaba parado sin mover los pies, un movimiento sincronizado entre la cadera, sus hombros y el cuello irradiando potencia y poder. Que me persuadió mi forma de pensar y actuar, en que, mis convicciones políticas empezaban como una curiosidad. Luego se acrecentaría más y más cuando me habló muy seriamente en mi futuro, mientras me golpeaba el hombro izquierdo con el puño derecho a su ritmo de la enseñanza de sus voces doctrinarias políticas.

—Vamos, golpéate los puños, vamos aplausos compañero y cantemos: ¡Somos! isomos! isomos!, ilos mejores vencedores políticos!.

—¡Somos! isomos! isomos! ilos mejores vencedores políticos!.

Con esas hazañas fue ganando adeptos y escalando hasta la cima, los lotes de petróleo y gas natural de la compañía estaban a su merced de su dogma como intendente. Por alguna razón, la pérdida de varios contratos fue que obtuviera el financiamiento de las campañas electorales que eran necesarias para no perder los contratos petroleros, lo cual, ganó las elecciones y fue elegido alcalde de Talara durante dos años. Luego, sobrevino la dictadura y lo detuvieron como preso político y todas las compañías internacionales fueron expulsadas del país.

Había hecho grandes amigos en los partidos, en el cual, eran fervientes defensores del pueblo y criticar duramente a los burgueses y gente corrupta de los que nos gobernaban. En una cantina nos enfrascábamos

en política, que perduraba toda la noche hasta que la luz se filtraba por la rendija de la puerta. Tenía pleitos con las personas mayores en mi barrio, después una contienda privada de discusiones y discrepancias de elecciones electorales, en la esquina de nuestras casas hasta llegar a los golpes.

Quería hablar de cosas de mayores, como la pornografía, la política, de los famosos y todo lo demás. No preparaba nada para entrar en una conversa, tan solo, leía unas cuantas introducciones, resúmenes y entrar en la riña del diálogo con las personas adultas que se creían superior. Me burlaba de sus actitudes cuando les faltaba aliento de la inspiración en seguir la conversa, les bromeaba, directa e indirectamente. Realmente, me di cuenta de que podía sumergirme en las situaciones sociales de mi entorno que, destrozaba a todos en las conversaciones que, me gané la envidia y admiración en el contorno.

Poseía muchos amigos, pero, solo eran para entablar una conversación. Llamar amigo a cualquiera, itengo muchos amigos!, sin embargo, en el momento de saber quiénes son, se descubre que no hay muchos. No obstante, había un crujido en mí, porque era muy prudente a la soledad, por naturaleza solitario. Me sentía bien solo, podía vivir solo, podía vivir largos periodos solo. Desde niño preferí tener dos o tres compañeros con quien me sentía en un nivel fraternal, o con plena confianza para lo bueno y para lo malo. Los demás eran los compañeros de juego y eso se continuó con la adolescencia, juventud y en la vida universitaria.

Eran dos amigos, que compartíamos nuestros anhelos, y aceptábamos nuestras críticas, y nos veíamos de vez en cuando. Vivían en mi barrio, uno de ellos eran mi amigo de la C, porque vivía en el block C, y justo el sobrenombre le cayó a pelo, debido que era el calladito del grupo pequeño. El otro amigo apodado el amigo de la T, vivía en el block viejo, en el block T, y además tenía el aspecto de un revolucionario por su facha de vestir. Perteneció al partido de izquierda camuflada de comunista, puesto que, salían por la derecha. Y que fue apodado por nosotros el terrorista. Divulgaba el dilema que, a más de un individuo resentido socialmente, pasaba por su mente que, todas las personas con ambiciones al poder corrupto, dictatoriales y derechistas deberían morir.

Nos reuníamos en sitios aislados para leer literatura prohibida, en donde, leer era peligroso. Eran libros sobre el comunismo del Maoísmo, Marxismo y Leninista, que no se vendían normalmente en las librerías sino por debajo, y que había que leer a escondidas, con la sensación de vivir una aventura peligrosa. Entonces, nuestro círculo era una experiencia interesante, que nos reuníamos en sitios aislados, siempre diferentes en cada caso. Y, cuando llegábamos a discusiones que nos llevaba a veces la noche entera, y en las que llegábamos grandes exaltaciones, que al final acabábamos en su puesto de tienda en el mercado informal del distrito, que le fue otorgado por su partido. O en la tienda de Roe, del block Ñ, una

casa completamente cerrada de rejas negras, al costado un perro con ganas de comer carne humana, y que a las justas podíamos ver su rostro, para pedirle y beber unas cebadas bien heladas y culminar la parodia.

<<<Instantáneamente en el mundo virtual de la vida de Roberto, en la coordenada uno, las familias llevaban a sus hijos a unos festivales que para muchos no eran de su agrado. Sin embargo, sentían que tenían esa obligación por la tradición del pueblo y de sus condescendientes.>>>

En aquellas pampas ayacuchanas, que tenían sus épocas a sabor a peleas infantiles y juveniles tradicionales, en donde los padres llevaban a sus hijos a las afuera de la ciudad, a dos kilómetros de distancia, para enseñarles y verlos pelear. Era una pelea callejera tradicional entre los hijos de los pobladores, los dueños de los hacendados, los dueños de los trabajadores y entre otros. Niños, niñas, en que apenas teníamos siete a ocho años y mi musculatura recién nacida pero rígida y fuerte, ya nos inculcaban a la tradición, pero sin obligación. Sin embargo, era esencial participar, era como beber por primera vez mi primera cerveza, como divulgaba mi padre —Arriba, Al frente y Adentro—. Alentándonos para participar en las festividades de peleas. A mi madre no le hacía mucha gracia tales festividades, porque entre niños, niñas y jóvenes acabamos ensangrentados, algunos con los dientes rotos, otros con los ojos hinchados, los labios y las narices nos brotaban la sangre de tanta pelea, en que al final demostrábamos nuestras hazañas y proezas, que después nos llamaban los héroes de la fiesta.

Mucho tiempo después, una tarde el reloj daba las tres y nadie se asomaba a la plaza, pareciese como un pueblo olvidado que fue lleno de historias, fiestas tradicionales de las yunzas en los fines de semana, en los aniversarios de la ciudad y los desfiles de las fiestas patrias que daba vida al pueblo. En donde, la bandera blanca y roja no flameaba en lo alto de la torre del municipio, ni en las dos comisarías, solo se lucía una bandera pequeña roja de papel manteca. Que flameaba como una hoja otoñal, que mostraba la bandera del terror empotrada en la cima de los nosocomios y en medio de la plaza principal. Las pocas personas que se habían quedado llegaban con las manos vacías, melancólicos, sin mucho aliento y tristes. Estaba la puerta del municipio que lo cubría una pancarta esquelética, quebrada y desecha, contemplando el sonido del silbido del viento y la

oscilación de aquella bandera que causaba terror y miedo.

Merodeaba por la plaza un día por la mañana fría, y a lo lejos en el horizonte yacía el sol naciente. Caminaba con mis yanquis sobre conglomerados plomos, brillantes y diminutos. Vestía un chullo, un poncho de color azul y estaba cargando entre mis brazos a una oveja pequeña del rebaño de mis padres. Estaba buscando al panadero, por suerte encontré a uno que hacía sonar su bocina casi débil, en donde en la carretilla estaban dos bolsas de chute de color blanco sumamente caliente, aun se oían el rugido crujiente del pan tolete.

Posteriormente una tienda, y comprar víveres para la semana, encomendado por mi mamá. Contemplaba a mi alrededor que no veía ninguno abierto, ya no se veían como antes a los vendedores de frutas, panes, los famosos bizcochos que eran tradición del pueblo. Hacían sus cantos con una melodía armoniosa, llamando la atención, cautivando los oídos de las amas de casa, para el deleite de sus sentidos, ser encatusado para sus apetitos y sabores culinarios de las cosechas de sus productos. Que tan solo, pude ver y ser muy cauto, varios vagabundos sin zapatos, con los pantalones rotos hasta la rodilla, algunos agujeros en sus camisas con el cuerpo tembloroso, y con unos ojos rajados, lesionados sin dormir, y amenazantes que aceleré de inmediato el paso hasta correr de miedo.

Todos los puestos de tiendas estaban cerrados. Los puestos de carretillas eran fantasmas esqueléticos, que solo se veía las huellas de las llantas sobre la tierra. Me sentía triste y soledad, hasta que a lo lejos vi llegar a la señora que me vendía quesos recién preparados provenientes de sus criaderos. La veía llegar a paso lento como una tortuga, mamacha, vistiendo zapatos polares de color plomo, siempre sonriente, con pelos largos, canosos y gruesos. En el cual, se le notaba que sufría de la vejez total, mostrando todas sus arrugas y con algunas muelas molares que aún tenía, para hacer sus rutinarias ventas.

—Buenos días, Roberto, ¿Qué hay de buenas hoy? —habla en quechua, se ríe, se agacha lentamente y coloca las bolsas que contenía tamales de pollo amarrados con cintas rojas, tamales de chancho con cintas azules y en la otra bolsa quesos frescos sobre el arenal que cubría la vereda—. ¿Quieres comprarme algunos?

—Por su puesto seño, quiero dos paquetes y también un paquete de kinkon, que me gusta tanto, ¿Tiene? —saboreo, me quito el pasamontaña—. ¡Que rico huele!, ¡esta calentito!, se ve que esta recién preparado seño, gracias.

—¡Claro que sí!!, y también están calientes —dijo la señora—. ¿Y cómo esta tu mamá?, no la he visto desde hace mucho tiempo.

—Ella está bien gracias, pero muy triste de saber que perdimos nuestra chacra, y con mi papá están haciendo planes para mudarnos a Lima —me manifiesto pensativo, triste y me toco el pelo—. No quisiera dejar este lugar, que fue un lugar tranquilo, con fiestas con mis amigos y las reuniones en la plaza para jugar al palitroque y al kiwi.

—No te pongas triste, pronto se mejorará todo, con el nuevo gobierno que combatirá al terrorismo y todos regresarán —me palmea el hombro, saca los quesos frescos y me regala un tamal de chancho—. Supe que encontraron al hermano de tu amigo en el río.

—Así es, estuvo casi veinte días desaparecido, pero al final encontraron su cuerpo con una cuerda en el cuello junto con sus manos atadas —agacho la cabeza, lloro en quechua, volteo la mirada hacia la iglesia—. Toda su familia se fue de aquí hacia argentina, adonde vive su hermano hace cuatro años.

—Si hubiera aceptado irse con su hermano, no le hubiera pasado nada —agacha la cabeza, lagrimea, le agarra la mano la señora—. Cuídate, todo lo que hagas hazlo bien y sigue adelante con tus sueños.

—Muchas gracias seño, seguiré sus consejos —lagrimeo, le abrazo a la señora como a mi segunda madre, que la conocí desde que fui niño—. Gracias, usted ha sido como mi madre, y siempre me ha dado suerte como un ekeko.

La señora se sonríe a medias, me mira atentamente, me da un beso en la frente, me abraza de emoción y me sostiene las dos manos, pone su frente sobre mi pecho y se echa a llorar.

—Gracias Roberto, buena suerte y no te olvides de esta pobre anciana mamacha, que siempre te recordará, pensará mucho en ti, y desde el cielo te guiará donde te encuentres —la señora recuesta su frente sobre mi pecho con mucho sentimiento, y lagrimea—. Ahora, anda ve, tu mamá debe estar preocupada, cuídate, mi hijo lindo, siempre estarás en mi corazón. Tupananchiskama.

—Tupananchiskama, volveré —le abrazo, le doy un beso en sus gruesas mejillas—. Chau seño, gracias por todo.

—¡No!, ino!, ino vuelvas!,

La señora me mira detenidamente, lo dice con tanta determinación y esfuerzo, hace el esfuerzo de no llorar, pero inevitablemente sus lágrimas salen por sí solas, como unos riachuelos sin parar.

—No vuelvas, no por mucho tiempo. Hasta que seas un hombre de cabeza —dijo la señora, voltea la mirada al perímetro de la plaza por unos

segundos—. No hasta que este pueblo abatido se recupere.

Agacho la cabeza, la miro con ternura.

—Está bien seño, como usted diga, hasta pronto y chaito.

La señora se agacha, recoge las bolsas, lo mira con esos párpados arrugados, ojos llorosos y soltando lágrimas gruesas por unos instantes y luego prosigue su camino. Rengueando por los callejones polvorientos del pueblo adonde daba gritos gruesos y tonadas musicales criollas de ventas. La veo alejándose de un lado a otro al compás de las bolsas de chute, mientras las nubes crudas cargadas se entremezclaban, voltea la mirada hacia la iglesia descolorida de alado, cubierta de cascarones de pintura rosada, y agujeros en las paredes, donde abundaban escombros en el perímetro. En la torre cuya campana permanecía oxidado, de color verde oscuro, como la de un crudo de petróleo, regados alrededor de un sistema de levantamiento artificial y estático de mucho tiempo sin sonar.

Iban a dar las cinco de la mañana, a lo lejos gemían los truenos, con continuados destellos de fotografías en el cielo, que se acercaba con dureza. Las calles del pueblo se mostraban como un cementerio y las casas se ostentaban como unas lápidas bien pronunciadas. Un pequeño foco detrás de una pequeña ventana casi esquelética alumbraba unas de las calles, que, con mi hermano menor nos preparábamos para dejar la casucha rústica de adobe, que aún sostenía las calaminas de aluminio, agujereados por las granizadas invernales de la estación.

—¿Todos listos?, tomen desayuno y saquen las maletas a la puerta de la casa —expresó mi padre Julio con una mirada sonriente y con confianza—. Roberto, ocúpate que todo esté preparado.

—Si papá —respondimos.

Mientras, mi mamá se concentraba en ordenar todo lo que fuera necesario para la partida hacia la ciudad.

Mi padre era uno de los ronderos de la zona que fueron combatidos y despojados por los dos grupos terroristas del país, en que todos sus compañeros fueron brutalmente asesinados. Era una persona locuaz con una personalidad intachable y de roble, poseía la capacidad de enfrascarse en diálogos de todo tipo de temas, nunca perdía la continuidad de la conversación, y destrozaba verbalmente a todos en las reuniones políticas de las organizaciones de los campesinos. Pero nunca quiso integrar a ser un dirigente. Dominaba el don de leer mucho por las noches, siempre sentado en su sofá favorito de dos plazas colocada en una esquina y frente al televisor en la sala, leía especialmente los libros de selecciones de cada mes, desde los años del siglo pasado hasta la actualidad. Empastándolos y haciéndose su propia biblioteca en cada recinto de la

casa. Siempre divulgaba que, para adquirir un buen descanso, era la inspiración en la lectura de un buen libro, unos periódicos al alcance de la mano y un poco de whiskey.

De esa manera, tuvimos que huir del departamento hacia Lima, debido a que muchos fueron amenazados de muerte. La gente del terror había tomado por asalto y adueñarse de todas las chacras y de los pueblos, haciéndoles pagar cupos para sus campañas terroristas a cada familia y hacienda, de otra manera deberían pagarlo con la muerte.

Tenía todas las virtudes de un estudiante de economía que anhelaba estudiar a cualquier universidad de la ciudad de Lima. Sin embargo, mi afición a la escritura me poseía, era como unos demonios que estaban sobre mí. Ese don de mi padre que era un lector voraz, que se leía todas las colecciones de selecciones y experto devorador de genio gramas de un diario principal de la capital. Utilizando solo dos diccionarios de mil páginas adquiridas en Panamá, cuando fue becado estudiantil por un año, trayendo un par de cajas de libros entre diccionarios, biografías, literatura e historia de aquella época.

A través de las calles lleno de tierra, los pavimentos destrozados, las veredas desiguales con muchos escombros y con postes caídos, los cables mostraban su peligrosidad de electrocución, contemplábamos las puertas de las casas agujereadas, que eran los nidos de muchas polillas. Se presenciaba mucha tristeza, nos despedimos de los vecinos, de los dueños de los quioscos, del jardinero y de los hacendados de las chacras. Algunos amigos que se quedaron y no pudieron salir del pueblo, nos despedíamos a medias, puesto que, por la rapidez de la mudanza no me dio tiempo de despedirme de ellos. Pero, sabíamos que hubiera sido peor. Tan solo, nos levantamos las manos —nos volveremos a ver, cuídate, saludos y con señas—. Que muy pronto en algún lugar del planeta nos veríamos los rostros.

Sentados en el autobús de color que no se podía apreciar si era verde o azul, completamente descascarado, se percibía el acero pulido y lloraban como bestias matinales. Se tambaleaba en la carretera llenos de conglomerados de piedras y tierra, salíamos del pueblo. Volteando la mirada cavilé por última vez, que permanecí así, por una fracción de segundos, el ladrido lejano de los perros, el zumbido y silbido de los arenales envolvían mi cuerpo en un vértigo y un nudo en mi pecho, que se hacía más pequeño hasta desaparecer detrás de la carretera inclinada.

En las próximas horas llegábamos hasta el borde del cerro Cuchi Huanca que quedaba a cien metros de altura. Bordeábamos el serpentín contemplando muchas casas, varios ganados de ovejas, vacas, caballos y las chacras sin cultivar y desérticas, tristemente de haber perdido sus terrenos. Mi madre comenzaba a tener pánico y fobia a las alturas viendo a los camiones al pasar tan cerca de nosotros, que nos provocaba náuseas

y temor. Había cuatro familias más que se unieron a nuestro recorrido hacia Lima, en el cual se notaba un semblante de propensión a la tristeza y melancolía.

Mientras comíamos en una o dos ocasiones en las paradas de descanso, conversábamos y acordábamos para reunirnos en la ciudad. Sin embargo, el momento más crucial y aterrador llegó cuando cruzamos el serpentín del cerro, en ese entonces mi madre daba gemidos de desesperación, quería salir del autobús, que daba el consejo de regresar. No obstante, mi padre tras detener por una fracción de segundo una fuerte mirada hacia ella, como si sus fracciones le detectaba como algo conocido produciéndola desconcierto y domada, la calmaba y entre dientes la resondraba.

<<<El tiempo avanzaba y por el otro lado del mundo virtual de la vida de Santos, en la coordenada uno, se acrecentaba las inquietudes doctrinarias políticas estudiantiles.>>>

Nadie se escapaba a esas tentaciones de poder. La mentira era un intervalo abierto que destroza y llegaba hasta la cima, mientras la verdad era un intervalo cerrado que no se recuerda. Entonces, la política sería mi personalidad y trabajo, que se agudizaban más y más. Siendo elegido candidato para la alcaldía, en que, fui empujado a postular por las circunstancias golpistas, corruptas y abusos en el colegio. Por un profesor y un compañero llamado Suertudo, que desde muy temprana edad fue concientizado a pertenecer al partido de centro derecha. Yo quería seguir con mis políticas independientes, sin que nadie me influya en mis convicciones ideológicas, así me llamen estúpido hasta que la idea triunfara. Y buscar un camino y aferrarme a mis ilusiones, de otra manera, seguiré existiendo, pero abre dejado de vivir.

Durante las siguientes semanas, la campaña llegó, y obtuve ciertos números de votos que me llevaron al podio del ganador. Me imaginé como sería ser alcalde de un distrito, de la misma ciudad de Lima, ¡iqué horror!, solo de pensar, ocupándose y ser absorbido por completo a las parodias de ser un títere de los pueblos para realizar todas sus demandas.

Entonces, así empezamos a construir la organización del diseño de los planes e imaginar de un colegio fabuloso. Empezando con el patio de honor que estaba en las faldas de un cerro empinado con muchas esteras,

con cables a su alrededor y varios escritos con pinturas de anuncios publicitarios de los partidos inconscientes. Y que cada día lluvioso desembocaba en tres canales de desagüe, inundándolo y tornándose con olores desagradables. Lo más crucial para todos sin excepción, realmente espantoso, mal oliente, olor penetrante, en donde, cada vez que entrábamos, salíamos despavoridos y nauseabundos, era desinfectar, limpiar, colocar excusado, y cañerías de agua en los baños.

De esa manera, mi primera acción como alcalde, fue realizar peticiones de donación de las diversas compañías que rodeaba el colegio. Las cerveceras, que nos sentíamos en las cantinas, las compañías de gaseosas, las ladrilleras, las madereras, en las clases de carpintería y volar con los terocales. La producción de pintura que nos hacía estar en lo alto de la alucinación de múltiples colores, o mecánicos por los aceites del puesto de taller de autos, de los campeonatos para pro – fondos, y por último petroleros o petroquímicos que más donaciones percibíamos eran de los lotes y las refinerías.

Un mes después, empezamos la obra de pavimentar el rectángulo arenal y plantar pasto alrededor del centro, y día a día los esfuerzos de mejorar la apariencia de la casa de estudios nos ilusionaba más. Otra cosa importante que, por las múltiples peleas callejeras con otros centros nacionales en el pequeño desierto, debido a que, nos invadían con piedras y con cuerdas de ligas, fue cerrar el colegio con un muro de concreto de tres metros, luego pintarlo con los colores de la insignia para que pareciera un colegio nacional.

Otros de mis proyectos para la disciplina, fue anular los reglamentos impuestos personalmente por los auxiliares. Ferozmente utilizaban tablas finas de madera duras, ligas, o alguna varilla de metal para castigarnos, golpeándonos en nuestras nalgas, piernas, brazos, cabezas, o en cualquier lugar del cuerpo para dejarnos con dolor y rabia por una semana. Por tal razón, la acción siguiente, quizá era un acto que nos sentíamos como prisioneros de guerra, o esclavos, fue cancelar la actividad de cargar los conglomerados de piedras, ladrillos y otras cosas pesadas para la pavimentación del patio que servía para la formación.

Lamentablemente, todo acabó después de una riña con algunos profesores izquierdistas, una pelea con el brigadier general que poseía los dotes de un buen comandante o coronel golpista, que supuestamente nos ayudaría con los proyectos, no obstante, nos dejaron solos, y por venganza nos expulsaron del colegio por tres meses. Regresamos, y observamos que no era igual como antes. Nos dieron la oportunidad de seguir como estudiantes y no incursionar en la política.

A mediados del mes de noviembre comenzamos a juntar y seleccionar todos nuestros planes de trabajo, organigrama del grupo aconsejado por Suertudo obtenido en su partido, las pancartas electorales, y organizar lo

que había estado planeado para que nos sirva como punto de inicio. Sabía que no lo dejaría, me marcó el futuro en seguir poco a poco mi enfoque en la política, y se acrecentaba. A mi padre no le agradaba la idea tanto —¡estas chalado! —me recalaba. No estaba de acuerdo, teníamos riñas, en que, a veces, me resonaba y que sugería que continúe con mis estudios y que me dejara de tonterías. Por su puesto, que no le hice caso. Mis convicciones y anhelos no paraban, seguía en pie mis ideales que opté la decisión de viajar a Lima.

Pasaron los meses, mi padre nos había abandonado, y mi madre se encargó de todo. Le dije que nos fuéramos del departamento, pero no quiso, se puso a trabajar y costó los pasajes. Con la idea que algún día volver a ver a mi papá, que lo iba a convencer a que regresara con nosotros, así que, pensaba enrumbarme y comenzar una nueva vida en la capital.

<<<La plaza desolada, mientras sucedía en el mundo virtual de la vida de Roberto, en la coordenada uno.>>>

Iban a dar las seis de la tarde, era un veintitrés de diciembre y el presidente japonés daba el mensaje a la nación. El pueblo esperaba lo peor, ya sabía de antemano que tenía que fugar del lugar o quedarse a defender la zona. Todavía ambulaban algunas carretillas de ventas de frutas, verduras en una de las esquinas, emolienteros, carpas luminosas de ventas de comida al paso, quioscos abiertos, y todavía gemía la música folclórica de la provincia en un local colmado de campesinos disfrutando la polladaailable, que era furor en esos tiempos.

A lo lejos se escuchaban los sonidos de los disparos estruendosos desde los andes, entre los ronderos y los terroristas que hundió sus raíces en la tradición guerrillera revolucionaria latinoamericana, en auge tras la victoria cubana en 1959. Que luchaban ferozmente para defender a sus familias, chacras, criaderos, su pueblo y defensa de la toma de la plaza que era el objetivo principal. Corrían en direcciones opuestas y en paralelo para combatir a los terroristas, pero no se percataron que una emboscada por la parte de atrás les ponía en aprietos, que casi todos fueron brutalmente abatidos a balazos, a piedras y a machetazos.

La batalla fue feroz, entre yanquis, ponchos multicoloridos, pantalones hasta la rodilla, y brocés completamente armados con granadas,

tanquetas y pasamontañas. El área estaba llena de polvo y cadáveres regados sobre la pampa a cien kilómetros de la ciudad, y la bandera estaba en el suelo que estaba sostenida por un rondero abatido. En ese momento, el segundo en el mando tomó la iniciativa de cogerlo y correr hacia el primer caballo que vio, lo cabalgó hacia la dirección de la plaza. No obstante, un disparo en la cadera provoca que pierda el equilibrio y se caiga aparatosamente, los encapuchados la cogen, entretanto el campesino contempla el cielo haciendo su último respiro. Los cuerpos caían uno tras otro, mientras cuatro de ellos tuvieron que dejar las armas y rendirse.

Tan solo quedaron cuatro de pie en la larga lucha hasta que una granada les hiciera perder la noción, aislamiento del combate tambaleándose a cualquier parte, tropezándose y arrastrándose que posteriormente tuvieron que rendirse ante la amenaza de ser acibillado. Por tanto, los terroristas exclamaban la victoria contra la resistencia de la ciudad.

—Contra la pared —dijo uno de los terroristas a los cuatro rendidos ronderos. ¡Hablen!, o ¡mueran!, ¿Quién llamo al ejercito?

Uno de los valientes fija su mirada a uno de ellos, que no le quitaba la visión y observaba los ojos que a apenas podía visualizar. Entre tanto, los ojos rojos medios zumbados que quizá se habían drogado con la cocaína para darse valor, se estaba incomodando, inquietando a punto de retroceder algunos pasos. El rondero presionaba sus dientes, pujaba de rabia, de bronca como hipnotizando al hombre de pasamontaña negra. El terror de la mente asesina hace presionar el gatillo provocando ráfagas de disparos acibillándolo, y alentando el siguiente disparo de gracia en la cabeza a uno de sus amigos, desplomándose al suelo el valeroso defensor del pueblo.

—¿Que hacen?, ¿Por qué lo matan? —dijo el jefe de la banda—. Lo queremos vivo, más nos sirve vivo que muerto.

—Esa mirada no me gustó nada, que me incomodé, estaba con la cólera que decidí hacer eso —dijo el segundo en el mando, chamusques, se quita el pasamontaña—. No tengo paciencia en esto, no aguantaba su mirada de espanto.

Los dos ronderos estaban contemplando la pared que estaba completamente agujereado y las pinturas descascaradas de color azul. Escuchan el susurro de las voces de los alturados del terror y el rastrillaje de los fusiles. Estaban asustados, sus ojos rojos se cruzaban varias veces, los rostros secos y cuarteados, ya estaban predispuesto a dejarse por entero de cuerpo y alma sus vidas. El aire en el espacio que dividía los doce pasos entre las vestimentas de color negro, las medias de lana de color crema y gruesa, los borceguís negros, y los atuendos ponchos

marrones era caliente de olor a pólvora.

Todos se quedaron mudos por unos instantes, sus mentes estaban preparados para lo peor.

—¡¡No lo sabemos señor!! —alguien habló con terror—. Solo recibimos órdenes para asegurar el pueblo señor.

—Pues lo van a pagar muy caro —dijo el comandante de la guerrilla—. Tienen la oportunidad de hablar ahora.

Nadie dijo nada, los minutos transcurría. Y así, de esa manera, mientras escuchaban el sonido de los disparos, sus visiones se oscurecían lentamente entre moviéndose que se desplomaban al suelo. Sus imágenes ocurrían, contemplando entre cortadas todas sus vivencias rápidamente y apagándose el ser lentamente.

Se veía venir a un vocero policial al cuartel de la plaza, informando el desenlace de los ronderos, y que no llegaban los refuerzos militares que habían solicitado a Lima. Visto que, los dos policías que custodiaban el pueblo, y un curita con sus adeptos, que se resistía en abandonar la iglesia, tuvieron que huir en una camioneta en dirección opuesta al conflicto.

Momentos después, sonó un disparo como si fuera un reventón de una bombarda al empezar el nuevo año. Cayendo al suelo uno de los policías que resguardaba la comisaría, mientras el otro entraba inmediatamente a salvar su pellejo, y anunciar un acto del terror. Eran trecientos guerrilleros que tomaban el pueblo, que en ese entonces contaba con 19 mil habitantes. Por un momento, se pensó que eran otras filas terroristas, pero no, eran las filas del segundo grupo armado revolucionario que tenía al país aterrado, en donde participó el alto jefe de la guerrilla.

Los comandos de la revolución que llevaban en el hombro una faja que mostraba la bandera de la nación, acordonaron la plaza y fue tomada con mucho esfuerzo y bajas. Pocos minutos después, llegaban los encapuchados en centrarse en medio para entonar el himno de la revolución e izar la bandera de Atahualpa. Muchos huyeron al bocinazo de los policías. Otros se quedaron a recibirlos con alegría que, tal vez ignorando fue sus esperanzas en contra de todos los gobiernos corruptos que estaban cansado de mucha mentira. Al poco rato, se produjo un festival bebiendo con los invasores, en cada recinto del pueblo, cantinas y algunos puestos de comida. Las paredes estaban completamente agujereadas producto de la lucha contra algunos individuos que aún se resistían, en que todo era alegría, era como si los hubieran independizado.

Otra bandera flameaba, los comandos recorrían alrededor de la plaza como signo de victoria, repartían panfletos y avisos de reclutamiento de la revolución. Los pobladores contemplaban desde sus casas, desde el perímetro que yace un pavimento de tierra con algunas bancas desteñidas. Otros desde algunos recintos con mucho temor, mucha tristeza, llorosos pensando amargamente, en que algún día tendrán que salir del pueblo. Sin embargo, otros muy jubilosos abrazando a sus ídolos, que la revolución de aquellos individuos era sus soluciones ante un pueblo discriminado y olvidado.

Por otra parte, en alguna parte de la selva en uno de los campamentos a dos horas de la ciudad, el ejército pronto tenía conocimiento de la emboscada. Se escuchaban los rastrillajes de los fusiles, pintándose las caras con betún negro como si fueran unos leopardos, que tan solo se les notaba los rosados semblantes de sus labios y ojos, para viajar, reunirse con los otros, e introducirse en la jungla con sus pasamontañas para cazar a sus presas. Vistiendo una ligera, adecuada y flexible ropa, en donde un grupo de comandos se preparaban para entrar en acción a la liberación de la plaza principal. Todo el regimiento estaba preparado y listos para entrar en acción, tan solo quedaba esperar al comandante, que estaba en camino con sus tropas de asalto, que serían transportados desde un helicóptero del ejército de fabricación rusa. Así, de esa manera, todos provenientes de la selva de dicho departamento, en el cual era un campamento entre las faldas de las grandes murallas de árboles, y que solamente por lo accidentado del lugar podían acampar y vivir.

El comandante Cortadilla de la unidad de operaciones del fuerte militar de la dependencia del Rímac Sánchez Chocano, seguía los procedimientos con ahínco a las investigaciones del caso Julián Lipe, de encontrar evidencias y sospechosos. Provenía de Ayacucho y radicaba en Talara, en el cual, estaba curtido de las operaciones de asalto y estrategia subversiva, que además fue capacitado en Panamá en un curso comando estratégico antiguerrilla. Al llegar a Lima, le nombraron inmediatamente como encargado en las operaciones antisubversivas. Era bien organizado con sus archivos, que desde que empezó en los cargos operativos, lo tenía bien encuadernados, y bien empastados como si fuera un buen libro para ser leído. Incluyó a la zona de emergencia algunos expertos antiguerrilla, que recién habían acabado su entrenamiento antisubversivo, y empezaba la supervisión y la preparación de sus cien soldados.

Su voz era extremadamente dominante en que los soldados y oficiales se quedaban atentos a sus discursos y plan de operaciones. Era algo que ocurría con mucha tensión y nerviosismo, en que apenas entraba a la sala engrampaba los diseños, mostrando el plan de rescate de la desbastada zona. Se quedaron atentos a sus instrucciones, tomando notas y fotografías para que lo estudiaran y no perder ningún mínimo detalle del

asalto.

Entretanto, se escuchaban a los animales de la selva bramar sus sonidos diarios del atardecer y anochecer. Sonaban las radios transmisoras en cada momento interrumpiendo la reunión, contestando el comandante y conversando a secretas con el general de campaña que estaba ubicado selva a dentro del departamento, en un búnker debajo de la tierra y supervisar las operaciones. El comandante habla y los otros escuchan atentamente, ahora no era uno, ni dos planos, sino eran cuatro planos de diferentes ángulos de posiciones de entrada, todo estaba a la medida y perfección de la maniobra. Tan solo, bastaba la orden de los altos mandos militares y el presidente para la ejecución del rescate.

Intentaron por varios, pero, con mucho estudio optaron por el plano que más les convencía de que sería un buen plan. Por otra parte, sin duda alguna, que tal vez podría ser lo más polémico, era que el plan a su vez lucía como el más sangriento y sanguinario de todos. Los altos mandos militares junto con el presidente resolvieron que, la liberación de inicio fuese llamado "Jully está borracha", y el final el combate llamado "cero", que significaba no dejar vivo a ningún terrorista, y si fuera el caso darle el tiro de gracia en la frente.

El comandante y sus tropas de asalto, siempre con una mirada recia, crujiente y decidido a todo. Se desplegaron de dos grupos élite hacia la base aérea, y fueron transportados desde el helicóptero. El primer grupo saltaron en paracaídas en las cercanías del área de emergencia a las horas de la madrugada como las tres y treinta de la mañana, y el segundo grupo lo dejaron justo a unos doscientos metros de la plaza esperando la orden de entrada de asalto. Fue una noche con ráfagas de lluvia, pisaban los brocéis sobre el lodo llenos de hojas otoñales, barro y mucha lluvia en el interior de la selva, en donde, se oían los ruidos de los insectos, animales, el desplazamiento de las culebras, y el canto de los árboles que oscilaban al compás de las fuertes sopladas de los vientos lluviosos.

Al cabo de un par de horas de espera, el ladrido de un perro que se encontraba en medio de la plaza coincidió con la orden del comandante la señal de entrada al grupo de rescate. Corrieron por diferentes áreas usando los lentes infrarrojos de noche, divisando a los usurpadores que estaban de guardia en los principales puestos de defensa. Cortadilla embestía con tal ferocidad que, una vez que derribó a cuatro en el primer ametrallamiento, el resto siguió el ataque al mismo ritmo, en forma paralela y desplegándose en los circuitos de las entidades públicas. Solo se escuchaban el sonido y el destello de los disparos, las huellas de barro de los brocéis no era dificultad para la ocurrida. El segundo refuerzo le salía al paso, pero la determinación de Cortadilla era tal que subversivo tras subversivo caían bajo la buena puntería que poseía. Proseguía firme, avanzando al objetivo principal contagiando a sus comandos con el mismo espíritu de garra, en tanto, caían pocos al suelo y a su lado cayo otro, solo

sintió unas gotas de sangre en su rostro, pero, tenía que seguir avanzando. En cuestión de minutos todos los subversivos que habían rodeado el pueblo fueron abatidos y en poco tiempo todo el asalto quedó repelido. Sin embargo, para el comandante habían llegado tarde, ya que, se le fue de las manos al jefe principal. La sangre fluía alrededores de la plaza, cuerpos en los colegios, callejones, restaurantes, cantinas, en las pistas, en las entidades y panfletos subversivos regados.

Toda la operación fue un éxito. En el transcurso de la tarde llegaron los altos mandos junto con el presidente para verificar el asalto y el rescate, dando seguridad, provisionando víveres, resguardo policial y militar. Los comandos élites apenas culminaron la maniobra, se retiraron llevando algunas camillas cubiertas de bolsas negras sin dejar rastro, motivo por el cual, la seguridad era esencial y debido a que, tenían la obligación de regresar a Panamá para seguir las finales pruebas de entrenamiento.

<<<Simultáneamente en el mundo virtual de la vida de Santos, en la coordenada uno, en el desierto de los campos petroleros se vería afectada por una torrencial lluvia y ciertos huaicos que arrasaban los levantamientos artificiales y asentamientos humanos.>>>

Pasaron un año, pude convencerla de que nos fuéramos de Talara. Entonces, con mi madre buscamos alojamiento cercanías a la universidad y algunos puestos de comida, en el último piso, que daba en la avenida Habich, en un edificio sin tarrajear encima de un puesto comercial de ventas de losetas de baño y acabados. La dueña que rentaba el dormitorio nos estaba esperando en la puerta número tres de la universidad. Era una señora de talle alta con una silueta madura y robusta, de pelo corto y negro, amigable y una locuacidad fluida. Vestía un pantalón apretado a la moda que le hacía levantar sus nalgas y unas cuantas líneas de abdomen. Me concedió la mano y una sonrisa cómplice que no pude rechazar, respondí de igual manera. Luego nos dirigimos a una bodega frente al pabellón central y al costado de innumerables librerías informales, en donde nos invitó a comer, para enseñarme que el lugar no era muy costoso.

Me enseñó las reglas de la casa fugazmente, no era de importancia tan solo cumplir con los pagos mensuales. Ultimamos los detalles de la pensión, gestionamos una mesa, una lámpara, una silla, utensilios, una cocina eléctrica con dos hornillas y un gabinete para mis libros y

cuadernos. Luego mi madre se marchó a la casa de su amiga en Ica, después de advertirme cinco mil recomendaciones.

La señora me obsequió una tarjeta de promoción de un almuerzo gratis en el restaurante donde es dueña y en su propia casa. Una casa de tres pisos de color verde, y en el segundo piso era un lugar llamado la bodeguita de Carla. Me trató como si fuera su amigo, era como si antes nos hubiéramos conocido, que cuando le pregunté de su familia, bajó la mirada y esa sonrisa delicada en su rostro empezaba a desvanecerse como una música rock a una clásica. Me confesaba que su marido había fallecido un año antes de la apertura de su negocio, dejándole una casa en San Isidro, donde, vivía los fines de semana con su hija de quince años.

Pensaba acomodarme hasta que consiguiera otro más amplio, pero, el cariño que sentí por la señora y, ya que estaba cerca de la universidad y porque estaba seguro de que ingresaría, entonces me quedé. Por tanto, me organicé y acudí a varias academias, donde impartían asignaturas de matemáticas y ciencias en el centro de Lima. Me llamó la atención de algunas, en el cual, los profesores eran todavía estudiantes de ingeniería y que estaban más frescos en la preparación de ingreso, debido a que, estaban al tanto de las técnicas de resolver los problemas propuestos en un par de minutos. Era lo único que pasaba en las mentes de todos, era solo ingresar.

Durante los estudios sin parar, se veía y se oían alternativamente pasar y volver a pasar a las bandas escolares bien uniformados de gala, que anunciaban el fin de semana a sabor de festivales y tómbolas. Todas las cantinas estaban llenas, los restaurantes llenos, las colas en los cines crecían y los pensionistas en los bancos cobrando el cheque quincenal. Mientras nuestras mentes comenzaban a cambiar, a desconcentrarse y animarse a las emociones del billar, al fulbito de mano, las apetitosas carnes de las chicas de la barra en plena avenida, y los deleites de un buen vaso de cerveza. Era lo tradicional de los postulantes y de la preparatoria, pasaba lo mismo que aquellos estudiantes que habían dejado sus firmas y huellas, en las paredes de los salones y periódicos murales. Las calles nuevas, los restaurantes, las discotecas, el billar, los cines, los bares y los prostíbulos aledaños, nos influyó en sumergirnos en la vida bohemia de tragos y mujeres.

Conocí a Roberto y su travesía que pasó al huir de la ciudad de Ayacucho, porque estaba plagada de terror por el grupo narcoterrorismo. Nuestras ansias estaban destinadas a ingresar a la universidad pública, postulamos dos veces y no ingresamos, de lo que era normal. Entonces, teníamos experiencia y nos preparábamos mejor. Mas adelante, se unió Justiniano, apodado rebelde sin causa, vivía en Comas. Éramos los jugadores y apostadores de cartas, el billar, de los campeonatos de fulbito de mesa y los juegos de máquinas que nos apasionaba. Todo esto ocurría en las

avenidas de la Colmena y Tacna, sitio bohemio de la capital.

A partir de la siete de la noche, merodeaban las chicas de la barra, encatusando a los turistas que se hospedaban en el hotel Gerald Sheraton cercano a la plaza San Martín. Cada viernes, nos sumergíamos en las redes de sus encantos, para verlas en los cubículos luminosos y exóticos, terminando en un clímax perfecto y relajante. Aunque, había tragos en abundancia, nos internamos en una cantina de antaño creado en las épocas de los cuarenta. Ese lugar, construido de madera de roble y con inmuebles al estilo colonial, con vitrinas llenas de vinos, damajuanas y piscos, el que se apreciaba como unas vitrinas de laboratorio de un colegio o de una universidad. Solo se aglutinaban personas adultas de todas las razas, conversando pausadamente celosos de las tabernas modernas, y por razones de asombro nos dejaron pasar por una sola vez.

Era el mes morado, mes de octubre y desde la mañana de la ritual, todos los peregrinos, pensativos, meditabundos y murmullos de rezos en la puerta de rejas, esperando la salida del señor de los milagros. La iglesia decorada con enormes guirnaldas moradas y blancas, los sacerdotes vestidos elegantemente con mantos morados en el patio de la iglesia y el coro en el estrado cantaba al compás de la guardia nacional de la policía. Los bomberos habían venido a unirse al grupo de paramédicos, y los colegios ganadores de la marcha de las fiestas patrias estaban al costado bien uniformados. Los olores del turrón e inciensos llegaban hasta la academia que estaba al voltear la esquina de la siguiente cuadra. Mis pelos de punta, revoloteados y ojos estaban cuarteados día, noche y madrugada durante seis meses, y olvidarme por un tiempo la política que era mi pasión, que no dudé, ser como mi papá y algún día trabajar en mi propia ciudad. Quería estudiar con mis descendientes de todas las regiones que eran los más rebeldes, conspiradores, reprimidos, resentidos sociales y cansados, que se enfrentaban al desconcierto y anárquico de la política interna.

Mientras, me divertía con las cajeras pintadas de modelo, que a más de un cliente quería verlas con sus trajes de brujitas en el día de Halloween, codificando los víveres. Las empaquetaba, haciendo lo posible para transportarlo a sus carros y ganarme algunas monedas extras a medio tiempo, cuando me concentraba de lleno con mis apuntes, cuadernos y libros. Las asignaturas eran solamente matemáticas y ciencias, donde cada uno poseía sus propios símbolos como identificación. Las paredes tenían numerosos posters de fórmulas difíciles de memorizar. El profesor se concentraba en las maniobras de las reglas, que era una maniobra difícil, pero, al final pudo graficar el poliedro hexagonal en la forma correcta y equidistante. El pasadizo se colmaba de amarillento que relucía rayos de sol dentro de las aulas, que minutos después las paredes de adobe y las calaminas del techo lo convirtiera en sauna.

Todo el mundo, es decir, los de limpieza, seguro experto en la resolución de problemas, el portero y las secretarias estaban en calma y en refrigerio. No se escuchaban los bocinazos de los carros, los vendedores ambulantes, ni el anunciante del interior de la iglesia. Luego, retumbaron las paredes de todas las aulas como si fuera un terremoto. Todos nos miramos las caras de espanto, el único que se mostraba con rostro sonriente era el profesor anunciando la llegada de sus compañeros. Escuchábamos las charlas y seguir sus ideas radicales políticas, algunos lo tomaron como un juego, y que por primera vez iban a sentir los que sintieron en la lista negra. Otros haciendo ademanes de querer de escapar y salir por la puerta de atrás sin lograrlo, todo estaba asegurado. Otros empezaron a llorar, que apenas tenían entre quince y catorce años, eran los más dotados y recién habían culminado el colegio. No se les veía las caras, ni al profesor y a todos los directivos. Recibimos camisas, polos, gorras, banderitas de manteca rojas y los panfletos, jubilosos siguiendo en la calle en el desfile en los alrededores realizando arengas y vivas de la revolución ante la mirada recia y amenazante.

Alguien me siguió por detrás, me pasó la voz, y empezamos a conversar sobre lo sucedido. Era Justiniano, el del pelo rubio, que todo lo tomaba como juego, y me dijo que esto era la cuarta vez que pasaba, tiempo de preparación que tenía, y que a veces bromeaba con esa gente. Me sorprendí, no lo conocía bien, era uno de ellos que gritaban por juego. Éramos amigos, pero ahora nos volveríamos extraños. Seríamos dos barcos que tendría cada uno su meta, brújula y rumbo. Sin embargo, podríamos cruzarnos y celebrar juntos en cada festividad que se presentara, como lo habíamos hecho antes. No obstante, la fuerza cuántica de nuestras ideologías nos reunirá e impulsará luego hacia iguales mares y regiones de sol hasta la muerte. Era de pelo rubio, de talla mediano, una quijada sobresaliente, una barbilla entre negro y rojizo, y de apariencia rebelde que fue fácil adaptarse. Le notaba en su forma de hablar, poseía una locuacidad y que nadie le ganaba en tomar la palabra, se le veía como un líder con un semblante camuflado de no serlo, para tener ese poder de persuasión de reclutamiento.

A partir del primer trimestre del año entrante, la ciudadela estudiantil nos recibía con el ambiente festivo a sabor de ingreso. Arduas colas en ambos costados de la avenida se apreciaban a paso lento en la puerta principal. Pedía al paso un vaso de chicha, mi estómago rugía, pero, lo dejaba, dentro de tres horas me daría más hambre. Pancartas luminosas colgadas en los techos, en los postes con inscripciones de títulos y nombres a la espera de sus postulantes. Por sorpresa, una mano me daba señas a lo lejos, una vez más, me encontraba con el ayacuchano. No acordábamos en nada para escribirnos o encontrarnos, sin embargo, nos encontrábamos en la mayoría de los casos, y ahora estábamos reunidos en los salones de esperas y por suerte nos tocaba la misma aula. No pasaba lo mismo con el rebelde, desaparecía sin dejar rastro. Andaba por los asentamientos humanos de la capital, y en uno de ellos se alojaba por

un tiempo, en el distrito de comas, al sur este de Lima.

Después, soltamos suspiros de duda, caminando a lo largo del camino que separa el pabellón con estudios generales ciencias, contemplando a los alumnos y alumnas que conversaban con desconcierto. Las personas mayores con confianza y alegría a la espera de los resultados en la última puerta. Mientras los más jóvenes, que eran pocos, como si no hubiera pasado nada, como si hubiera sido un trimestral, sin ninguna conversa alguna, solo esperarían el rapado de pelo y la espera de los inicios de la clase. Tomamos el micro autobús y nos sentíamos como si fuéramos sardinas, copilotos de carrera, que nos transportaría a lo largo de la carretera la discoteca andante, dirigiéndonos hasta la cuarenta, el asentamiento humano Comanche. No obstante, no lo encontramos. La dueña amarga y criticando las quejas de bullicios de todas las madrugadas, nos mencionó que desapareció y se había mudado sin decirle nada. Tan solo, le dejó las llaves y la pensión del último mes debajo de la puerta de su tienda, y que lo hacía con frecuencia.

<<<Sincrónicamente en la realidad virtual uno en el pasado de la vida de Roberto, en la coordenada menos uno, el tiempo climático estaba caótico, los truenos gemían desde el horizonte alumbrando con fuertes destellos y camino hacia al pueblo.>>>

<<<El presidente Belaúnde Terry anunciaba cambios e inversiones en la política petrolera, muchos capitales de estados unidos, holandeses e ingleses ingresan al país, generando inversiones en el campo de Talara. Velasco Alvarado es nombrado comandante general del ejército, y ambos países en conflicto de toda la vida, una vez más, entran en tensión. Se especulaba la página once, un pretexto para generar pánico y conspiraciones golpistas.>>>

<<—¿Qué cosa era la página once?

—Creo que era unos documentos de un tratado de un auge petrolero de Talara.

—¿Quieres un poco comadre.....?. Esto me gusta.

—Si comadre....., a mí también. Se llama seco de cordero, ¿no es cierto?

—Así es, y solo se venden aquí en este departamento.>>

Era el mes de agosto, un viernes por la mañana, era el mejor mes del año. Estaba sentado en la silla de la mesa con un gorro cónico colorido y una liga en mi cuello que me apretaba, entusiasmado de la llegada de la piñata y esperando con mi taza nueva con dibujos del último inca. El aroma del café pasado me hacía sentir por las nubes. Mientras, Emmeline doblaba los papeles de regalo, jugaba con mis aviones traídos por mi abuelo de su tienda, y escuchaba el canto folclórico armonioso de mi mamá desde la cocina. Luego, cavilaba que preparaba la mesa con sus manos gorditas y blancas. Poseía una fuerza para levantar las cosas y por las noches la luz resaltaba el dibujo de una mujer en ropa de baño de color rojo en su brazo derecho. Pensé se había quemado o sellada con un herraje de caballo. Expresó que se lo habían hecho en Londres antes de escaparse de los bombardeos de los alemanes. Desde la cocina susurraba una sorpresa: << ¿Qué?, ¿Qué cosas dice la mujer?>>.

Con su rostro introvertida, rojizo y carrilluda contemplaba la casa, los dormitorios, los muebles y a través de los cristales las calles del pueblo, en tanto, vigilaba la barriga de mi mamá de siete meses. En sus tiempos libres le fascinaba leer historias pasadas de varios lugares del mundo. No necesitaba estudiar, solo leía, me divulgaba que le encantaba viajar y solo viajar. Me lo decía supongo cada mañana. Y cuando los estragos de la guerra en Europa se arreglen, ella retornaría.

Me había acostumbrado a sus encantos, sus ojos jaspeados se cruzaban con los míos, el eco de sus gruesitos labios, mi asombro a su vestimenta de brazaletes en su cuello que le cubría todo en forma de estrella, y a veces, un sombrero costumbrista de su país. Siempre me evocaba, me leía cuentos ingleses y de sus descendientes de sumeria. Me conversaba en monólogos interminables, llenos de alegría y halagos de guacamayo. Me leía cuentos, me enseñaba libritos tridimensionales de dibujos que pensaba eran escritas con letras chinas o japonesas, pero no lo eran, sino según sus labios pronunciaban tartamudeando que eran letras cuneiformes. Me hablaba de algunas frases de la física cuántica, de los patrones interminables como las geometrías fractales de todas las formas bellezas de la naturaleza, relatos de su maestro e historias de su pueblo que no entendía ni jota, pero me divertía, que significaba que fue su hogar en la lejanía. Creaba juegos que no conocía, salíamos a caminar por el parque, amontar bicicleta alrededor de la cancha de fulbito de cemento, en donde, en el medio había un monumento de la virgen maría. Poseía unos ojos verdes brillosos que me hipnotizaba, una piel gruesa y abundante, en que, cuando dormíamos juntos me acurrucaba entre sus brazos y soñaba largo y tendido hasta al amanecer.

Organizaron para el inicio de la fiesta, ella le ayudaba a mi madre a repartir la torta echa por sus finas manos. Mientras, llegaban sus invitados, las familias de los hacendados en carros rusos, las amigas del barrio, los jóvenes de los pueblos más cercanos en autobús y los cadetes de la policía. Las señoras bien maquilladas con labios grandes y gruesos, con mucho miedo de ensuciarse los guantes negros, algunas con un cigarro, llevaban vestidos a la moda del mambo bien apretadas, collares alrededor de cuellos blancos y trigueños, y sortijas grandes bañados en oro. Los jóvenes casi vestidos como sus papás, solo camisa y pantalón de vestir y otros incómodos por no cumplir con las reglas sociales. Nunca quería separarme, me tenía agarrado de la mano, siempre al costado de su cintura y pegado a sus faldas.

Mi papá alquiló una radio enorme, y pudieron bailar a los compases del mambo en el patio, intercambiando parejas con la escoba hasta las nueve de la noche. Después, música suave, las baladas que les encantaba a los jóvenes, que no me hacía mucha gracia, porque veía que se apretaban entrelazados los cuerpos y vientre con vientre. Me atosigaba, cuando la veía a Emmeline DeLacey bailar despacio cuando la apretaban el vientre me exaltaba de celos, queriendo apartarlo furiosamente de aquel cadete de la policía. Igualmente, en la calle cuando caminábamos alrededor del vecindario, no le soltaba su mano, mientras le ponía amargo al uniformado.

Caminábamos sobre la acera, siempre le observaba de reojo, entre tanto, veía en un recinto lleno de árboles, atrapados en uno de ellos de las manos lujuriosas y besos de mi tío, acorralándola y dejándola a la vecina como vino al mundo entre los arbustos. Hasta que llegamos al estacionamiento que lucía un estacionamiento ruso. No recostamos, jugaba con su falda y su cadera, le sacaba el anillo y de vuelta se la colocaba, de pronto de reojo observaba al susodicho entre conversaciones e insinuaciones sobre sus pómulos y mejillas. Solo atiné a mirarla como la besaba, no quería seguir ahí, así que, me aparté de sus manos y me fui corriendo hacia la casa. Entre a mi cuarto, me acosté y lloré. Había pasado treinta minutos, ella llegó y se acomodó entre mí, me miró, pero salí de ahí, no quería verla. Sin embargo, entre de vuelta, no pensé que al verla me pondría tan alegre al sentirle que estaba triste. Hice mal, lo sé, creo que había llorado, me acerqué y la abrasé. Me proporcionó un beso en mis labios que me reconfortó y dormimos.

Otro día hacia a las siete de la noche, cuando las luces de la plaza se encendían, las niñas jugaban al mundo, los niños recorrían el pueblo sonriente, jubilosos jugando a la chapada, y las personas mayores atraídas por las campanas de la iglesia. Mientras, en la casa de mi abuela, que era una casa enorme y adentro en el largo pasadizo se apreciaba en las paredes cuadros de señoras de los años del siglo diesi siete. A veces me asustaba, otras veces me alegraba, eran lindas señoras con escotes de esos años, me explicaba cómo eran en esos tiempos, en que, a veces

soñaba con esos parajes estar ahí presentes para saber cómo era la vida. Me hacía jugar a las escondidas, a la chapada, al bingo y me enseñaba a realizar pequeñas decoraciones de mesa en la carpintería privada de mi abuelo. Era bien diestra en construir carros, carabelas antiguos y aviones de guerra de madera colocándoles rodajes como llantas en un par de minutos, que lo dejaba a mi abuelo como un principiante.

Miraba el horizonte a través de los cristales, a un poco llorosa, pero obraba el ademán de sentir y esforzándose de estar a gusto, contemplando a las tapadas limeñas que pasaban y a los niños que jugaban al fulbito. Sabía de antemano de las pretensiones de los hijos mayores de las vecinas, de querer agredirme y así que, estaba muy atenta. Observaba el reloj que estaba encima del televisor, faltaba un minuto para que den las seis y la mesa estaba decorada casi igual al de la fotografía del cuadro que me fascinaba, que me creaba una expresión como si estuviera en aquella época. Un poco temerosa recogía las tazas de chocolate, los panes con salchicha y palta desde la cocina, mientras mi abuela de reojo y reojo servía los postres a sus amigas. Las risas alborozadas de aquellos niños eran extravagantes y molestos, que injustamente recibieron una segunda ración. Una tristeza me apago los sentimientos en donde no recibí mi segunda ración. Me preguntaba ¿Por qué?, si es mi abuela, eso era injusto. Pues, salió en mi defensa, sin embargo, fue gritada ante todos los presentes. No sé qué mal hice, me bofeteó y todos se rieron. Con vergüenza me marché llorando, y Emmeline detrás me seguía para tranquilizarme. Estábamos en la cama del dormitorio, mientras me peinaba, limpiaba con sus dedos los ojos, y posteriormente entraba mi abuela y me resondraba por portarme mal ante sus amigos. Hasta que llegaron mis padres de una reunión, ya no quería volver, mi mamá me calmaba, pero mi papá entendía, porque mi abuelo era político y no se llevaban bien.

La navidad llegó, todos estaban preparándose y contando las horas para el festejo de las doce de la noche. Las noticias de las diez informaban desde el aeropuerto nacional, la tragedia de la aerolínea Lanza que transportaba cien pasajeros rumbo a loreto. Le había alcanzado un rayo provocando que cayera en medio de la selva. Obraban poner a los presentes los semblantes vertiginosos y pálidos con ojos de impresión a susto de muerte. Cuando, se oyó venir un coche pesado, grueso de color azul de estilo soviético, colmado de los vecinos que los rodeaba con susto infernal, y presos del pánico corriendo despavoridos entre la sala y la cocina llevando agua, alcohol y pastillas. Me traumó al ver a su hermana y a mi abuelo político que lloraban a gritos sin parar, no era para menos, pero, a mi papá no le aguantó sus gritos exagerados que la hizo callar. Esa noche todo anduvo oscuro, melancólico y la casa se transformó en un velatorio. A mi costado estaba Emmeline que me abrazaba y lloraba amargamente como si la conociera, que tan solo se habían saludado y visto una sola vez. Luego me llevó a la iglesia de la esquina, la escuchaba

preguntarse entre dientes: ¿por qué?, ¿por qué?.

<<—Pensé que me ibas hacer caso, que paz descanses. ¿Dónde estás hermana?, quiero verte.>>

Los días transcurrían, sobrevino los problemas con el país vecino del sur. El gobierno de Velazco quería recuperar Arica y Antofagasta. Perú se había preparado con armas rusas de última tecnología para ganar la guerra. El presidente dictatorial en las reuniones con sus seguidores mencionaba: “La toma y asalto de nuestras tierras que fueron robadas y saqueadas. Eran tierras donde nuestros compatriotas dieron su vida para defender el suelo patrio, y que el héroe Francisco Bolognesi nunca descansaría en paz si no la recuperamos”. Un día repentino entre marchas por el día de fiestas patrias ocurridas en la plaza de barranco, y cuando estaban en la sala del quirófano salvándole la pierna derecha, producto de un disparo que apenas había tenido siete años de dictadura por algunos políticos izquierdistas, y desde aquella época no mejoró y tenían que intervenirlo. A modo de aprovechar tal intervención, resurgió una nueva conspiración golpista entre sus mismos amigos y generales que celebró el pueblo y mi padre.

Cada noche sus narraciones de sus cuentos me dejaba soñar, casi hipnotizado, luego me cubría con la frazada que me la tejió en tiempo récord y perfectamente simétrico, en la forma fractal en los bordes y de diferentes colores de dibujos de los planetas. Y por las mañanas corría a su cuarto para despertarla, pero, una mañana friolenta en donde las nubes rujían y producían lloviznas de tristeza, no la encontré. Solo el eco de mis palabras me producía un vértigo en mi pecho de nostalgia, el recuerdo de su último cuento casi llorando y de algunas monedas debajo de mi almohada. Por otra parte, mis padres escuchaban las noticias del discurso del presidente provisional, y su actividad de dos años que habían pasado para restaurar la democracia. Su armario que brillaba bien organizado simétricamente de sus perchas, una modelo disciplinada de otra realidad imaginaria que la defendía del vacío. Sabía que no la hubiera dejado ir, tan solo, me dejó dormido, y se despidió de mis padres que me evadieron la pregunta, agradeciéndole por trabajar en la casa y que tenía que regresar a Londres.

<<<Mientras, se oían el rayado de las tizas coloridas escribir, y las maniobras con las muñecas de los trazos de las reglas de madera sobre la

pizarra en la realidad virtual de Santos, en la coordenada uno, en donde se dirigía a los nuevos postulantes en la enseñanza de las asignaturas de geometría y trigonometría.>>>

El puente se colmaba de concursos de bocinazos de carros, combis, colectivos, tractores caminos hacia la sierra. Era la única vía para el transporte de los víveres y abarrotes a los pueblos no muy lejanos y provincias. Lugar lleno de árboles y oler todos los días el sabor de la pachamanca, las festividades criollas, las familias que llegaban de esparcimiento y escuchar el sonido del río que lo atravesaba. Era fascinante zambullirse en la enseñanza de geometría plana y del espacio en las mañanas, y por las tardes trigonometría en un asentamiento humano que recién habían invadido a las afueras del distrito de Chaclacayo a cien kilómetros de la ciudad. No me importaba, con tal de enseñar.

El director y dueño era bien introvertido, pero poseía unos ojos fuertes, que con esa habilidad mandaba a cualquiera a realizar sus recomendaciones. Bien letrado en la política y a los estudios en Londres en maestría de ingeniería y en mecánica cuántica, en donde uno de los ex presidentes del Perú fue su compañero de clase. Sin embargo, lo abandonó y regresó al país, debido a que, quería estar en frente de las enseñanzas de sus academias regados en los diferentes asentamientos humanos. Crear doctrinas políticas y dedicándose a hacer libros de preparación universitaria de química orgánica e inorgánica y física. De esa manera, gracias a Justiniano que me recomendó, pude ingresar sin ninguna prueba de admisión, y mi visión como todos era entrar en las academias más prestigiadas del medio.

Estaba entusiasmado y enfocarme en convertirme algún día en un político, pero no como mi tío, si no, desarrollarme para un futuro como presidente de una compañía. No obstante, la pena de no tener a mi lado en estos momentos cruciales y difíciles de mi vida, a mi padre, y obtener su aliento y apoyo, me atormentaba. Lo fui a buscar en cada rincón de la ciudad, y nunca conseguí su paradero. ¿Dónde estaría? —me preguntaba—. A veces, lloraba con amargura de no verlo ante la angustia de mi mamá cuando se acercaba para verme y no tener un padre.

Miraba a través de la ventana esquelética del micro autobús atrapados como trucha, soportando traqueteo, los empujones y golpeteos, concentrado en el viaje y pensativo de cualquier cosa, casi hipnotizado de la nada, a veces medio dormido, tapándome con frecuencia la nariz por el olor del monóxido de carbono. Eran las seis y treinta de la tarde, el semáforo mostraba rojo, luego se escucharon dos petardos y los pasajeros comenzaban a inquietarse, era normal de dos a tres veces por día. El semáforo dio luz verde, cuando el micro echó andar me impulsó

voltear la cara hacia la derecha y lo vi salir de la entrada sin puerta del trocadero, junto con los náufragos transeúntes, taxistas, choferes de ómnibus y cobradores con los ojos desorbitados. Caminaba ya casi lerdo, sufría los síntomas de la vejez y encanecimiento, en dirección hacia la cantina de la esquina. Se le notaba completamente pintado de colorete de colores rojos y negros, vestía una gorra de color marrón, un obsequio de su nieta que apenas tenía cinco años y se sentó en frente de la barra bebiendo ron añejo.

—¡Padre! ¡padre!, ¿Cómo estás?. Porque no vuelves con nosotros, con mamá, mi hija y esposa Ana, tengo meses de casado.

Mientras le sonreía, me vio acercarme y escuchar, inmóvil, le costaba sonreír, miró dos a tres veces a derecha e izquierda, moviendo la cabeza exageradamente, como si no supiera que hacer. No se sorprendió, me miraba con unos ojos muy desorbitados, completamente de color rojo y que parecía que sufría de la presión.

—¿Para qué?, ¿A qué has venido?. Nunca me soportaron en la casa, además, te digo, si es que no te dijo nada tu mamá, tengo otra familia y tres hijos que mantener.

—No es cierto, no me diga eso —me quedé pasmado lo que me dijo, que me produjeron un fallecer con vértigos y náuseas que, me quería salir de aquella cantina que olía a licores descompuestos—. Tu nueva familia te abandonó.

—¿Cómo sabes eso? —preguntaba con asombro, bebe su vaso de ron puro. Ándate de aquí y déjame solo.

—Pero padre, por favor vuelve a casa —lo decía con mucha seguridad que se arrepentiría y pensar en volver al lado de nosotros—. Deja de beber y salgamos de aquí.

—¡Está bien!, escucha con mucho cuidado —me miraba con un rostro de competencia, y retarme a beber hasta que ver quién ganará en quedarse de pie y no quedarse dormido—. Regresamos a casa si es que me aguantas en beber a mi ritmo hasta que me quede completamente ebrio, de esa manera te juro que regreso.

Vigilé el reloj que estaba empotrado en la pared de adobe y alrededores cuadros desiguales, iban a dar las siete de la noche y pensaba en mi madre que estaba de visita, esposa e hijo que estarían preparando la mesa para cenar.

—Muy bien, como usted diga padre —entonces nos ubicamos en un rincón de la cantina, echa de puras esteras que, ya se notaban húmedas por las fuertes lluvias y de las humaredas producidos por los cigarrillos andinos.

Todo el ambiente era como un establo de gallinas, en una esquina un cubículo pequeño que servía como urinario y un tanque lleno de agua que producía regadillos sobre el piso de conglomerados de pequeñas rocas—. Pues, ubiquémonos. ¿En dónde prefiere que bebamos hasta el cansancio? —no sabía si reírme o entristecerme del reto como si estuviera hablando con un envidioso y picón, sin embargo, era mi padre—. ¡Vamos!

Las carretillas de los ambulantes se posicionaban en la cera, en cada esquina los emolienteros, las anticucheras creando humo, y las carpas luminosas de ventas de caldo de gallina en la pista. Jóvenes y oficinistas caminaban apurados hacia las discotecas, aprovechando el comienzo del fin de semana desde el jueves, apodado el día juerguees. Gritábamos de vez en cuando para poder escucharnos, soplando el humo, escuchábamos el sonido del aceite quemado freír las papas y las salchichas al paso, mientras hablábamos ya casi descoordinados, que cada vez que íbamos al baño nos tambaleábamos tratando de continuar el equilibrio. Solo fue una conversa de garra y coraje, un fortín de un pelotón antes de patrullar la zona de guerra, que bebimos toda la tarde hasta la una de la madrugada. En donde, ya se me caían los párpados produciéndome ciertos vértigos y destellos. Me conocía de ante mano, sabía que tarde o temprano mis brazos se deslizarían y abrazarían la meza. Un taxi moto estaba esperando mi cuerpo flácido como una culebra entre sus brazos hasta llegar a la casa.

Escuchaba abrir y cerrar la puerta de la casa, las voces de las vecinas en la sala con mi mamá. Me fastidiaba la pesadez del cuerpo y luchaba en ponerme de pie y levantarme. Apenas pude asomarme y las vi, la observé que se estaba secándose los ojos con un pañuelo que le dejó mi padre y Ana a su costado. La vida continuaba, se levantaba temprano y llegaba a la hora del lonche de la manufacturera Pilas National que aún seguía en pie, pese a las amenazas de la corrupción y el terrorismo; para acomodar la mesa y sentarnos los tres con el pequeñín. En uno de esos días era especial para mi esposa, no podía creer lo que le estaba ocurriendo, a pesar de sus actitudes inconformistas, manías y engreimientos, quería celebrar a lo grande y hacer realidad el sueño americano.

Mas adelante, en una reunión en la pequeña sala, solo los dos, me dijo que me sentara y la escuchara. Empezó con un sermón, luego me llamó la atención. La única manera de salir adelante era continuar con mis proyectos trazados de ingresar a la universidad, dejar de dictar las clases particulares y centrarme en mis estudios. Se iniciaba el apogeo de las academias, y que poseían con exactitud las técnicas de ingreso a cualquier universidad. Un egresado le recomendó la academia la Max Planck. Los profesores eran egresados frescos de la universidad pública, alumnos que recién habían ingresado y algunos lo habían dejado para dedicarse por completo, puesto que, sus familias no podían esperar. Ahora esta vez,

estaría solo en la ciudad y por cartas nos comunicaríamos.

Una casona colonial de tres pisos cuya escalera era empinada, con escalones de madera que olía a descompuesto y sonaba tanto que nos asustaba y escarapelaba el cuerpo. El portero sentado revisando los carnés y solucionando algunos ejercicios de los alumnos, mientras la secretaria realizaba sus labores de limpiar las carpetas en su tiempo libre y aconsejar a sus pupilas. Un apretón de mano y abrazo con Roberto que nos encontramos en el tiempo de descanso. Coordinamos para estar en el mismo salón y arrasar con los problemas de las tareas diarias.

Las clases se hacían cada vez más excitante a la mitad de cada semana, al final de las horas simulacros de admisión. Sin embargo, a veces no nos podíamos concentrar, puesto que, las rutinarias escenas en la avenida La Colmena, de gritos con bocinas de los alborotados huelguistas de los sindicatos de trabajadores, o de los profesores, o de cualquier otro movimiento sindical. Muchas veces, culminaban sus charlas y protestas en luchas a punta de piedras y botellas, con quemaduras de llantas y lanzada de piedras con ondas de liga. Mirábamos a través de los grandes ventanales el gas ardiente y picante de las bombas lacrimógenas que salíamos horrorizados para mojarnos las caras.

Lo único que nos separaba de aquel bullicio era en los descansos, para disfrutar de los famosos jugos de manzana, en el cual, decían con veracidad que era un tónico que estimulaba el cerebro para resolver todos los ejercicios y problemas de las asignaturas. Quedaba en el último piso, y para subirlo era como si fuera el doceavo, que lo triplicaba los escalones y que todavía se contemplaba los dibujos coloniales de aquella época que tanto le gustaba a Roberto. Además, para llegar a ella, los caminos eran como una ratonera sin comienzo y sin fin. Solo el bramido de unas alturadas voces, risas de las mujeres, en especial de una chica radical de izquierda y el gemido de las fotocopias nos guiaba para llegar a su destino. Sentados cerca a la pequeña ventana en rejillas donde se apreciaba el perímetro de la plaza de armas, saboreábamos un buen postre de manzana, un budín, un chiffon cake, y un surtido con huevo que a todo alumnado nos quedábamos con ganas de seguir comiendo y no salir del quiosco.

Dentro de ella, era espectacular que, un lado de las paredes había dibujos, escritos con lápices y plumones de aquella mujer, de frases, poemas, poesía, refranes, de rebelión, revolución contra la dictadura, corrupción de los gobiernos y que había colocado fotografías que marcaron e inspiraron las grandes revoluciones en Latinoamérica. Y en el otro lado dibujos geométricos con todas las fórmulas, una estrategia adecuada de una visualización de todos los días. Era una aventurera que llegó de la nada, contraria a muchas otras mochileras que deseaban viajes a lugares exóticos, en cambio solo quería los viajes radicales y extremistas en ese orden cronológico, a Rusia, China, Corea del norte e

instalarse por un tiempo en Cuba. Me fue difícil sacármela de la cabeza, pensaba, soñaba con su cuerpo contorneado hasta acabar mojado, y los días siguientes esa imagen perfecta de mis sueños permanecía como acompañante en mis masturbaciones.

Los descansos eran impresionantes, llenas de humaredas de tabaco, olores a perfumes, las secretarias repartiendo separatas gratis de problemas propuestos, algunos con casacas de aviadores, otros con casacas del ejército con pelos cortados, rodeado por chicas, en el cual eran unos postulantes disciplinados a la espera de la defensa de la patria. En la otra esquina un grupito de niños que hablaban entre dientes, excitando mejor su imaginación, pero eran los más dotados, no necesitaban estar ahí, sin embargo, era la rutina no por el proceso, sino por la obligación de sus padres. Discusiones vagas, distorsionadas formales e informales, en que, el azar de las frases excitados conducía siempre al centro fijo de una simpatía común de la vida como una función, las discotecas, los deportes, las fiestas de promoción, nombres de farándulas, chismografías, viajes a otros países y de política. De todo examinaban, de todo conversaban hasta el sonido de la campana. Siempre parada en el medio, vistiendo una clásica y apretado pantalón que se le notaba todas sus formas geométricas, había colocado una maleta llenos de folletos impresos en la avenida Wilson y cerca al hotel Platino. Con algunos pelos rubios y blanco, chaposa y la blancura de su rostro, pero rabiosa, persuadía a la multitud para aproximarse con el pensamiento a los caracteres ideológicas, a las doctrinas del marxismo, leninista y maoísmo, en donde hablaba hasta por los codos.

Era difícil transitar por las calles aledaños a la academia con mis cuadernos, cuando observaba por todos lados había caos y retrasos para llegar. Teníamos que rogar al portero y bajarle unas cuantas monedas y no perder las clases. Ya nos preparábamos con nuestros pañuelos para los lagrimeos, asfixia, y oler la humareda negra de las llantas de carros y escuchar las arengas. Ala salida de la clase, la veía en el paradero contemplando la silueta que la envolvía un pantalón crema y una blusa larga de color blanco, nariz gruesa respingada, ojos brillosos verdes, orejas perfectas llenas de pequeños aretes brillantes que bordeaba desde el lóbulo hasta el hélix. Me preguntaba por qué venía desde tan lejos para estudiar matemáticas y ciencias, esa chica solo se ven en distritos adinerados y poseían sus propias academias costosas para prepararse.

Eran tiempos de cambios en la política del país, y los centros de estudios no estaban ajeno, hubo marchas estudiantiles rumbo a la plaza de armas, al lado de los movimientos sindicalistas más radicales, y de intensas discusiones políticas en los foros oscuros de la otra academia, pues, ella estaba presente. De esa manera, simultáneamente se interesaba en la oratoria, teatro y deambulando en reuniones clandestinas, de varios institutos de artes del perímetro de la ciudad por las noches crudas y bohemias. En donde, fue elegida la presidenta del grupo inculcando ideas

radicales de izquierda ganando más adeptos.

Un sábado por la tarde, coordinamos con Roberto para bebernos unas cervezas en los barrios, a donde por las noches se convertiría en la boca del lobo. Las calles lucían tranquilo, caminábamos para ver las carteleras luminosas anunciando las siguientes películas y jugar al Pinball de naves galácticas. Nos sentamos en una cantina pequeña que a través de las ventanas podíamos apreciar una feria de artesanía y pasar a las personas realizando compras. Teníamos en la mesa seis botellas vacías, de pronto Roberto que era más perspicaz, enfocó aquella mujer de izquierda comiendo un barquillo de helado. Aparentemente estaba sola. Mi amigo me conocía y me recomendó que no excite mis pensamientos y menos mis imaginaciones de poseerla sus piernas entre mis hombros. Cosa que no le hice caso. No obstante, antes de pararme y animarlo para buscar una excusa y buscarle la conversación, nos dimos la enorme sorpresa que estaba acompañado de nuestro amigo. Las palabras estallaron y convulsionaron, comenzaba el concurso de un millón de dólares, entre preguntas y respuestas que venían y salían de nuestras bocas que nos quedamos sin aliento.

—¡Vamos!, ivamos! —. — ¡No! —. Si carajo vamos, le dije como si fuera una obligación y los interceptamos en una de las esquinas. La observé detenidamente, dudamos de su forma de expresarse, poseía un acento extranjero, pelo entre rubio y blanco, sus ojos mostraban un poco extraña salida de la nada, parecía que no era real y algo artificial. Justiniano no se incomodó para nada, al contrario, nos las presentó y nos invitó a comer un pollo a la brasa cercano a la primera academia. Me hipnotizó y me enamoré. Luego, regresamos a los juegos de máquinas, y nos quedamos maravillados con la boca abierta como maniobraba la forma de jugar y ganaba todos los juegos de combate intergaláctico, mientras nosotros nos quedábamos en la primera. Conversamos en una cantina pequeña y precaria que a ella le gustaba, parecía una diosa. Y nos enfrascábamos en diálogos radicales y extremistas, sintiéndome perdido, tímido y a su merced de lo que decía que me sorprendió y me embaucó. Mientras tanto, mi amigo conversaba desconfiadamente evadiendo preguntas y sugerencias, que me conllevó diplomáticamente a retirarnos de la reunión.

Al principio nos veíamos a escondidas, unas veces en el parque de barranco, y otras veces en la playa de la herradura. Luego, la visitaba en su casa de dos cocheras y una entrada con puerta eléctrica. Teníamos de enamorados dos años. A veces, cuando se daba la ocasión convivíamos en el dormitorio de la azotea que había alquilado cerca a la casa de sus abuelos. Nunca conocí a sus padres. Aunque, toda la familia no estaba de acuerdo con la relación que teníamos, debido a que era un estudiante. Siempre la aconsejaban que se busque un hombre hecho profesionalmente y se casara. Me gustaba porque nos sumergíamos en diálogos duradero y coincidíamos en todos los temas relacionados de la

política, y siempre a su merced de sus caprichos de la marihuana, cocaína y de lo extremista que me asustaba. Lo malo, que era de estatura alta y unos hombros rellenos poniéndome un poco avergonzado cuando paseábamos por la costa verde y el monumento del amor. Pero, al paso del tiempo me acostumbre.

Por otro lado, nuestras mentes adolescentes nos impulsaban a salir a callejear después de la clase de cualquier asignatura, en especial después de la clase de Álgebra los viernes, adonde los profesores apodado el pato y el ñato, nos sumergía y atrapaba en la concentración de la pizarra de una manera muy divertida. Después, nos dejaba con el sabor a diversión que salíamos a buscar esa primera sensación de la embriaguez de unas botellas bien al polo, y después de apostar al billar que quedaba a unas cuadras cercana a los cines de muchos focos en cadena a lo largo de la avenida. Donde, se disfrutaba el porno que, en sus tiempos fueron teatros famosos del damero de Pizarro, que a veces, nos asustaba la presencia de unos ojos amenazantes. Percibiendo con los ojos rojos y oliendo los olores de los humos ardientes, que sobresalían de las parrillas en todas las cuadras de las avenidas aledañas. Siempre me lo hacía saber que algún día haría una novela, que incluiría a todos nosotros como personajes principales incluyendo a Justiniano y a los profesores. Conversábamos de todo, hablaba hasta los codos que tan solo Roberto escuchaba, en que a veces, me daba consejos a que no avance, ni escuche a mi enamorada y caiga en los pensamientos extremistas que me conducirá a rumbo muy peligroso y que no saldré. Y a nuestros anhelos en avanzar y que solo era un retroceso en nuestras vidas. Pero, le dije que no se preocupara, era persistente en mis ideales políticas desde de muy temprana edad.

Caminábamos pensativos hacia el Colosal, una famosa bóveda de un banco convertido en bodegas de vinos, piscos y cervezas que tanto le gustaba a mi amigo. En cuyas paredes figuraban retratos dibujados de los famosos cantantes, escritores, generales de las épocas de la dictadura, pintores, políticos y artistas de la farándula, que desfilaron en ese mundo bohemio de aquella época a sabor al mambo y del tongo lele. En aquellas épocas, entre la plaza san Martín y la avenida turística de La Colmena, que lo transitaba enormes ómnibus rusos repletos, casi para explotar y volcarse al voltear a la siguiente cuadra, eran primicias los hoteles, restaurantes, las cantinas y ventas artesanales. A la siguiente avenida, cruzando la plaza había dos subterráneos luminosos que nos quedábamos con la boca abierta, el despertar de la libido, con los ojos desorbitados, la primera aventura perfecta, donde se apreciaba la seducción, sugestión y a sabor a sexo, llamado el ABC de los espectáculos.

Le enseñaba como conseguir una mina de oro, si éramos de discotecas no podíamos con las pocas propinas. Pues, la única manera de no gastar ningún billete eran los locales en la avenida emancipación. Factorías con entradas subterráneas, decoradas de multicoloridos globos, sillas campestres, humo de las parrillas en cada esquina, toneles de vinos y

piscos de todo tipo de tradición peruana. Una señora madre soltera se presentó ante nuestra visión en la primera visita, era simple que no quería aparentar, narrando una anécdota del aburrimiento de estar todo el tiempo verificando sus tres negocios en los tres colores populosos de los supermercados, y una cadena de colectivos que introducían a la gente como pejerrey. Al oír la música le producía un vértigo en los pies de moverlos y calambres en la cintura, que se dejaba llevar y lo dejaba todo por unos chibolos, cumpliendo sus caprichos para obtener dinero y prestado su cuatro por cuatro. Bailaba a la perfección y lucía como una mujer fatal, que más de un empresario informal quería estar a su lado. Nuestros saltos y con las cebadas nos mareábamos el doble, zapateábamos el piso hasta que nuestras plantas de los pies estaban rojas y sufrían de dolor hasta el amanecer. Y cuando el reloj marcaba las siete de la mañana, esperábamos con ansias su iniciativa de disfrutar las comidas tradicionales de la amanecida.

<<<Mientras tanto, en el holograma de la realidad virtual de la vida de Roberto, en la coordenada uno, los bancos son estatizados, se habla de un plan de gobierno llamado el shock que acabará asustando a los pueblos. Excesivas huelgas, explosiones de petardos en los distritos, policías regados en cada esquina y masivos detonantes en diferentes puestos policiales y militares. Mientras, por el otro lado en el sur este del país, se preparan para recibir a los provenientes desde del otro lado del mundo, a las flotas invasoras injustamente y hurtar las tierras de las Malvinas.>>>

¿Qué cosas?. Estaba asombrado que la secretaria, el portero, e incluso el personal de limpieza nos enseñaba a resolver los ejercicios y problemas de las asignaturas. Eran tiempos difíciles, cada uno poseía rostros de incertidumbre, de expectativa, de emoción, de desesperación y de rencor. No era una vez, si no hasta tres o cuatro veces, con tal de ingresar. No había chance por ningún lado, pero, era la única esperanza y esperar cinco o hasta siete años más, para volver a sentir esa obsesiva inseguridad de angustia que quizá, era lo más crucial encontrar trabajo en los primeros años. Encontrarlo, era directamente proporcional al número de años pasados para conseguir ingresar y durante los estudios, y escaparnos de ser taxista, cobradores, personas de cambios de dólares o ser profesor de secundaria, academia o de la universidad.

Mientras, que a través del sonido del eco de las paredes del aula oía el rumor de las palpitations nerviosas de las respiraciones de los

aspirantes, y la voz del profesor que se sumergía y se esmeraba en formar figuras con los puntos, líneas, planos y volúmenes y que modulaba sus frases en el espacio.

<<<<Bueno, haber prosigamos con otro problema, típico de la universidad pública examen de admisión semestre - I. Se tiene un tetraedro regular de arista a —el aula repleta y fría, mientras a través de los ventanales grandes se apreciaba el clima nubloso—. La distancia desde el centro de una de las caras a cada una de las caras restantes es: Aquí tienen cinco opciones de respuestas, tienen cinco minutos.>>>>

Solamente cada martes y jueves hacíamos un pare para mojarnos las caras, buscar aire y tratar de respirar. El bullicio de los diferentes sindicatos radicales del medio con piedras, palos, las humaredas de las llantas quemadas y con ondas de liga se enfrentaban con los ojos llorosos y ardientes a los policías y tanquetas. Mas adelante, un compañero de mi amigo que lo conoció en el billar de la esquina de la primera academia, con facha antisocial y radical que trataba camuflada mente verlo de una manera amigable y con cuidado. Justiniano Salcedo le admiré al principio por su manera metódica y reservada en hablar, aunque a veces me miraba de reojo, pero en realidad no me miraba si había alguna inquietud de su parte, sino al piso. De pelo largo de color marrón y barbilla pequeña de color negro en la quijada, que en ocasiones vestía pantalones verdes y apretados con múltiples bolsillos en los laterales, y un brocéis conseguidos de su padre que había pertenecido al ejército como conductor.

En ocasiones sentía que estaba tan aislado en las conversaciones y separado del pequeño grupo que estábamos formando. Celosamente, tímidamente y en silencio los dos que casi no podía oír lo que susurraban. Sin embargo, intuía de lo que estaban charlando, cuestiones políticas que pensé que era partidario de algún partido político. Se había ganado la confianza por ayuda económica sin intereses, alquileres de libros y carnés falsos en un par de semanas, no de los profesores que lo conocían perfectamente, si no por la mayoría del alumnado ganando su apodo permanente, el pendejo y el papi. Tras pasar el tiempo, Santos como siempre no me contaba nada, o tal vez cuidándome que, al final me dio la razón que pertenecía a un grupo radical de izquierda, no obstante, solo me recalca que era mi amigo y no debería saberlo.

<<<<Bueno compañeros, veamos como atacar el problema. ¡Ustedes son unos tigres!. Entonces, aquí tenemos el centro de esa cara, nos piden hallar la distancia del centro hacia cualquiera de las restantes. Aquí observamos que el poliedro es regular, la distancia del centro a cualquiera de las restantes es la misma, es igual. Por consiguiente, vamos a tomar esta cara que está en la base. Entonces vamos a trazar la distancia de ese centro hacia la cara que está en la base. Aproximamos con la regla, ahí tenemos justamente la distancia del centro de esa cara hacia la cara en la base, y representada por la longitud de este segmento perpendicular trazado desde ese punto hacia el plano de la base.>>>>

Cuando se hacía más sofocante, el profesor subía la voz, todos tosiendo, llorosos y lagrimeando, y a través de las ventanas largas ya opacadas cercado de madera colonial, veía la cara de espanto de los estudiantes. Entretanto, el pecho respiraba y se movía con rapidez y con el rostro de excitación de Justiniano al escuchar las vivas y alabanzas de los huelguistas, creándole un vértigo de poder y entusiasmo. Pedía ir al baño, pero después, lo veían desaparecer por la puerta de atrás. Su don de estafador, usurero, plagiador, dientes apretados, rabioso, ojos de cólera y de rencor como si estuviera sufriendo de la presión arterial lo traicionaba. En uno de esos tantos episodios pedía participar como abanderado en las filas de revoltosos, tirando piedras, quemando llantas y si pudiera agredir algunos policías, lo haría por venganza.

<<<<Si es perpendicular, será perpendicular también a toda línea contenida en el plano de la base. Quiere decir que, si trazamos acá la altura del triángulo equilátero de la base, esa altura va a llegar acá al pie de esta perpendicular. Y nos piden hallar esta longitud de acá. En un tetraedro regular, ustedes saben que la altura es igual a la arista por la raíz de seis sobre tres. Que es una fórmula bien conocida. Y también podemos observar, que el centro de esta cara se encuentra justamente sobre la mediana, que como es un triángulo equilátero, también viene hacer altura de esa cara. Entonces, la trazamos para terminar darle forma, a todo un triángulo rectángulo, el triángulo rectángulo que se forma acá en esta zona. Como este punto de acá también es baricentro de esta cara, aquí la relación es de uno a tres, entonces por semejanza la relación de esta perpendicular y esta otra también será de uno a tres. Entonces, quiere decir que esta longitud será la tercera parte de la altura del tetraedro. Sería entonces este valor multiplicado por un tercio.>>>>

De pronto:

— ¡Corre!, ¡corre!, ¡corre! —alguien exclamó.

No pensaba que ocurriría esto en la segunda academia, en el Jirón Quilca en la esquina de la plaza mayor y el palacio de gobierno.

— ¡Avanza y tumban la puerta!, ¡avanza!, ¡corre! —las voces se hacía más fuertes y crudas.

Todos, menos los profesores, no sabíamos lo que iba ocurrir. Alguien soltó un aullido de desesperación cercano a los grandes cristales de la parte trasera, y se apartaba empujando a su compañero, de modo que aseguró sus pertenencias y lo sujetaba unos instantes. Volteamos la mirada —creo que hay peleas a fuera, alguien está gritando con furia—. Nos asomamos que apenas se podía visualizar, las luces de los postes nos apañaban los ojos, y segundos después, mientras nos preguntábamos, tomábamos nuestras pertenencias cuando se abrieron las dos puertas, ya se escuchaba el sonido de la madera antigua de la escalera de los correteos y el rastrillaje. Grupo armado de negro portando ametralladoras y granadas, tomando supuestamente de rehén al portero y algunos profesores. Sin embargo, nuestros semblantes se empalidecían, mirándonos con ojos sobresalientes de espanto y sorpresa, cuando el personal desde el portero, la recepcionista hasta el director coordinaba la toma y posesión del centro para las supuestas charlas del movimiento radical revolucionario.

En ese momento, todos atentos, asustados y nerviosos enfocábamos la mirada hacia algunos de ellos que portaban uno de sus símbolos revolucionarios, encapuchado con una mirada recia, aterradora que a las justas se le notaba sus ojos rasgados, que probablemente provenía de la sierra o de la selva. Mirando atentamente de un lado a otro, y lo más sorprendente que, por primera vez observamos a varios de ellos que por su talle y por el cabello largo que le caía hasta la parte de atrás de la cintura, solo un cabello brillaba de color rubio, notándose a medias las cejas y los ojos pintados de color café.

Eran fuertes gritos de charlas, casi como obligados, puesto que, nos estaban juntando en a grupos para ser reclutados y unirnos a ellos. No podía creer lo que estaba pasando, fue una de las escenas más escalofriantes que había contemplado en toda mi vida. Lo supe desde el colegio, pero, por primera vez lo viví de cerca y muy aterrado que ya estaba a punto de ser reclutado sin querer, y que ya pensaba que iba a ser obligado a cargar un arma. Había un grupito de poca edad entre los quince a diecisiete años, que lo tomaban como un juego, estaban aceptando a marchar con ellos en la plaza y cargar armas y recibiendo los

panfletos dando vivas al compañero líder.

Hasta que alguien gritó a las afuera que ya habían llegado sus compañeros. Mientras, tratábamos de hacer ademanes para fugarnos, alguien abucheó: —! miren!, imiren! ien la calle! —. Me asomé y observé estupefacto como corrían, salían de dos ómnibus escolares hacia la entrada principal de palacio de gobierno. Segundos después, un fuerte detonante creaba pedazos y con sigio mismos charcos de sangre de los cincuenta de la escolta presidencial. Seguidamente caímos al suelo mientras nos retorcíamos gritando, llorando y chillando de dolor, salimos despavoridos empujándonos y al profesor.

Posteriormente, salieron de la academia a ver a sus compañeros mientras nos recuperábamos, poco minutos después, escuchamos otro detonante que nos hizo agacharnos al piso del patio y empezamos a correr aterrorizados. Al profesor ya no se le presenciaba el rostro, con dedos pintado de colores de tiza que pareciera hubiera llegado de una yunza —ino corran! gritó—. Ignorando y gruñido de desesperación corríamos en todas las direcciones desordenadamente. Seguidamente otro que le doblaba el sonido, otra vez incurrimos al suelo evitando las galletas de los vidrios corriendo en direcciones opuestas. Mis oídos me dolían de los gritos que expulsaban desde sus entrañas de las chicas, que rodaban y servían de empujones y soportes de otras escaladas, brotándole la sangre a chorros, era peor que un terremoto. El miedo a las escaleras largas empinadas que se hacía más extensas se había esfumado, que nos tropezamos y nos escurrimos hasta el final de la acera de la entrada y salida deslizándonos a la pista.

A las afuera de la calle, todo oscuro, los perros ladraban, lo peor venía, ¿adónde correr?, transeúntes corriendo por la avenida buscando un refugio, y se escuchaba a los revolucionarios:

— ivas a morir presidente de mierda, ratero, criminal! —.

— ¡Corran! ¡Corran carajo! ¡Corran mierda! —. De nuevo ese grito que nos ponía más nervioso.

Buscaba un refugio, no se veía nada, hasta que divisé una pequeña lucecita de vela en un pequeño lugar. Vi entrar a varios estudiantes y solo atiné a entrar a las justas, no vi quien me tomó del brazo y me jaló, pero pude entrar con ayuda de esa persona. Pasamos hasta la media noche dentro de la cantina pequeña, nos mirábamos las caras con miedo, nerviosismo, escuchábamos disparos, sirenas de policías, tanquetas, ambulancias, paramédicos y soldados fuertemente armados que rodeaban la casa presidencial para atender a las escoltas, muertos regados y heridos alrededor del centro de la plaza de armas.

<<<En el mundo real a diez años luz de distancia, mientras están construyendo una nave circular que bordea totalmente una estrella, las reuniones se hacían más ligeras y los super intendentés escuchaban y daban sus opiniones sobre la creación y de cómo están aprendiendo y progresando.>>>

<<<—Nuestra creación de la raza humana idénticos físicamente a la nuestra, están creciendo más rápido que lo esperado que las otras. Como dicen ellos, ahora son unos niños que ya aprendieron a caminar y hablar. Alguien ha estado interviniendo durante estas épocas, hay que evitarlo. Ahora es tiempo de enseñarle a comunicarse en nuestro idioma, que aprendan usar la espiritualidad, la meditación y utilizar las mentes como parte del dialecto.>>>

<<<—¿Dónde se realizará el entrenamiento Aura uno?>>>

<<<—Había pensado en nuestro lugar, pero, se realizará en la misma esfera de mar, así como las otras cuatro creadas cercano a sus estrellas.>>>

<<<—Si Aura uno, entendido.>>>

<<<—Pero Aura uno, hay otros espirituales que están interviniendo por su cuenta y otros que vienen con mala intención.>>>

<<<—Así es espiritual uno. La raza humana ha pasado por varias guerras a coste de estos malos espirituales y auras. Y lo hemos frenado y fueron exterminados. Si embargo, ahora que hemos tomado posesión de nuevo, así como las anteriores que ya están viviendo con nosotros. El rey Aura, nos solicita a defenderlos y a entrenarlos. Como los humanos dicen, es la etapa de la adolescencia. Los que están interviniendo serán castigados y reducidos en lo mental y físico espiritual.>>>

<<<—Ahora veamos algunos casos —habla el espiritual dos—. Se están infiltrando en los hologramas para crear pánico y terror. Ya ordenamos la detención de estos espirituales malos. Por otra parte, nuestros pilotos, llamado por ellos los alienígenas, están peinando la zona de conflicto y alteración, asegurando la creación. Aquí, como verán espíritus, tenemos más de dos casos analizados que están en el sistema de datos de cada humano, que han sido extraídos de sus auras espirituales y nos expresa su pasado, presente y futuro. Por lo tanto, que nos sirva de partida como en otros casos resueltos, para la prevención, captura y exterminio de

estos malos espíritus. Cada vía láctea, cada galaxia y cada universo infinito, tienen sus creaciones de vida. Y nosotros la nuestra. Así que, es hora de que lo sepan, empezando con los que llevan el aura espiritual en alto.>>>

<<<—Como usted diga Aura espiritual dos —todos los espirituales se expresan y acogen una señal de sorpresa.>>>

Capítulo 2

<<<En tanto, en la vida virtual de la vida de Santos, en la coordenada dos, seguían las colas en las universidades, las compartas luminosas anunciando el paso de sus pupilos que obtendrán los primeros puestos en el centro de cómputo. Por tercera vez, los conflictos con el país vecino del norte se acrecienta la tensión por la recuperación de las tierras de Tihuinza y la Cueva de los tallos. El presidente de japon toma medidas diplomáticas a la resignación y pérdida, provocando desacuerdos políticos y duras críticas de toda la población.>>>

Apenas teníamos nuestras licencias de ingreso, e ingresar a las reuniones del tercio estudiantil, conocer a nuestros compañeros y al jefe, que lucía como un conspirador de la facultad, que me inspiró en seguir de sus ideales y enfrascarme en ideas revolucionarias y conspirativas. Siempre durante el transcurso de mis estudios anhelaba pertenecer al tercio. Sería duro, mis calificaciones no llegaban a la altura de postular un cargo excepcional. Pensaba que tal vez, podría ser un revolucionario de la educación, mediante mis manifestaciones políticas radicales podría defender los derechos de los estudiantados. Así, de esa manera, pasados los días me puse en la vanguardia y empezar a encatusar hacia mis ideales de cambio. Era mi oportunidad para armar un grupo político. Estuve en un partido central, luego me cambié a la izquierda, tan solo eran puras charlas doctrinarias sin rumbo y ser guardaespaldas, así que, lo dejé y preferí ser independiente nuevamente.

El cantante del grupo Gelatina divertía a los estudiantes en el comedor central, y desde lejos la música popular atraía a más público que salían de las actividades con bailes. Las esquinas de las facultades estaban iluminadas de pequeñas antorchas de latas y botellas. Mientras, transitaba por las inmediaciones del pabellón central a las dos de la mañana, me dirigía hacia mi plantel para participar en el baile por el aniversario. Contemplé una hilera de columnas de cervezas posicionadas y recostadas sobre las paredes de fachada de color verde oscuro, que me produjo que la garganta se me secase y saciar mi sed. Simultáneamente, el caos empezaba, los estudiantes del quinto año nunca perdían de vista a sus contrincantes de siempre, desde el boom petrolero de la Brea y Pariñas, y tan pronto se le subió a la cabeza las cebadas empezaron a enfrentarse con rugidos de fiera y botellas en mano. Se agitaban el armazón de vidrio con todas las fuerzas posibles, a botellazos, patadas mientras se envolvían para hacer frente a las lluvias de golpes. De político, me volvía de nuevo partícipe del combate callejero de universitarios coléricos. Salí ileso, sin embargo, mis compañeros quedaron completamente ensangrentados y

con ganas de sabor a venganza con la facultad de minas.

Justiniano Salcedo, en que a veces me sacaba de apuros económicos, lo visité en su dormitorio permanente en una de las villas estudiantiles de la universidad, que estaba localizado cercano al fuerte militar Sánchez Chocano. Siempre encontraba a sus adeptos realizando ejercicios de combate en el patio. No sé cómo me convenció, seguro por su forma elegante de hablar, de que pertenecía a esa clase de un líder, y que algún día se convertiría admirado como tal. O tal vez, por invitarme unas cervezas gratis y asistir para que conozca las ideas revolucionarias del partido que, me arrastró a sus ideas políticas que practicaba por las noches en la primera academia. Sin embargo, estaba seguro de que, fue Lourdes que me sedujo potencialmente mi forma de pensar.

Me fue interesante esas reuniones, cada integrante llevaba una franja de la bandera en su brazo derecho haciendo arengas y vivas a todas las palabras de revolución, de parte del alto líder que estaba parado en el podio. Sus palabras elegantes de decir las cosas me sorprendieron, primera vez que lo conocí en persona, siempre había oído de aquel hombre por medio de Justiniano, y que en algún momento podría aceptar a integrar al grupo. Aquello me asustaba, ella estaba de lo más normal, ahora solo escuchaba. Sabía que poseía ese poder ante los demás y conducir un grupo de realizar cosas con ayuda de mi novia, pero la notaba cuidadosa de mis intenciones que a veces me confundía. Era tentadora la idea, no obstante, prefería seguir conduciendo la facultad y universidad para mejora.

Sabía en lo que estaba metido Justiniano aparte de los negocios turbios, me había comentado que era reclutador para las filas. Además, paraba en cada rincón del alma mater, dando charlas, repartiendo panfletos, buscando clientes nuevos y posibles rebeldes radicales, y en ocasiones desaparecía por tres a cuatro meses, luego reapareciendo y seguir con sus ideas políticas y estudio. Un día de tragos en el canteño, no estaba muy concurrido, nos embriagamos en demasía que habíamos bebido dos jancas de cerveza, y de una u otra manera me confesó que se había enamorado de una chica que laboraba en una fotocopiadora enfrente de la entrada número tres. Era una chica trigueña de talle mediana que provenía de Pozuzo, que llegó a Lima para estudiar por las mañanas secretariado computarizado, y por las tardes trabajaba hasta altas horas de la noche. Soltando unas lágrimas, me confesaba un amor pasado que sentía de aquella mujer de pelo castaño.

Me causó sorpresa, de aquel amigo que desde la academia que supuestamente era el más fuerte de los tres, y ahora estaba contemplando su debilidad y abatido por la confesión de un amor platónico. Los riachuelos que le brotaban fácilmente de sus ojos rasgados y con mucho dolor, no por el embarazo de tres meses, sino, porque la mujer no quería verlo más, y que ella podría vivir manteniendo a la

mujercita que tenía en su vientre. Sin embargo, por despecho se enfrascó en viajar a lugares extremistas del país y cuba, perseverando con un promisorio futuro político, que se sentía totalmente atraído por las ideas más radicales. Y enrumbarse al mundo intelectual de ultraizquierda por un sentimiento de responsabilidad social en un mundo donde reinaba la injusticia.

Justiniano con los atributos que lo caracterizaba de figurar en todo, había perdido toda confianza con los que se había codeado como la esposa del gerente de una prestigiosa compañía petrolera del país. Haciéndose buenos amigos con este último hasta ser su brazo derecho, junto con otro docente de prestigio de la misma casa de estudios que fueron en sus tiempos amigos inseparables desde la preparatoria. Posteriormente, los lotes petroleros del plantel provocan que hubiera dos mandos manipuladores arraigados, que destrozaron y desunieron las promociones salientes por sus torpes ideas políticas de ambición.

Éramos un grupo de veinte estudiantes que nos organizábamos a dar charlas dentro y fuera de la universidad. Roberto estudiaba en la facultad de economía, no lo veía, era ajeno a las invitaciones. Recalcaba que le encantaría cambiarse de carrera, que de esa manera estaría más cerca de la política, escucharme a diario en la puerta de la facultad, defendiendo de los abusivos cobros desmesurados de las asignaturas, siendo pública la institución y, sobre todo, el comedor central para los más necesitados. Y escribir algún día una novela, que lo había cautivado todas las escenas revoltosas desde la academia y de otras universidades públicas. Era un joven, caballero y tranquilo que consiguió cambiarse a nuestra casa de estudios después de a verse cambiado en tres ocasiones. Emprendedor como su padre, que había seguido sus anhelos de crear con su mamá un negocio de líquidos de frenos vendiéndolos en las provincias, en donde estaban abandonados y estancados por no poder deliberar las cosechas de los cultivos a Lima.

Junto con Justiniano aparte de pertenecer al equipo de la facultad, poseíamos cada uno independencia por obtener nuestro espacio en los estudios. Ninguno de nosotros nos reuníamos para estudiar o conversar dentro y fuera de la facultad. Pensábamos con mucha certeza que, para mantener la amistad de buenos amigos, era no involucrarnos demasiado y siempre estar a la distancia. Pero, cuando alguno de nosotros necesitábamos algo, alguna ayuda o tuviéramos alguna inquietud y tendríamos la necesidad de vernos por alguna razón, solo bastaba contactarnos y nos veríamos en cualquier parte de la ciudadela. En la biblioteca central, o en la cafetería de la facultad de química y deleitarnos con las meseras, que eran las mismas estudiantes en que a veces realizaban los bailes del medio día.

Justiniano tenía un extremo odio a la burguesía limeña y a las grandes potencias. Poseía una agradable sonrisa, una mirada amigable y

penetrante, aparte de su barbilla, rostro de color blanco y ojos azules oscuros, algunos lo apodaban burro blanco, que pareciese estaría fuera de la política y revoluciones. Sin embargo, se guardaba todo lo que llevaba por dentro, de sus sentimientos y de pensar. En las noches, era el orador revolucionario que todos los veían con un respeto y admiración, que conseguía fácilmente amigos que, hasta el adversario de sus ideas se convirtiera en su seguidor. Pero, no se hizo solo. Adquirió las enseñanzas y costumbres de Julián Lipe, que cada noche se enfrascaban en diálogos exaltados, y por las mañanas escribían los discursos para sus camaradas y los debates. Se internaban en la selva, en la sierra para ganar súbditos y persuadirlos a las filas revolucionarias. Realizaban entrenamiento con el grupo activo dentro del área de combate, eso le fascinaba, pues, era uno de los que entrenaban a la perfección, usando siempre su ex boina verde, y eso generó que sus compañeros aparte de su fácil y elegancia locuacidad, ganarse el respeto y admiración de sus colegas comandos.

Una tarde espectacular, los jardines estaban radiantes, y las flores rojas, amarillas y rosas brillaban de alegría. Por mucho tiempo, el cielo no se apreciaba despejado y los rayos solares irradiaba vida y sabor. El anunciante del quermes del gimnasio anunciaba la venta de barbacoa de carne y cervezas que servían para recaudar dinero. Nos animamos y coordinábamos para buscarlos y colaborar, que tanta falta necesitábamos nuevas máquinas. Su forma de hacer su buen trabajo como tal, era realizándolo durante los días de clase, y con sus habilidades de estudio, ingenio y de otros medios, sus calificaciones eran regulares a mediano. Sabíamos que tal vez, no lo encontraríamos, pero fuimos de todas maneras. En la residencia veíamos ropas, toallas colgadas en los balcones, varias candelarias rojas con ojos amenazantes en cada rincón. Nos informaron que se había ausentado por tres semanas y que nos había dejado una carta en nombre de los dos. Qué raro, nunca nos dejaba líneas de su historia como político y haciendo vivas.

Pero, en otras ocasiones si lo necesitábamos le encontraríamos en otras facultades, en el pabellón central, el teatro, el gimnasio, o en el jardín frente a la facultad parado al costado y sobre la sombra oscura del árbol desde muy temprano. Con una mirada persuasiva conversando con sus discípulos y ganándose algo extra de dinero, gestionando documentos falsos, carnés universitarios, licencia de conducir y cambista de dólares. Llevaba dos maletas verdes llenas de videos, músicas de salsa, baladas, rock y de tecno cumbia que tenían más salidas. Los alumnos, profesores se acercaban y les compraba, era conocido por toda la universidad. Nunca tuvo ninguna queja proveniente de las autoridades, al contrario, les ayudaban.

Mi otro amigo, Roberto caminaba en forma erguida con una mirada fijante, seria, cauto y de precaución, ya que, en esos tiempos había mucha violencia, terrorismo, donde, la universidad fue tomada dos veces, por la gente del terror y pasado el tiempo por las fuerzas armadas. Con

Justiniano le apodamos el caminante, porque todos lo veían de un lado a otro, de facultad en facultad, de extremo a extremo, solo para las clases lo veíamos, pero después se desaparecía por completo. Su pasión a la literatura le conllevaba sin querer, a estar solo, y cualquier práctica trimestral, una asignación, una prueba o un examen parcial, siempre se refugiaba en los salones de estudios generales ciencias, o en cualquier facultad. Sin embargo, prefería arquitectura o economía, y de mucha preferencia fue la de ciencias, que quedaba justo cerca al comedor central. Que en ese entonces con tristeza se presenciaba como un depósito de carros abandonados y salón fantasma. Solo se apersonaba para participar en la organización del equipo para los campeonatos de fútbol o algún evento organizado con Justiniano.

Más adelante, a través de los ventanales de madera del salón de clase de termodinámica, nos llegaba el sonido de una campana de la iglesia, que mencionaba las doce del mediodía. Escuchábamos atentos las tareas de fin de semestre, teníamos que presentar un proyecto que nos valía puntaje al ochenta por ciento y aprobar la asignatura. El trabajo era grupal, otra vez con Roberto coincidíamos en formar el grupo, y sugerimos al jefe de laboratorio que Justiniano sea parte de nuestro proyecto. Nos tocó día y noche prepararlo y aplicarlo en toda la ciudad estudiantil, era novedoso y rentable, puesto que, aledaños tanto los baños, los quioscos y las casas clavadas en los cerros de la zona, no contaban con suficiente agua. El proyecto era crear una bomba hidráulica de agua, con la idea de abastecer y crear regadillos para las plantas, pastos en toda la ciudadela. Ganamos el concurso interno, pasamos la asignatura, el jurado celebró y sugirió la idea para una tesis posteriormente a la graduación, y para tal efecto nos fue aprobado para tal fin.

La idea era para toda la universidad, pero, empezamos por la zona más necesitada. Estudios generales de ciencias era nuestro objetivo, los baños eran horribles, casi todo nuestro estudio la pasábamos oliendo los urinarios y escusados que estaban cerca de los salones, y con el tiempo sentíamos inmune nuestros olfatos que se había acostumbrado. Empezamos la obra con la ayuda económica que habíamos ganado de la universidad. El caminante, era el calladito del grupo, en ocasiones hablaba al compás y al ritmo de sus escrituras. En aquella ocasión no fue así, emocionado del diseño y el equipo de la bomba, lo divulgaba fuertemente en voz alta en cada recinto donde asistíamos. En aquel entonces, un grupo de soldados que custodiaban la zona observaban nuestros movimientos. Hay que tener precaución les recordé. Justiniano no le importaba, yo mantenía cuidado, estaba al corriente que los soldados cumplían órdenes de cualquier sospecha. Fue el caminante que pecó de ser tímido, emocionado que el proyecto se hacía realidad, que lo decía con tanto fervor, coraje y estruendo que los soldados pusieron la cara de

espanto poniéndose nerviosos.

—Aquí vamos a colocar la bomba, justo aquí —se agacha y palpa con su mano la tierra detrás del edificio.

—Espera, primero hay que fotografiar la zona —dije, cavilo de reojo a uno de los soldados que conversan entre ellos—. Y que Justiniano tome muestras para llevarlo a la facultad de minas y le hagan un estudio de ingeniería de suelos.

Uno de ellos le palmea el hombro al otro y comenzaron a avanzar. Mientras, seguía en voz más alta recalcando que aquí, y en otros rincones colocaría la super bomba.

—Cuidado, se acercan —alertó Justiniano—. Voy a extraer un par de núcleos de muestra y nos vamos.

—No se preocupen, nos dieron el permiso y ellos lo saben —dijo enérgicamente—. Y, además, me llegan, que se creen los enanitos verdes, ¿los héroes?.

—Aquí colocaremos la bomba, después en la otra esquina, y de ahí nos dirigimos cerca al cerro para colocar dos bombas más potentes—. Continuaba expresándose que me asustaba. A pesar de mis problemas y veto con los policías y militares, me quedé quieto, calmado y sugerí que nos alejáramos de inmediato. Ahora, el nuevo revoltoso me dejó como una zapatilla. Lo jalábamos de la zona para estar fuera del alcance de los militares que se disponían en rastrillar sus rifles AKM de fabricación rusa.

—Vamos, vamos compadre, ya se acercan —dijo Justiniano—. Ellos no creen en permisos y actúan sin pensar.

Roberto no quiso hacer caso. Los soldados lo tildaron de sospechoso. Por tanto, nos comenzaron a seguir. Seguíamos nuestro camino hasta un puesto de comidas de pancartas luminosas, nos sentamos y pedimos la orden para almorzar. Los soldados dieron parte a su comando de operaciones que estaba entre el comedor central y la residencia estudiantil. Terminamos de almorzar y nos dirigimos al siguiente punto para la toma de muestras, y quedaba justo en las faldas de los cerros, adyacentes al fuerte Sánchez Chocano. Los evadimos por una hora, sacamos las muestras y nos retiramos acelerando el paso. No tuvimos suerte, nos habían acorralado diez soldados. El comandante Samuel había ordenado que lo apresaran de inmediato para que pasara a investigación por tres meses. Roberto puso resistencia y empujó a unos de ellos, enfureciendo a los otros que fueron en su encima con jalones, golpes y a culatazos. No pudo aguantar los maltratos que empezó a pelearse como loco. Tratamos de tranquilizarlo, pero, era demasiado tarde que lo tumbaron al piso y a patadas amarrándoles las muñecas, puesto que no

tenían grilletes.

Esto sucedió en el mes de octubre, cursando el octavo ciclo del cuarto año, queriendo especializarse en el sistema de bombeo de levantamiento artificial hidráulico, y que por consiguiente perdió el semestre. Todos nos unimos para su liberación. Nos organizamos para convocar reuniones con los compañeros del tercio estudiantil de todas las facultades, y de otras universidades nacionales. Con pancartas, voceros, algunos sindicatos contratados, agencias privadas afines, y panfletos fue deliberado. Tuve el apoyo de la dueña, que tuvimos algunas conversas anteriormente. Ahora mis discursos eran todos los días, y Justiniano se encargaba de persuadir a todos a que no asistan a clases hasta que fuera liberado. Tanto fue su influencia que consiguió, sin exagerar, a todo el alumnado del alma mater en las vigiliass frente al pabellón central. Confiaba que haría un gran trabajo, pero, nunca imaginé que albergara todo el estudiantado. Era bien conocido.

<<<Entre tanto, en la vida virtual de la vida de Roberto, en la coordenada dos, el presidente de japon determina usar su autoridad golpista para invadir terrenos universitarios, y crear un fuerte militar para la captura de toda índole subversiva que aquejaba al país, y cierre de los principales centros de reuniones clandestinos en todas las universidades públicas.>>>

El primer día de clase, estábamos emocionados por el ingreso y que buen recibimiento tuvimos, que apenas vestíamos nuestras gorras de cachimbos que eran símbolos como disciplinados de las boinas rojas, y esperando nuestras credenciales en el pabellón central. Todavía no empezaban las clases y ya estábamos coordinando lo tradicional de la universidad. Las famosas cantinas el Canteño y la casa de la viuda, que queríamos conocer a esas leyendas que nos mencionaban los profesores del pre y de los recién graduados. Mientras, nuestros pensamientos se interconectaban a nuestras mentes del recorrido de nuestro futuro en el campo estudiantil, y de la incertidumbre que nos reparará el destino que se parecen a las nubes del cielo. Algo que pasa de largo y que se dispersa a lo lejos. Seguido, de una manada de pájaros saliendo de los cipreses con gritos estruendosos, los perros ladraban sin parar, alguien mencionó ¡un temblor!, pero un detonante retumbaba cerca de la puerta principal de la universidad.

—¡Corran! ¡Corrani, ¡Corran!, ¡itodos al suelo! —dijeron el personal de

seguridad con su altavoz.

La alegría duró poco, habían tomado por asalto un ómnibus, asaltando a los pasajeros, muchos agredidos, ultrajados e hicieron volarlo a pedazos. Observé a lo lejos por segunda vez, aterrado, estupefacto la entrada y toma de la universidad de los terroristas encapuchados vestidos todos de color negro, completamente bien armados hasta los dientes. Corrían en todas las direcciones, lanzando piedras, disparando hacia a la entrada principal número tres, logrando entrar dando muerte a los de seguridad indefensos que no tenían ningún arma para protegerse, tan solo un palo de policía. Luego, entraron a las principales oficinas cumpliendo su propósito quizá, de acribillar al rector Aníbal que tenía por cargo solo apenas ocho meses, haciendo políticas muy radicales expulsando a la masa confusa subversiva que prácticamente vivían en la villa estudiantil.

Mis oídos seguían aturcidos por las detonadas de los petardos, apenas terminaba la balacera entramos corriendo a la facultad, observando a nuestro alrededor los vidrios regados y en todos los salones de clase. Pensaba retirarme de la universidad en ese momento y no seguir más ahí, ya cumplí en ingresar y dar la satisfacción a mis padres, pero solo quedaba seguir adelante y en algún momento en el futuro de mi vida estudiantil, optaré en buscar otros caminos como viajar a otro país.

Fue una ceremonia de despedir quizá al mejor rector que tuvieron los alumnos que egresaban en ese año. Estuve presente junto con mis compañeros, compramos dos lágrimas y colocarlo cerca de su ataúd y rezamos. Nos sacamos nuestras gorras de color ladrillo, color de la universidad, para darle un sentido adiós. La secretaria y trabajadora social, lo conocían desde años, y lo verían como un buen candidato para ser uno de los mejores rectores. Ella poseía el don de mando para todos, era la que hacía y deshacía en la universidad por tener prestigio y poder. Lo querían mucho, realizó políticas radicales en contra de la ciudadela subversiva. Cuando terminó la ceremonia, toda la multitud con pancartas de cada facultad corrían detrás del féretro como señal de despido.

<<<De esa manera, los estudiantes comenzaban su largo recorrido, quedando pocos en la batalla de aprobar las asignaturas. Eran tiempos de cambio de los nuevos sílabos, nuevas reglas y formas de realizar cálculos numéricos con una pantalla grande como un televisor. Dejando a muchos egresados sin trabajos y a otros un enfoque nuevo de distracción.>>>

El comedor con la apariencia de un coliseo extravagante y de un tamaño de un poliedro hexagonal, que por las noches a veces se lucía como una estrella, dando vida a la escuela y brillar la universidad. Aunque, a veces,

los días de semana se brillaba de color rojizo por las reuniones de los altos mandos del terror. Cada sábado por la noche las fiestas eran a todo dar, danzando la música de grupos de orquestas musicales famosos del medio y la localidad. Cada recinto de la ciudad estudiantil era decorado por candelarias, en donde, se apreciaba las banderitas rojas de papel manteca demostrando el terror y espanto. La sazón obraba su tarea de oscurecer la tarde en forma armoniosa, movimiento de los pies hacia la puerta de cada salón que, provocaban la salida de un examen difícil que sus cerebros parecían explotar o darle calambres. Después sin pensarlo dos veces, se internaban en unas de las tabernas quedaba al frente de la puerta número cinco, y que luego se entremezclaban entre la masa. No satisfecho, por algunos que se quedaron con la cerveza en los dientes, y con los pensamientos medios idos que se dirigían a la bodega antigua de Lima, a la plaza San Martín arribando a la cantina Berlín. Que albergaban numerosas personalidades importantes de la farándula política y teatral. Y al costado un cine famoso, en donde, se apreciaba grandes colas de individuos náufragos para deleitarse de las películas pornográficas.

Sin embargo, lo cerraban por orden del rector por falta de fondos, que sin ningún discurso de por medio, ordenaba el cierre de todas las actividades en el hexágono. No obstante, la astucia de Santos no se hacía esperar, para organizar bien las charlas y protestas entre los presidentes del tercio, reunirse en el salón sede de la residencia estudiantil, y empezar la marcha hacia el pabellón central por las injusticias, corrupción y los inicios de la entrada de los militares. En forma coordinada y organizada, su brazo derecho Justiniano se encargaba de sus órdenes, para realizar tal efecto de las marchas diarias consiguiendo que las propuestas y quejas se concretaran.

Entonces, empezaba en centrarse en las reuniones de sus colegas del tercio estudiantil, y formar parte de las discusiones para mejoras del estudiantado, amaneciéndose en uno de los rincones de la residencia. De tal manera, que cada reunión que frecuentemente que ocurría entre semana, le nació el ser el mejor del grupo con ambición al poder y liderazgo. Así fue, que empezó haciendo reuniones en cada parque de la facultad, en cada rincón o espacio del alma mater, y se pedía prestado los auditorios de cada una de las facultades para hacer sus reuniones, tocando los puntos importantes que acechaban a los estudiantes y la misma alma mater.

Cada miércoles y viernes, siempre elegantemente, manteniendo su propio estilo y que no quería parecerse a los burgueses. Su armario lleno de

trajes en sus perchas ordenadamente como un ejército disciplinado para defenderse de la nada. Encorbatado único de color verde y un traje personal del mismo color mostaza humo que, sus pantalones le llegaban hasta el tobillo, notándose casi toda la vestidura de sus medias que eran del mismo color azul. Se reían de su apariencia, pero, recalaba que no quería perder tiempo, espacio y energía en darse la molestia de estar buscando diferentes estilos de vestimenta e inclusive en los menús de los restaurantes.

Realizaba su discurso, con arengas y gritos usando los altavoces, y poseía una forma de hablar como si fuera un acordeón sinfónico hasta los codos, ganando atención y admiración, que provocaba la hipnosis a toda la comunidad universitaria, a todo estudiante que cruzaba la facultad, a las secretarias, a las chicas que trabajaban en las fotocopiadoras e incluso a las mismas profesoras. A veces, lo tildaban de frenético, que en ocasiones sus palabras en voz alta, fuerte y ron cocha se perdían en el aire. Sin embargo, en donde, se hallaba un jardín amplio que decoraba los alrededores y que servía como descanso, y en momentos cruciales nos gustaba escucharlo con ansias cuando expresaba sus sentimientos profundos de colera, rabioso a los corruptos, del manipuleo de las fuerzas armadas a los dirigentes, de obrar con el espionaje y persecución de personas inocentes. A cierta hora, casi la toma de la secretaría general, ya se apreciaba la multitud de administrativos, de admisión, la junta de decanatos que rodeaban al sucesor de Aníbal y dar visto bueno el reabierto del comedor.

Con esa hazaña, que ocurría cada fin de mes por alguna índole como el cierre de la biblioteca, cierre de algunas facultades producido por las huelgas por algunos profesores que, se consideraban amarillos o rojos, e incluso el cierre del gimnasio, él estaba presente en la vanguardia. Incluso, en otras universidades e instituciones en sindicatos de profesores, lo invitaban a participar y a apoyar por sus demandas aun siendo estudiante. Organizándose como líder del tercio estudiantil que, no siéndolo, pese a que no alcanzaba altas calificaciones, pero, fue el arquitecto de la revolución. Ganando más espacio por sus enseñanzas e ideas que, muy pronto se convertiría en unos de los políticos radicales comunistas de la universidad. Agrupando gran masa de adeptos a que, los estudiantes se colocaran en filas largas de a tres o cuatro, a lo largo de la distancia que separa una longitud de mil metros desde el pabellón central hasta la facultad de ingeniería química. Siempre guiado por Justiniano que hacía la labor de un perfecto comandante de un batallón listos para avanzar al frente de la guerra.

Ahora, se distingue en cada recinto las vestimentas de color verde y azul, zapatos de brocés con fusiles de fabricación rusa en sus hombros, en el cual a todos nos da espanto. Nuestras formas de vivir, transitar, realizar actividades y cualquier evento en paz, ya no es posible, y que la ciudadela será dirigida por la dirección del otro lado del cerro. Ahora serán estudiantes, quizá profesoras, secretarias, basureros, personal de limpieza, entrenador de gimnasia y jefe de prácticas, que cumplirán su objetivo de la persecución y captura de los que están infiltrados en las filas. Los veo caminar de extremo a extremo con sus cuadernos, con sus escuadras de dibujo y sus mochilas, desde la línea larga que separa la puerta número tres y la puerta número diez, entre la entrada principal y la entrada del centro geofísico. No obstante, los reconocíamos por su facha de vestir, por sus rasgos de los niños bien, rapados con un cuerpo fornido o atlético que se habían formado para servir y proteger el suelo peruano.

Pasados los días, en todos los medios de comunicación se contemplaban los sufrimientos de las cuatro familias, al ver que las llaves de los gabinetes de los vestidores del gimnasio lo abren por las manos de los abogados de los derechos humanos. Las cadenas de televisión informan en directo el entierro, desesperación y gritos de dolor en frente de las tumbas que ni siquiera pudieron identificar sus rostros. Solamente el recuerdo de las llaves y unos llaveros metálicos de las siglas de la facultad que fueron encontrados en una fosa común de las pampas de Cieneguilla. Meses más tarde, en los saqueos de la residencia se encontraban dos familias desconcertados, que no entendían lo que había ocurrido, solo atinaron a retirar las pertenencias de los armarios. Los compañeros líderes de las filas revolucionarias estaban amargos por el retraso y pérdida de los planos de las operaciones de la ataque y asalto de una embajada. El funeral que fue organizado por la facultad de mecánica y extremadamente decorado de lágrimas, las dos familias recibían las pertenencias de estudio encontrados en un carro y a cinco metros, en una de las avenidas escondidas de Chosica.

<<<Todo se le había juntado, estaba amargo y con su novia en el estrado principal la oratoria se concurría picante y se manifestaba en forma general y radical ante el multitudinario estudiantado. Y en respuesta del injusto apresamiento de su amigo y que se lo agradeció enormemente, que, si no fuera por él, quizá, no hubiera salido del calabozo.>>>

<<Orando en el trabajo de transformar profundamente las políticas de las universidades, rescatando las esencias populares y revolucionarias del tercio estudiantil. Agitando la bandera universitaria para que se encienda los espíritus, y para que el alma mater comprenda que no hemos ingresado para continuar con la misma crisis de siempre, o para celebrar el dinero de los que lo administran. Si no, para constituir la voz del estudiantado, principalmente del graduado y el avance tecnológico y de la justicia social universitaria>>.

<<<Aplausos, gritos, arengas de la multitud, incluyendo los profesores, jefes de prácticas y trabajadores, corría su nombre de boca en boca entre los estudiantes que estaban al frente del pabellón central.>>>

<<Por eso colegas, compañeros y camaradas, en estos momentos de recuerdos, que son momentos de emoción, vivimos también momentos dramáticos de transición de inicio de transformación y de alumbramiento de una nueva ley universitaria. Y en estos momentos y en este día, es importante hacer de nuestro recuerdo del estudiantado, un instrumento afirmativo para la responsabilidad que tenemos. Y recordar al joven estudiante de 1915, y recordar al reformista universitario de 1918, y recordar a quien en 1919 se juntó a los obreros, uniendo estudiantes y trabajadores por primera vez. Y recordar a quien, en 1923, recibieron bautizo popular y de sangre al frente de las casas de estudio. Y recordar a quienes entonces iesecharon!, iel llamado! de la revolución de México, iel llamado! de la revolución cubana, alentando el antimperialismo difundido y luchando por dar un sitio en la historia al estudiantado. ¡Todo eso!, ahora recordamos. Porque trabajar con el tercio estudiantil recordando ¡todo eso!, es cumplir con el estudiante. No todo aquel que diga ¡ya ingresé!, ¡ya ingresé! y ahora soy estudiante es leal a la universidad y su camino histórico. Nosotros debemos ser un estudiante actuante y revolucionario. Nosotros necesitamos un estudiante de transformación, de esencia popular y de vibración latinoamericana. Y es en nombre de ese estudiante, que yo vengo a saludar en esta tierra del alma mater, donde reposa la luz, de donde nació también, y vengo a decirles a todos ellos, que largo camino, la vieja promesa, y la larga andadura histórica no serán traicionados. Que aquellos que entregaron en la ciudadela su vida ¡heroicamente!, no serán traicionados. Que los estudiantes de todas las universidades del país que fueron expulsados y ¡marginados!, no serán traicionados. Que no serán traicionados los jefes del tercio como líder popular que fueron asesinados. Que no serán traicionados los estudiantes que lucharon por la libertad y encontrados en Cieneguilla y en Chosica, así como también sus familias. Y que no serán traicionados el estudiantado en su esencia y hambre de justicia, y que en esta ocasión en que mucho tiempo después, tenemos todos los del tercio

estudiantil la oportunidad de hacer dirección a toda costa.>>

<<<Arenegas y aplausos de los estudiantes con mucho fervor universitario.>>>

<<—¿Lo conoces?>>

<<—Si, se aferra a sus convicciones. Tiene ese poder de persuasión. Solo quiere arreglar las cosas a su manera, el problema es el amigo que está a su costado.>>

<<—¿Quién?>>

<<—El estudiante de la barbilla en su quijada. Le traerá problemas.>>

<<—¿Dónde está tu favorito?>>

<<—Está en estudios generales ciencias.>>

<<<Entretanto, el estudiante continuaba.>>>

<<Estamos pues camaradas, en la línea de la reforma universitaria, que encendió en los jefes del tercio estudiantil, el afán del pensamiento y de la libertad, y en esa línea de independencia ideológica, hemos iniciado nuestro camino de desarrollo tecnológico. Y hemos reivindicado una concesión estudiantil de desarrollo interno, aumentando el conocimiento en ciencias para ser producir más y más a la universidad y al país. En la línea de la revolución imexicana!, que ieducó! a los jóvenes del 1910 y 1920, y que la música llegó a todos los estudiantes con el canto del estudiantado: somos y seguiremos siendo antimperialista, enarbolando el gran problema de los estudiantes pobres, para sacudir con ella, las conciencias de toda america latina y para hacer nuestra alma mater, un alma mater piloto en la reiniciación de los estudiantes pobres de la humanidad>>.

<<<Arenegas y aplausos de los estudiantes, profesores, secretarias y otras

entidades.>>>

<<Y tengamos por seguro, que nuestro camarada Roberto que fue apresado por una injusta razón, será soltado y estará con nosotros pronto para seguir con nuestra lucha y el buen camino de futuros profesionales. Por todo aquello, tenemos la responsabilidad y la obligación de hacer una revolución, para poner el alma mater al servicio del estudiantado nacional y crear las condiciones de una nueva era estudiantil moderna, tecnológicamente y competente como otras en el mundo.>>.

<<<Arengas y vivas de los estudiantes.>>>

<< ¡Por la libertad!, ¡por la justicia!, ¡siempre adelante, ningún paso atrás!, ¡viva nuestro compañero Roberto!, ¡viva nuestra alma mater!>>.

<<<Arengas con platillos, banderas y bombardas se escuchan en toda la ciudadela estudiantil.>>>

<<—¿A dónde vas?>>

<<—Tengo que hacer algo pendiente.>>

<<—Ya vinieron por nosotras. No te alejes.>>

<<—Lo sé. No quisiera dejar este lugar, es muy maravilloso. Tengo que irme, nos vemos en el establo.>>

<<—Recuerda que....>>

<<—Si, lo sé.....>>

Los sonidos de las ramas de los árboles oscilan de un lado a otro expulsando melancolía hacia la facultad, que gobierna la fachada de un patético color como el crudo de petróleo por las tardes y por las noches peor. Era el comienzo de invierno, nuestras cabezas se están congelando, tenemos nuestras dudas, ganas de renunciar y postular a otras

universidades mientras lo contemplamos. Lo veo inquieto y conversar con todos que prácticamente domina el círculo y a los miembros del tercio. Está sugiriendo una serie de planes, y de hecho como lo conozco es figurar y ser alguien en la vida universitaria.

Aunque su vida está llena de melancolía que nunca para en la calle, en vez, le gusta estar cerca de los libros y sumergirse horas y horas en la lectura, sobre todo saber de las políticas radicales de los comunistas y capitalistas, pero, anhela esa inclinación al comunismo. Con una pequeña lamparita que alumbra un espacio de una mesa precaria descolorida, prepara sus charlas y sus clases. Político independiente y radical de centro izquierda que nunca quiere enfrascarse en los partidos políticos, odiando a los que entraban por la izquierda y luego salían por la derecha.

<<<Pasados los meses, sus calificaciones no serían altas, pero, muy entendido en cualquier asignatura, en que poco a poco ganaba poder y prestigio, adonde, pudo frecuentar con los grandes de la política y codearse con los estudiantes del tercio.>>>

Ahora su libro de química orgánica está en las principales librerías informales, sueño hecho realidad desde la academia inspirado por el líder de las filas, que poseía diez libros de preparación y patrocinado por la academia. Su ingenio y ambición de llegar alto y con ayuda de su brazo derecho político, realiza trabajos de ingeniería por contrato de dos años en la refinería Saltana. Recalcaba que la universidad tan solo era una casa de estudios y preparación al diez por ciento, mientras lo restante uno mismo se prepara, lo aplica como autosuficiente y autodidacta.

Entretanto, Justiniano Salcedo seguía con sus atributos turbios en cada recinto, sin embargo, cada facultad tenía su propio maestro y pasó a hacer el señor por sus antecedentes ideológicas. Tiene rencor a los uniformados y conocía muy bien las carceletas que, fue en tres ocasiones las que incurrió. Es bien diestro en falsificar carnés universitarios, documentos, certificados de estudio y de trabajo. Le agradecían por la ayuda de conseguir en las diferentes especialidades y compañía entre privadas y nacionales. Ganando dinero y numerosas clientelas de

postulantes viendo hacerse realidad su sueño de por fin dejar de intentar la tercera, cuarta o quinta vez. En las reuniones con sus adeptos y con sus reemplazantes se ausentaba unas cuantas semanas o meses, sin embargo, con el líder máximo del movimiento desaparecía sin dejar rastro en meses. Pero, nunca perdía clases o exámenes, tan solo le comunicaba a su hermano gemelo.

<<<En la vida virtual de la vida de Santos, en la coordenada dos, se encrudecía los tiempos violentos.>>>

Mi brazo derecho era demasiado organizado con sus cosas y pasar muy desapercibido, probablemente para percatarse de no ser descubierto por sus habilidades de los negocios turbios. Sabía de ante mano que muchos estudiantes provenían de todas las clases sociales con sus prejuicios, odios, resentimientos sociales y todo aquello en la residencia de todas las ciudadelas en un país hostil, creará situaciones explosivas que serán presa fácil. Desaparecía cada fin de semana, desde el jueves hasta el lunes. Nos comentaba que poseía un negocio de transporte en la serranía entre las provincias de Ayacucho, Huánuco y Puno y en avioneta en la selva.

Sin embargo, comenzaba a sospechar desde la academia, todos los días vestía brocéis y pantalones negros con una correa gruesa de color verde oscuro, una mochila incaica y un poncho pintoresco coloreada de la bandera de Atahualpa. Se las arreglaba para tener conocimiento de cuando y donde sería la próxima marcha, huelga, paros de cualquier entidad para estar presente. Primero le gustaba estar en el frente, en primera fila, cargando la bandera de la entidad presente, gritando al compás del altavoz, repartiendo panfletos y llamando a que se integren a la multitud. Pero, se emocionaba ocasionar revuelta en medio de la marcha, lanzando piedras, quemando llantas, armando pleitos con los policías, apaleándolos y tratar de obtener las bombas lacrimógenas para lanzárselos.

Anunciaba colocar las banderitas rojas en cada recinto de la ciudadela estudiantil, en especial en todas las facultades y en el largo pasadizo que dividía la entrada y el comedor central. Colocándolos cada dos metros de distancia con unas latas de un producto de leche, o botellas de cervezas de las marcas tradicionales, con mechas encendidas como si fueran la pista de aterrizaje de un aeropuerto. Visité su casa decoradas de medallas y fotografías de su papá, que había ganado algunas peleas en el coliseo de boxeo en la sierra de Cajamarca, en donde se había refugiado Atahualpa. Quedándome sorprendido que todos poseían los rasgos iguales y bien arraigados, con talle alto, test blanco pero moteados de clase ruda, pelos

rubios, cuerpos gruesos y ojos azules oscuros.

<<—Quisiera conocer a este estudiante también. ¡No puedes interferir!. Pero, me parece fascinante que los tres amigos nunca se ven para discrepar puntos políticos, o deportes, echarse unas cervezas, entre otros, como lo hacían en la academia. Pero, se reúnen para ayudarse. Mi favorito ha crecido enormemente, está hecho un hombre y derecho a sus convicciones.>>

Conversamos en el pabellón de estudios generales ciencias, adonde, frecuentemente era el salón de estudio del caminante. Conversamos largo y tendido de muchas cosas triviales e importantes del sistema de gobierno del país y del mundo. Me empezó a narrar la historia de su vida en las filas, los adiestramientos con los principales líderes y las amistades importantes en la facultad de mecánica. Me enseñó algunos libros de ideologías revolucionarias radicales, tras intensas charlas de madrugada me empezó a indicar que pudiera ser útil a la organización revolucionaria. No estaba seguro, aunque, mis convicciones se acrecentaban a medida que me llenaba de odio hacia los corruptos, rateros y los dictadores. Lourdes me había comentado al respecto, estaba tan enamorado que me persuadió de una manera cegado que acepté.

Fue un domingo, que lo busqué a la residencia estudiantil, y explicarle el motivo de mi interés en saber más de aquella persona y de la cúpula. Nos citamos en un cine en la avenida Tacna, que estaba llenos de afiches descascarados, letreros de color verde luminoso y en el techo con las letras despintadas sin uso, que solo servían para exhibir pornografía. Fuimos a una de las cantinas folclóricas de la esquina entre la avenida Colmena y Emancipación. Nos bebimos un par de cervezas contemplando a las dueñas de las tiendas informales, recordando nuestras hazañas cautivadoras de conseguir una mina de oro para que nos pague la estancia, y luego visitar la academia.

Me informaba que un acontecimiento se presentará durante la siguiente semana y que él va a participar, no me lo dijo, solo que me dé mi tiempo en pensarlo después que conozca a los líderes. Sacó de su maletín folclórico unos libros rojos, escritos y panfletos para enseñármelos. Me asustó un poco, pero lo tomé con calma.

<<Ojalá que no acepte, lo va a hundir y lo va a llevar a tomar malas decisiones. Pero, esa chica de pelo rubio y blanco a su lado. Que extraño, no puedo ver sus tiempos. Creo que no le conviene. No puedo

interferir.>>

Seguía con mis discursos que era lo que más me apasionaba. Empecé con una alta voz que compré en el puesto de segunda mano en el mercado del centro de Lima. Luego, me conseguí un parlante viejo que estaba en el techo y a punto de ser arrojado a la basura. Mas adelante, cuando se acrecentaba mis adeptos y ser conocido por los profesores, y en especial un ingeniero que lo habían reelegido por segunda vez como gerente de energía de la universidad. Amablemente compró un par de parlantes que se usaban en las fiestas de las tómbolas de la moda y obsequiándome. Que luego sirvió para alquilar a las promociones salientes y obtener ganancias para las compras y organización de nuestras campañas, algunos juegos de tómbolas y mi sueño de la formación del grupo político.

Los días pasaban, nuestros semblantes demacrados en que, a veces nos quitaba las ganas de comer y estar a solas conmigo mismo, que me sumergía en otras facultades, otras cafeterías, otros restaurantes y sentirme libre en otros ambientes. Buscaba algo nuevo, Roberto me había contagiado. En donde, sentía tranquilidad, con aroma de paz y con más confianza por ser extraño en cada estancia del pabellón, en la biblioteca o en los salones ajenos de clase. Me había informado una vez más de Justiniano que la mayoría eran madres solteras, otras sin suerte de cazar uno, tímidas y tranquilas, que aguardan sentadas frente a las máquinas de escribir. Sin embargo, con ganas de entregarse a quien las necesitan y se entregaran con tanta pasión y alegría que nadie ve su sacrificio hasta que el aullido de la melancolía cesa, y la suave soledad huye dentro de las nieblas y oscuras de los arbustos en un silencio acogedor. Quería conocerlas, robarles una sonrisa, y saber de sus vidas pasadas de matrimonio. Se presentaban con frecuencia en las barbacoas de pollos con baile de cada facultad, en otras ocasiones en el coliseo, en las canchas de frontón, en el gimnasio y en el comedor central por las noches de gala de fiesta de graduación.

Un día por la tarde, caminaba por las faldas del cerro mirando con asombro las columnas de puesto de vigilancia Sánchez Chocano, monitoreando toda la ciudadela estudiantil. Al frente, se localizaba la facultad de ingeniería de metalurgia que apenas se podía divisar de cualquier punto, era pequeña y fácil de adaptarme a la biblioteca y estudiar. Por la puerta principal, veo parada a una mujer con tacones altos, tenía rasgos trigueños de pelo ondulado, que se encontraba conversando con otra mujer de apariencia japonesa. La vi entrar a su oficina, pues, entré para hacerle una serie de preguntas vagas, luego la seguí hasta el centro de cómputo, no sabíamos nada de computadoras, tan solo llevábamos varios discos negros que se veía como para colocarlo

en los tocadiscos.

Día sábado por la mañana, empezó las clases y sentía temor de equivocarme o hacer el ridículo, me sentía inútil estudiando con alumnos que probablemente bordeaban los quince a veinte años. Aprobé las asignaturas difíciles para llegar al quinto año y ahora me encuentro como si recién aprendiera a escribir. Cuando ingresé al salón todos voltearon la cabeza en señal de asombro y parándose. Quería salir, pero, cuando la vi sentada en la primera fila tuve más confianza y retrocedí buscando donde sentarme. Estaba obligada a dominar los nuevos ordenadores de Windows, siempre había usado las IBM. El profesor era medio divertido y cariñoso con las nuevas estudiantes que, solamente acudía en su ayuda para enseñarles, ¿y los otros?, estábamos volando en la computadora como si estuviéramos reparando un televisor. Luego, nos dejó una tarea para la casa y hacerlos en grupo. La mayoría se juntaron por sí solas, entre los jóvenes entre conocidos y no conocidos. Prácticamente nos habían marginado. Nos miramos las caras y nos entrelazamos en sonrisas como de un arcoíris. No tuve apuro, fue fácil juntarme con ella y hacer un grupo de náufragos computarizados.

Nos dirigimos a la ex facultad de Roberto. Quedaba a diez minutos caminando sobre la trayectoria que separaba los extremos de la ciudadela estudiantil. Observábamos innumerables cafetines al paso, puestos de comida rápida, juguerías, librerías, multitudinarios estudiantes, diversos tipos de ambulantes que, llegamos a pensar y a comparar que se asemejaban a los supermercados informales del mercado central de la avenida Abancay.

Mientras, pasamos por la facultad de ingeniería de sistemas, la noté que miraba con pena y cólera.

—Nunca vallas a ese lugar —me dijo con tanta rabia.

—¿Por qué?

—Por nada, solo no vallas —me respondió.

—Está bien, pero ten calma.

No sabía por qué, pero lo deje así. Otro día le preguntaré, el día estaba bueno para empezar una buena amistad.

Así que, llegamos al cafetín que tanto el caminante me mencionaba. Era un lugar exótico llenos de flores y bien escondido que nadie podría encontrarlo. Si no fuera por las referencias que me dio, nunca hubiera podido llegar. La entrada que fue decorada de un arco llenos de flores, globos verdes y negros, con algunas luces alrededor, nos hacía sentir estar en la jungla amazónica de Pucallpa. Era el escondite ideal, poca

gente, sin bullicio, cantos de los loritos enjaulados, pajaritos, algunos fumando y sobre todo económico. Mientras se escuchaba lavar los utensilios, los huevos revueltos rujían, el aroma de café pasado nos levantaba los suspiros y las ideas fluían por sí solas.

Hablaba y hablaba sin parar, me daba conocimiento de la vida de todos y de lo que pasaba en el alma mater, y su entusiasmo de organizar reuniones con los sindicatos y oponerse a las reglas impuestas del rectorado manipulado por el otro lado del cerro. Era cierto, en la residencia estudiantil cavilaba a personas extrañas ajenos a la casa de estudios, y le di la razón en que a veces no podía acercarme a visitar a mis compañeros. Y que, para saber más, pregunté al que sabía de todo y de todos, a Justiniano. Eran el otro grupo del terror que habían tomado la residencia de una manera disimulada, y sospechas de una mujer que poseía influencia que fueron entrando poco a poco.

La curiosidad me acrecentaba de ¿Quién era esa mujer?. Quería conocerla. Poseía un cierto poder en la universidad e incluso sobre los decanatos y el rectorado. Se voceaba que tenía un pasado oscuro, sospechas de informaciones clandestinas. Los agentes de la marina estaban detrás de ella, pero, no daban con ninguna pista y evidencias de acciones para ser apresada e interrogada.

—Pero ¿Quién será esa mujer?. Te veo la cara de intriga compadre. Así es. ¿Pero tú realmente quisieras conocerla?. Eso ya veremos. Tal vez, si puedo sacarle de la lengua lo sabré.

Me acerqué a su oficina, la asistencia social y a través de los cristales la vi, sentada e hipnotizada en el ordenador. Era un jueves por la tarde, estuve comprando un vaso de jugo en la esquina de la biblioteca, y de reojo la veo salir hacia la platea de la facultad de ingeniería civil. Estaba dirigiendo la decoración del recinto del patio de honor, se acercaba el aniversario de la universidad. Sin dudarle, me acerqué para ayudar y me presenté ante ella si podría dar una mano. Con razón todos les hacían caso a sus ideas, caprichos, y todo lo demás. Aquella mujer de talle robusta, trigueña, con ojos grandes y una mirada fuerte e hipnotizadora, poseía el poder y que prácticamente era la consejera y brazo derecho de cada rector que pisaba el estrado en cada elección general.

A lo largo de los meses habíamos jugado con nuestros ojos y volteos, que nos habíamos hecho de caras constantemente. No sé cómo, pero sabíamos que en algún momento de nuestros andares por la extensa y amplia del alma mater, nos atraparía la amistad. Sin embargo, por fin el día llegó. Por la mañana al despertar y luchar ferozmente conmigo en levantarme, sentarme con mucha pesadez, luchando con mis parpados para que no se cerraran y caminar como ebrio hacia el baño. Y mientras me debatía entre preparar el desayuno o salir a comer el almuerzo en las carpas verdes por la avenida Habich y que daban repetición, el teléfono

móvil se alumbraba de azul incandescente de dos llamadas perdidas. Era Justiniano. Me anunciaba que la había visto a la dueña almorzando en uno de los restaurantes de arquitectura.

A partir de las horas siguientes empezamos a conocernos mejor. Teníamos los mismos ideales políticos e ideas que nos sentíamos muy compenetrados. Le agradecí por su confianza depositada, que no sería infiel y portarme bien con tal de seguir con nuestras ideas revolucionarias, luchar para el cambio y el futuro de nuestros pueblos. Me enamoré de ella, aquella mujer de mirada fuerte y cautivadora, asistente social, aunque, siempre recalca que era una trabajadora social. Vivía en una casona en el distrito de ingeniería, que le heredó su papá, en donde fue una inminencia en lo catedrático. Me engrería en todo, aunque, no quería vivir en su departamento, me compraba todos mis útiles de estudio, me sacaba a pasear en su carro, y casi todos los días costeaba el almuerzo y la cena. Pero, debía tener cuidado para que no se entere mi enamorada que le sacaba los cuernos en cada momento. Me abundaba de preguntas entre fáciles y difíciles, que me ponía en aprietos, aun así, le respondía. No sé cómo, pero me alargó la lengua hasta sus labios y me extrajo informaciones de mi facultad, en el cual quería saber el orden y la administración de sus funciones. Curiosamente, y con semblante medio ido le informé de las entrevistas de las prácticas de mis compañeros en una compañía nacional petrolera, degradando a la facultad que todos apestaban de pies a cabeza, dicha por los recursos humanos, que irónico, cuya facha era la de una carnicera, en que no dudé en incluirlo en mis discursos una y otra vez.

Era muy locuaz, y se enfrascaba en conversaciones radicales y destrozaba a toda aquella persona que la retaban, de quienes eran la mejor que hablaba y retenía bien a su centinela. En cambio, Carla estaba en la posición contraria a la política de la universidad y colaborando con la organización de las reuniones de los sindicatos como señal de apoyo. En varias ocasiones la veía organizando las decoraciones de las pancartas de protestas y robos en el estrado, realizando arengas, vivas y hablando con bronca y rabia en contra de toda la cúpula del sistema de admisión, administrativo, logística y social. Y que la había demandado por descuido a su mamá, en el tiempo que se alojaba por recomendación de un pariente de la asistente y resultando que falleciera. Al final no llegaron a más que lo dejaron en caso cerrado en la corte. Pero, nunca más se volvieron a hablar y verse las caras. Pero, mi amor se acrecentaba con la asistente que coincidimos en muchas cosas, de tal manera que, se convirtió en mi contacto desde mi puesto de comando dentro de la selva, y nos escribíamos de todos los sucesos que se acontecía en Lima.

<<<Antes de la publicación de la siguiente novela de Roberto, les preguntaba muchas cosas acerca de los dos y de su novia Lourdes. Con

ella se hicieron buenos amigos de inmediato y se veían en la cafetería de la facultad de química, de la facultad de sistemas, o detrás de los salones de estudios generales de ciencias, llenos de olores de aceite quemado, humo y hundidos en los asientos de pajas en una de las carpas verdes luminosas. Sin embargo, se lo hacía saber a su amigo, en el cual, sabía de sus intenciones de saber la vida privada de los tres, y que en un futuro escribiría un libro teniéndolos como personajes.>>>

Las campanas de la iglesia resonaban, olían los inciensos en toda la cuadra, el olor de las comidas tradicionales y los postres. Era la una de la mañana, escuchábamos con atención las charlas y arengas, encapuchados con cobre rostro y gorras rojas. En la platea, tres personalidades de alto rango de la revolución, esperando dar el discurso final y vistiendo pasamontañas negros. Se calentaba las voces, vivas y aplausos acalorados de las yemas de las manos, convirtiéndose en un coliseo de gallos de peleas.

Decía que era su primera vez, estuvo emocionada, no podía creerlo, pero, me recalcó que cuando había estudiado secundaria y un curso de márketing en Inglaterra, conoció a un tipo de políticas radicales y extremistas de las ideologías del Maoísmo, Marxismo y Leninista, que la había marcado políticamente. Pensé que no era de política, si no, de modelajes y entretenimientos, incluso, pensaba que algún día dejaría Lima, como varios que se instalaron en Miami por temor y estar hartos de los apagones y petardos. Su rostro concentrado de atención, rebelde a los peines, el desteñido y los agujeros desgarrados ventilaban sus piernas, la miraba con sorpresa y con remembranza, miraba sus labios, su nariz gruesa y su hombro ancho con un tatuaje que me cautivó por unos segundos. Luego lo olvidé y voltéé la mirada hacia la cúpula. Quería conocer al líder tan popular, me decía que era buena gente y sencillo, escuchaba, no hablaba, todos los querían, tan solo, cuando realizaba su discurso se trasformaba como un león.

No fue difícil para ella adaptarse a las doctrinas de la revolución, sabía de qué se trataba de las ideas populares y radicales. Era bien atlética de treparse por el muro que bordeaba la puerta trasera de su casa para visitar y vivir clandestinamente en los asentamientos humanos, las barriadas peligrosas y en especial cerca de la academia en el jirón Callao cercano a la iglesia de las nazarenas. Muy alegre de su intención de conocer al amigo que la habían recomendado desde Londres, justo al frente de la primera universidad del país en que, en una borrachera caía rendido a sus pies, estaba parado ofreciendo entradas a las universidades y medio pasajes que lo persuadió al grupo clandestino. Entremezclándose con un grupo llamado los lectores perversos, siendo de distintas regiones arraigados de raza, credo y color, que provenían de diferentes puntos marginados del país. En donde, ella era la diosa de pelo rubio y blanco,

visualizándose con unos ojos verdes brillosos y tatuajes alrededor de su cuerpo. Estaban a su merced, el más radical paso a hacer su guía, tras el poso de la vida bohemia de grandes borracheras y reuniones se convirtió en la líder del grupo.

Yo seguía en duda de mis ideales políticas, pensaba y solo me dejaba llevar, no mantenía muy claro que hacer con mi vida, mi vida tenía sentido, en la trayectoria de acabar la carrera. Sin embargo, quería realizar muchas cosas. Desde ese día, sabía que me pertenecía, no fue difícil que se enamore, ganar sus emociones y sentimientos, sobre todo tener a una compañera que compartíamos nuestras doctrinas rebeldes. Manteníamos esa inclinación de recorrer los pueblos humildes, opuestos a los rascacielos que separaban una línea extensa llena de hileras de árboles, que todo lo absorbía desde la avenida Alcázar y el Óvalo de Miraflores. Recorríamos los cerros del Rímac, nos gustaba caminar al rededor del borde y llegar hasta la cima del cerro San Cristóbal para contemplar el horizonte y el mar de las doscientas millas del mar territorial. Luego bajamos corriendo hasta la boca del lobo, que fue un refugio en el virreinato y en la guerra del pacífico. Ese día mis sentimientos fueron acorralados totalmente, y ejecuté mis sueños desde de mi adolescencia, hacer el amor parado entre los escombros de rocas quedándonos dormidos.

<<<A través de la selva amazónica que separa Brasil y Perú, se oían todo tipo de bichos, animales de la jungla, aves y toda clase de culebras que se escurrían sobre los pantanos llenos de lodos y con lluvias interminables. En el cual, se oían quebrantar las hojas por las botas de campaña de los revolucionarios a paso lento, cautos, precavidos y preparados ante una emboscada.>>>

Dos de la mañana, era un jueves, un clima escalofriante, congelador que hasta mis dientes estaban tiesos a punto de descolgarse de mis encillas, y caminando sobre los pantanos. Después, lodos hundiendo las hojas, ramas y las botas hasta la rodilla, no obstante, nadie renunciaba a sus inspiraciones políticas del cambio y el buen futuro de nuestro pueblo y familia. Con las armas en el hombro, con el peso de las botas especialmente diseñado para esos caminos, se convirtieran muy pesados, nuestras cantimploras estaban vacías, pero, seguíamos el recorrido usual de todas las mañanas, y seguir incautando más aspirantes a que se unan a la causa.

Seguidamente, en uno de los arbustos de la selva comprendido entre los departamentos de Madre de Dios y Pucallpa, divisamos a la derecha una fosa tapada con ramas y hojas. Nos detuvimos por unos segundos, nos miramos las caras, observamos detenidamente la fosa, no hubo ninguna trampa de por medio y nos percatamos que todo esté libre de peligro. Mandé al compañero a cargo que revisara y nos dé visto bueno para empezar a revisar. Con los camaradas nos acercamos y empezamos sacar las ramas, las hojas y muchas rocas, que estaban encima de la fosa, parecía que habían hecho una pachamanca, porque, aún se olían a las cenizas del carbón. Era una especie de bulto camuflado, dentro había mochilas de color verde y marrón. Lo revisamos, y nos vimos con la sorpresa que dentro había unas docenas de documentos, planos, dinero y algunas fotografías. Aparecían los rostros de algunas mujeres, hombres y quizá, lo más asombroso, es que hallamos un carné de identidad, en donde, aparecía la fotografía de una mujer hermosa y trigueña. Quedé estupefacto, a esa mujer con quien habíamos compartido amoríos ligeros en que, luego se convertiría en mi contacto, no podía creer encontrar su carné en plena selva.

Mientras percibíamos que las mochilas pertenecían a los narcotraficantes, nos preguntábamos como regresar, porque habíamos perdido nuestra posición, ya que nos encontrábamos en el área del Vrae, y la locación estaba acordonada de soldados del ejército. Entonces, al localizar nuestra posición tomé la decisión de regresar a la base de operaciones llevándonos las mochilas y entregarlo al comando. Nos alertaron que iban a tomar por asalto diversos puntos estratégicos de la zona, y realizar un aeropuerto para sus fines de lucro en los países desarrollados. El comando se reunió con el jefe máximo de los narcotraficantes, apodado el cabeceador, enseñándoles la mochila y poniéndose de acuerdo por ambas partes que, no fue la primera vez y que seríamos recompensados por hallar el paquete por extravío en un operativo contra el ejército.

Dicha recompensa, nos daría a toda la cuadrilla revolucionaria la posibilidad de desertar por completo, o parcial para fugar del país, debido a que los combates se habían puesto en nuestra contra, teniendo muchas bajas, no poseíamos muchas armas, y lo más crucial que nuestro camarada Julián Lipe fue apresado y condenado a cadena perpetua. Se había fugado una vez, sin embargo, esta vez, fue conducido a una máxima prisión, en la isla de alta seguridad el frontón y hacer un llamado a que depongan las armas. De esa suerte, sabíamos que teníamos que dejar el país a toda costa, y buscar un país en donde acogen a todos.

—¿Dónde te quemaste el hombro? —preguntaba su hermana—. Parece una marca de esclavos o de prisioneros hecho por los calderos de cobre. ¿Eso es una señal de la figura de una mujer sexy?.

<<<Era una adolescente precoz, aventurera, pueblerina, que solía escaparse en las madrugadas y encontrarse con el hombre mayor, y aventurarse en una aventura adúltera en las pajas y establos de los matorrales. Por el otro lado del mundo, se desataba la guerra del pacífico, en El Salvador es cantado por primera vez en una ceremonia oficial el himno nacional. En tanto, aquí había intereses en la invasión chilena al puerto boliviano de Antofagasta, y de una guerra secreta librada por los protagonistas Robert Harvey y John Thomas North. Vivía con sus padres y una hermana en la parte norte de Inglaterra.>>>

<<<Apenas tenía quince años, robusta, de ojos grandes, verdosos y brillosos, blanca y con cabellera corta que se lo habían hecho antes de conocer por primera vez la real plaza de Londres. Se había enamorado de aquel hombre misterioso y que nadie lo conocía. Pero, sabía que trabajaba en la mina del condado. Vivía solo en una mansión adquirida por su tío que se había hecho millonario y que poseía una cadena de tiendas de zapatos de buena calidad. Hombre serio que siempre andaba y brillaba elegante todos los días, era una persona perfeccionista. Hablaba bien, actuaba bien, y tenía una manera de conllevar el hogar a la perfección, hasta que su esposa se cansó y lo dejó por un buen mozo de la fuerza real inglesa.>>>

<<<En la mansión, que se translucía en todo el vecindario, había dos empleadas que conocían muy bien sus debilidades y que realizaban los que haceres de la casa. Entre semana se acostaba con ellas y en ocasiones dormían los tres. Por supuesto, que tenían que aguantar sus golpes y patadas al desnudo, y pagarles numerosa suma por sus servicios, ya que, las persuadió que eran trabajos extras, y por nada dejaron de aceptar dichas propuestas. Pues, un día por la mañana, el chofer que usaba un sombrero largo de copa golpeaba a los dos caballos que jalaban el carruaje, y pasaba cerca de la casa de su padre y la encuentra jugando en un arbusto. Muy curiosa, corre detrás cruzando los establos, remolinos y árboles hasta la mansión. Se asoma, cabalgando, subiéndose por el muro para observar y conocer la mansión. La vio solo jugando las cartas, las sirvientas le servía lo que pedía, una copa de vino, uvas y una taza de té. Pues, al ver que una de las sirvientas lo besa en forma cariñosa, los labios, las orejas como un acto normal, sorprendida trastabilla y cae. Aquel hombre escuchó y se asomó, la vio y la asistió.>>>

<<<Aquel hombre aparentaba tener cuarenta y dos años. Se ilusionaron, el misterioso sabía que ella se había enamorado, sin embargo, no pensaba ni quería pensar tal semejante cosa. Quería, se ilusionaba vivir en la

mansión, insistía, se obsesionaba con tenerlo dominado y pensaba ser otra de sus sirvientas. Tocaba la puerta, aquel misterioso se negaba, las sirvientas estaban informadas que no abran la puerta y no quería involucrarse ni tener problemas. Sin embargo, la vio entrar por la ventana de su cuarto y no pudo negarse, que después de miles de preguntas fue convencido por la sombra blanca transparente del camisón, que translucía el cuerpo ardiente brillando el tatuaje y cayendo rendido entre sus brazos.>>>

—¡Dios!, pero, eres solo una niña —dijo estupefacto, los ojos se agrandaban al verla desde sus pies estirados hasta su cuello dando giros—. ¡Vete de aquí!.

—¡No!. ¿Cuál es tu debilidad?

—¿Qué preguntas son esas?.

<<<Se le hacía un nudo en la garganta, apenas podía tragar saliva.>>>

—Cállate, y bésame —dijo, se saca el camisón.

<<<No se negó, y prosiguió al ritmo de las revolcadas dentro de las sábanas. Sabía que se acostaba con las empleadas, su amor adolescente no pensaba con la cabeza y quería tenerlo solo para ella.>>>

—Solo quiero complacerte, quiero que me lo digas.

—¿Qué cosa?

—Tu debilidad. Y te juro que te complaceré hasta tu propia encarnación.

<<<El hombre misterioso estaba sumergido en el pedestal de sus pasiones que solo respondía, respondía y de realizarle sus caprichos.>>>

—No puede estar pasando esto. Que hermosura eres —sudando le seguía besando los pechos—. Pero a ti no, solo eres una niña.

—Solo quiero saberlo, anda vamos, no seas malito —se desliza sobre su cuerpo remiendo como una gata en celo hasta besarle el tieso y tragarle la leche condensada.

—Mientras, se repone y toma aliento—. Suelo pegar a mujeres desnudas, eso me excita.

<<<Luego lo celó demasiado. La última noche que pasó en su dormitorio le vio salir en busca de una de sus empleadas y los encontró a los tres en el mueble.>>>

—¡Golfas!, ¡golfas! —exclama.

—Espera, calma —dijo aquel hombre con sus ojos desorbitados.

<<<Con rabia, bronca, su rostro estaba como tomate, no sabía qué hacer. Al final lo amenaza con divulgar todo lo que sabe a su exesposa, todo lo que había visto, todo con el fin de mantenerlo a sus pies.>>>

—Eres una niña, tienes quince años y no te pueden creer —dijo, se ríe.

—Ya veremos —dijo Shelley—. Voy a ir a la ciudad y contar a cada uno que te conozca, pero antes voy a divulgarlo en el pueblo. Luego no tendrás paz y estarás bajo las rejas del manicomio.

<<<Shelley dejó las bolsas de ropa y corre en dirección al pueblo, y realiza las virtudes de chismosa hablando pestes de aquel hombre misterioso y de las sirvientas. Al final aquel hombre se había quedado solo. Las sirvientas tuvieron que dejar el trabajo por vergüenza. Ella también corrió con la misma suerte, su padre se había enterado de la relación adúltera con el hombre misterioso, y que había intervenido una vez más sin permiso, acabando expulsada de su casa.>>>

<<<Se introdujo en la vida bohemia de la ciudad de Londres. Conoció diversos tipos de gente de mala reputación hasta que conoce a un

mochilero que se había recorrido el mundo, que la instruyó en el mundo callejero y vivir en las caravanas. De esa manera, se vuelve bondadosa e insoportable mujer protestante. Comenzaba a dibujar en su mente diabólica, perversa, rompe corazones y de cómo se vería realizar viajes alrededor de los hologramas. Dejando huellas en los albergues y posadas, estropeando, envenenando, llevando y dejando sus extravagantes e infecciones manías en los sitios que frecuentaba. O quizá reivindicarse, ayudando a frenar y combatir a los que vienen con malas intenciones.>>>

Capítulo 3

<<<En el holograma de la vida virtual de Roberto, en la coordenada tres, los atentados internacionales se hacen más crudas en los países desarrollados. Se usarán los drones supersónicos para invadir objetivos importantes, como en los lotes de petróleo de Arabia, en las embajadas, en los puestos policiales y centros recreacionales de los tres países importantes que intervienen en Afganistán.>>>

<<<La ciudad se verá muy cauteloso en construir en seis meses cuatro búnkeres colosales, de cuatro puntos cardinales, localizados en zonas estratégicas de la ciudad. Adonde, el primer punto se encontraría cerca de la estación central de trenes, el segundo punto localizado en el centro de la ciudad, en las esquinas de la avenida principal, el tercer punto sería ubicado cercanías a los sitios más concurridos como son los estadios, y el último en el distrito en donde abundaban más comercio. Estos eran los puestos de comando y operaciones de seguridad, donde detectaban, vigilaban y monitoreaban sistemas computarizados con altas resoluciones de cámaras vía satelital y espiar, chuponear, grabar a todos los ciudadanos en sus casas, centros de trabajo, desde cualquier dispositivo que tengan en sus manos y ser vistos desde sus cámaras.>>>

<<<Con las investigaciones de parte de los agentes federales a los sospechosos, entre inocentes y no inocentes, actuarán de una manera abusiva que, aprovechando de la intromisión de sus vidas privadas de cada uno sin permiso. Usarán micrófonos en los automóviles, en los dispositivos móviles, computadoras que, por medio de las cámaras incorporadas en los dispositivos, observarán desde sus búnkeres a todos los ciudadanos sin excepción. Y cualquier torpeza al hablar, hacer estúpidos movimientos, un insignificante mal humor o carácter, actuación estúpida, será suficiente para una sospecha y hacer los seguimientos previos.>>>

La lluvia había empezado a caer de repente a mediados de Julio, después de un calor en demasía, y los quince estudiantes internacionales en la casa conversaban mientras disfrutaban el desayuno. Estaban despidiendo a un compañero de cuarto, de descendencia italiana, que había cumplido tres años y ocho meses trabajando y estudiando en el país moderno. Se estaban organizando para realizar una fiesta por la noche, entre los hombres concursaban y sorteaban de quienes podrían encatusar a Yoshi y fornicarla.

Apenas llegué al aeropuerto de Sídney, mi sonrisa se mostraba radiante y lúcido, me sentía emocionado, un poco cansado por el estrago del viaje de veinticuatro horas, había dormido casi todo el trayecto, pero, estaba

calmado. Me senté en un bar cercano al puesto de entrada de vuelo, pedí un café para esperar a mi colega de la academia de preparación para el ingreso a la universidad, que lo conocí y que vivía en el mismo distrito, y que tenía familiares en Australia y España. Mientras contemplaba a los pasajeros que pasaban con sus maletas con llantas rodantes y cubrimiento de plástico. Seguía esperando, varios viejecitos pasaban uniformados de azul con sus legiones de honor en sus pechos, no me había percatado del tiempo, porque estaba escribiendo mi siguiente novela y a mi costado tenía cuatro tazas de café, puesto que habían pasado cuatro horas. Los policías comenzaban a inquietarse y a observarme más y más acercándose poco a poco hacia la mesa. Entonces, tuve que salir con mis maletas y andar por casi todo el aeropuerto, cavilando los aviones y a las hermosas mochileras de distintos rasgos culturales.

—Buenas noches señor policía, me podría ayudar —era una de las palabras que estuve estudiando desde Lima.

—Eso depende, ¿por qué? —su mirada parecía estar alerta, observando mis manos, mis maletas y mi cuerpo, de la cintura hasta la cabeza, engrosando su rostro, cuerpo, cuello y brazos en señal de combate.

Me dejó pensativo por unos segundos para hacer rebobinar mi cerebro y continuar con la siguiente frase.

—Mi amigo no alcanzó a recogerme —esas palabras me la salieron un poco distorsionado.

El oficial se puso en guardia al no entender lo que dije, nos quedamos silencioso por unos segundos, mientras la bulla se acrecentaba y el calor aumentaba rápidamente.

—Ah, usted no es de aquí —dijo, me observó y no me quitaba la mirada.

No sé qué mal hice, que dio un paso atrás. Entonces, tomé la opción de escribir en una libreta y se lo mostré. De esa manera, pudo entenderme, pero se le notaba apurado y ajetreado que tan solo pudo señalarme con su dedo una tienda, en donde, pudieran darme información. Así que, eso hice con la libreta de notas. El vendedor que vestía un turbante que bordeaba y cubría su cabellera, me indicaba el puesto de la recepción que servía para cualquier duda e información. Solo pude preguntarle donde puedo alojarme por un día, hasta poder contactarme con mi amigo, por consiguiente, con suerte alquilé un cuarto a las afueras del aeropuerto.

Como resultado de las llamadas, mensajes de texto nos pudimos comunicar con mi compañero, que me recogió del hotel que quedaba a dos cuadras del aeropuerto que, me costó un precio desorbitante. Me encontraba emocionado en llegar por fin a la casa que me había hecho

conocer por medio de fotografías, muchas postales de mujeres haciendo toples en los mares de la ciudad de Sídney, Newcastle y en las tabernas con mujeres vestidas de papa Noel y entre otros. Me enseñó los cuartos que rentaba a los estudiantes internacionales, en especial, a los provenientes del Asia y europeos, pues, permanecí maravillado por el hospedaje.

Durante esos días de estudio del idioma foráneo, apenas llegaba con el autobús, número doscientos veinte, de color azul, sumamente amplio y anduvo más despacio a punto de detenerse en la siguiente parada. De pronto, escuché indistintamente el aullido del viento y la niebla mineral que rodeaba al ómnibus se hizo todavía más espesa. El ómnibus estaba lleno de asiáticos, que disimulaban dormir, hundidos en su tapabocas, algunos habían colocado los pies sobre los asientos, dos vampiras besándose, otras arrodilladas y el traqueteo les hacía oscilar más que los otros. Bajé y empecé a dar por una pequeña angosta colina, en mis dos costados había arbustos enormes, se apreciaba la avenida principal de Eppens Road. Divisaba a mi costado ruidos aterradores contemplando de miedo sabiendo que algo se movía sobre la tierra húmeda, lleno de escombros y raíces que parecían serpientes, pero, seguía con la trayectoria a trote lento, luego a trote mediano y a trote acelerado llegando a la avenida Moura Road.

Me di cuenta de que, un helicóptero de color rojo estaba suspendido en el aire por unos segundos mientras avanzaba. No podía creerlo, estaba atónito, de que, pensaba que me estaban observando y se trasladaban lentamente al compás de mi andar. ¿Qué pasa?, ¿Me están espiando?, ¿Sera cierto?, ¿Serian tan estúpidos que puedan sospechar de mí?, eso sí, que es una imbecilidad de actuar de esa manera. Me interceptaron en una esquina de la avenida, me pare a propósito por un momento, voltee la mirada y ellos se suspendieron también, sacando la conclusión que, si eran estúpidos, ¡!!!Qué país!!!. —dije alturadamente—. Era obvio de que, me estaban siguiendo a diestra y siniestra.

Seguí mi trayectoria hasta la casa de color rosado lleno de árboles y techo plomo, a lo lejos divisé a una mujer de pelo amarillo, verde y morado, con una nariz respingada que parecía a las tribus aborígenas con una esclava de hueso de perro incrustado entre sus fosas nasales. ¿Qué agente?. Vestía un atuendo azul con una capa que le llegaba hasta la pantorrilla, estaba hablando por teléfono mientras no me quitaba la mirada, dando informes de mi recorrido en forma alturada y en voz alta. Me preguntaba si lo hacía a propósito para escuchar lo que decía, para estar al tanto que estaba siendo observado, vigilado y, de vez en cuando en mi distracción me fotografiaba. Los agentes realizaban su trabajo de seguirme, viendo con los monoculares, fotografiarme y, quizá filmarme, para que sirvieran como base de datos de los cuatro búnkeres. El helicóptero avanzaba detrás de los árboles enormes, esperando que ingrese a mi aposento. Mi semblante quedó demacrado, entristecido, casi lloroso, en que pensaba que esto iba

hacer muy duro para continuar en este país ajeno.

Una de esas tardes, mientras le narraba los hechos a Yoshi del día anterior, me preparaba para salir hacer compras matutinas en la tienda que quedaba al frente de un colegio y en plena avenida principal. Estaba clavada en una colina dentro de unos árboles entre grandes y medianos, que apenas podía alcanzar a ver el letrero multicoloridos, y por las noches solo se divisaba apenas las luces de neón, que en la primera noche de estadía pensaba que era una casa de lenocinio. Los dueños eran de Sudáfrica, eran personas muy altas, de talles robustos, cuellos, brazos, manos gruesos, las mujeres de sobrepeso y que todos eran de cuerpos de color rojizo lleno de lunares.

Entré, hice la cola, había diez personas entre jóvenes y adultos, mientras avanzaba observaba alrededor el local pintoresco, en las paredes había muchos posters de dibujos de carnes, pollos y chanchos. Ahora me tocaba mi turno para comprar, pedí comprar un kilo de pollo, me lo había aprendido muy bien la pregunta, me miró, me hizo de nuevo la pregunta ¿Qué deseaba comprar?, no le entendí, presentí que tenían todavía los estragos del racismo. Mi pulso comenzó a acelerar más y más, me apuntó con su dedo y me separó a un lado muy ofuscado. Todos me empezaron a mirar, y sacar conclusiones que no era de aquí, tenía otro idioma foráneo, hablaban entre dientes y sin ningún saludo. Tan solo, movían sus cabezas, hice el ademán de esperar, la línea seguía aumentando, entonces, tomé la decisión de salir de ahí y nunca pisar esa tienda.

La señora tenía una hija que bordeaba los veinticinco años. Aquella joven se la veía madura y con ganas de sobresalir en la vida, una de sus ideas era salir cuanto antes de la casa de su mamá. No soportaba verla que traía uno o dos pretendientes a la casa por semana, y que convivieran dos a tres semanas como si fueran novios pasajeros. Sus amigas del vecindario la fastidiaban, pero, su mamá no tenía escrúpulos. Seguía mi enfoque de acostumbrarme en un país ajeno, que hasta el momento me había ido más o menos, persistía en hacerme entender, y la única manera de aprender y estar familiarizado con el idioma foráneo era estar y actuar en la vida real.

Unas cuantas semanas después, estaba caminando sobre el puente querido, contemplaba la bahía, la casa de la ópera, la antorcha olímpica, en donde, se aprecia desde cualquier punto de la ciudad, y las tres gemelas y un casino de apariencia de un cuchillo y de altura que superaba al de las torres. Un transeúnte que caminaba por el lado contrario del puente me miraba detenidamente, poseía una facha de bendigo, con el rostro moteado de rojo, una nariz de boxeador que, vestía una casaca larga de color café, un gorra estrafalario tipo casco y un zapato de punta con unos pequeños alambres de pugas detrás. Voltee la mirada hacia la superficie del mar provocándome cosquilleos en mis extrañas y vértigos, que me hacían recordar cuando era niño, esos años de secundaria en el

colegio que fueron fabulosos y que en cada formación sufría vértigos y vómitos.

El vagabundo no titubeó en acelerar el paso y cambiarse en la dirección para interceptarme, lo miraba de reojo, sentía su presencia más de cerca que tuve que fijarme de sus actitudes y movimientos que pueda tomar. En cuanto nos cruzamos, me miraba de una manera retadora, amenazante y buscarme mi lado que no quería mostrar, así que avancé continua y fijamente a los rascacielos, hasta sentir un codazo en mi hombro izquierdo que giré la mirada y de mala gana. No le hice caso, solo me disculpé como si lo hubiera hecho intencionalmente, no lo tomé importancia, pero, posteriormente me requintó la madre en su lengua nativa, pues, no me afectó porque me era insignificante insultos de otro idioma. Sin embargo, empezó a seguirme, sentía sus pasos detrás, —dame diez dólares —me dijo. Su rostro se mostraba decidido a conseguir lo que quería, y eso me dejaba que pensar, guardé silencio y adelanté el paso, lo sentí que avanzaba igual y escuché que se reía mientras avanzaba hasta que me paré por completo.

—Que desea, porque me sigues —le pregunté, me había puesto en guardia, y muy molesto—. No tengo diez dólares.

El vagabundo da una carcajada a medias.

—Si tienes, te lo he visto en tu billetera cuando te compraste una cerveza en la taberna —no me quitaba la mirada, flameaba su capa, se subió las mangas hasta el codo—. ¿Puedes darme?

Nos encontrábamos casi en el medio del puente, no pasaba nadie, el cielo estaba rojizo y el sol se estaba ocultando.

—No, no tengo amigo —le dije, seguí andando con alerta entre mirando de ojos—. Buen día.

—Ven para acá si eres hombre, fucking bastard—dijo, se detuvo.

—Vamos quédate tranquilo —le dije, seguí el paso.

El vagabundo se rio, me seguía el paso, lo seguía mirando de reojo, hasta que me toma de sorpresa y me levanta en peso, deploré mi cuerpo que se elevaba en forma lenta y horizontal, como si fuera una pluma y cayendo al piso sin dolor alguno. Sus manos habían sostenido la caída. No obstante, no sentí mis bolsillos llenos, me lo había extraído en forma disimulada y silenciosa, mientras caía al suelo en forma armoniosa. Entre tanto, me recuperaba y poniéndome en combate. Sustrajo trescientos dólares y lanzó la billetera a unos diez metros de distancia, que tuve miedo de que callera al mar y perder todos mis documentos de identidad. Luego se dio la vuelta, diciéndome que sabía dónde encontrarme y empezó a retirarse

mientras me recuperaba del todo. Me remangué las mangas, aseguré bien mis pasadores y abrí la bragueta que poseía en mi tobillo. Tenía un pequeño cuchillo.

—Basta, ven para acá, desgraciado —le dije, avancé con cautela, me esforzaba de recordar los altercados en el colegio, en donde, aprendía de los mayores a pelear y en ocasiones esas técnicas me servían —. Es mejor y me devuelves el dinero o te rompo la cara.

—Ha, ha, ha, ¿Conqué imbécil? —me dijo, en tanto, se acomodaba para pelear.

Entonces, le pateé la rodilla y simultáneamente le pegué dándole otra patada en los huevos y se calló al suelo de dolor. Iba asistirlo, pero, rozó sus alambres de pugas sobre mis piernas, haciendo agujeros en mi pantalón. Entonces, le di un rodillazo y un puntapié en su estómago, estaba a punto de sacar el cuchillo, pero, no lo hice, me dio pena que su rostro le brotaba la sangre de la nariz y la boca. Le pregunté si tenía bastante, me dijo que si y se retiró. Sin embargo, no me devolvió el dinero, no obstante, no me importaba debido a que estaba gozoso de haberle pegado y ganar la contienda.

Mi celular sonaba y sonaba, estaba en silencio, pero, lo sentí y contesté, era Santos. Le comenté lo sucedido y que casi usaba el cuchillo de defensa personal que me obsequió. No lo podía creer, pensaba que no haría eso, y que lo iba a tener de adorno o como pesas para correr y se echó a reír. En tanto, mientras avanzaba, pensaba de lo sucedido, me sentía bien lo que había hecho y pensar armar una historia para mi novela.

El tiempo pasaba, y solo pude aguantar un par de meses porque su pareja en ese momento no me miraba con buena cara, que pensaba, tener empuje de aliento, seguir adelante, seguir en la lucha contra los obstáculos que se presenten en el camino. Sin embargo, no fue así, fue todo lo contrario, hasta el punto de que vuelva de donde vine. Con tristeza sabía que tendría que salir de ahí y distanciarme de mi amigo e introducirme en la ciudad. En donde, abundaban todo tipo de desorden, tráfico atroces y mis sueños desde el colegio de poseer mi propio espacio como soltero y acomodarme en un departamento con balcón. Un cuarto para mi estudio o para hacer travesuras como mi actor favorito y no estudiar, escribir en un parque, en una cafetería que, solo me servía para algunas ocasiones de ocio y pensar en mi siguiente novela.

—Tienes que regresar y seguir estudiando en la misma escuela que te matriculaste hace dos años —dijo la mujer asiática de pelo teñido resentida de su pelo azabache, cruza los brazos mirándome con unos ojos de odio—. Y después de trabajar duro, ahorrar y puedas aplicar a la

residencia.

Solo atiné a observarla y no hacer caso de esos desánimos que provenían con odio, malestar, con rabia y que todo lo apestaba.

—Lo siento, pero no lo haré, ya estoy aquí y seguiré este camino —respondí molesto, la miré de pies a cabeza—. Seguiré con mi rutina diaria y con ahínco a obtener la estúpida visa.

Lo dije con tanta cólera, que mis ojos se agrandaban y parecían a la de mi Mamá cuando se enojaba. Mi amigo no atinaba a nada, solo hacia lo que la mujer decía, claro está, pudo conseguir la residencia por el patrocinado de ella y más aún, le canceló toda la deuda que se había hecho desde que llegó, la compra de un cuatro por cuatro, por los gastos de aplicación a migraciones y de los viajes al rededor del mundo. Quedando como un deudor permanente ante sus caprichos y en especial de los juegos de máquinas.

—Pero, ya no te engañes, sigue estudiando y trabajando, límitate a eso —dijo mi amigo, se toca la quijada, se rasca la cabeza mezclando los dedos con los cabellos que poseía—. Hasta que consigas algo mejor.

Lo miraba con tanta pena, en que se había convertido mi compañero, en la academia era un chico sencillo, fácil de llevar, de conversar, pero, la vida organizada, disciplinada como unos robots y la facilidad de adaptación de ser un vividor de las cincuentonas a más, lo condujera a tener una segunda Mamá.

Mientras, seguía escribiendo para mantenerme activo, acción que era un mundo de soledad, como recalca un amigo peruano que conocí con su esposa que, siempre anhelaba seguir estudiando en la facultad de medicina, en cualquier universidad de la ciudad, que estamos en el país de la soledad, y si no fuera por mi esposa, en estos momentos estaría con demencia. Cada uno en su mundo, cada uno con su gente, pero no de su misma nacionalidad sino de su mismo rasgo étnicos en especial los latinos, en el que viven algunos con resentimientos y sus complejos, donde aquí lo hacen aflorar y brotar al máximo.

Santos me comentaba que estaba sobre vigilado constantemente por los agentes federales, no podía creerlo porque él estaba limpio de todo, sin embargo, era lógico que tenía un pasado grave. Me narraba que, en la taberna, en el restaurante, en el hospedaje e incluso en los servicios higiénicos, ya estaban parados como una estatua con unos ojos penetrantes, amenazantes y con unos ojos desorbitados de que tal vez

estaban trasnochado o lo que es común, habían fumado una marihuana, para que estuvieran despiertos y seguir el rotativo. Recibiendo llamadas cada cierto periodo de tiempo como en las mañanas, tardes, las noches y las madrugadas, tan solo para saber de su paradero, acosarlo y fastidiarlo enviándole mensajes de texto incoherentes indirectamente, para que se comportase bien sin haber cometido alguna conducta indisciplinara.

—“Practicas la religión musulmana —envío de un mensaje de un agente federal.”

—“¿Visitas los grupos religiosos que tengan que ver con la religión musulmana?”.

—“¿Quiénes son ustedes? —mensaje de texto con un rostro enérgico que sus ojos de colera parecerían explotar—. No vuelva a mandarme mensajes de ese tipo”.

“De seguro practicas la religión musulmana alabando Ala. ¿No es cierto eso? —mensajes desde una de las oficinas de los búnkeres federales—. De seguro estas de rodilla y agachando la cabeza al suelo haciendo adoración a tu Ala”.

Le comenté que también me ocurrió lo mismo reunidos en una taberna, que se resplandecía como una de esas casonas del siglo pasado, pero por dentro se resaltaba como un lugar lujoso que quedaba a solo treinta minutos de la ciudad. A veces, almorzábamos después de visitarlo en su caravana, que me parecía grandiosa idea en vez de pagar los desorbitantes alquileres de un dormitorio y como si fuera un departamento. La música sonaba a todo dar, chicas rubias, de pelo rojo, azul y otras de morado embellecían con sus atuendos negros, luciendo sus atributos sensuales y ningún aborígen a la vista.

Todos estaban bien uniformados, todos de negro, sus cabelleras eran multicoloridos, algunos de color rojo, otros de morado y otros de verde. Acomodando sus guitarras electrónicas, una laptop en frente de ellos y al costado de ellos una pantalla gigante. En donde, se difundían todo tipo de videos de música, en la otra esquina video match de futbol, de los equipos de España, Italia y entre otros. Cada cuello volteaba la mirada con unos noventa, ciento ochenta o trescientos sesenta grados de giro, en el cual algunos de nosotros acabábamos con dolencia de tortícolis o dolor de cabeza por el alto sonido de los parlantes y por las luces que brillaban en cada recinto del lugar. Le explicaba el significado de la bandera en el cuzco hasta que de pronto los chicos revoltosos comenzaron a rozarnos, en señal de buscapleitos, las chicas simpáticas pasaron a no serlo, entre tanto, le hacía señales que no se moviera y que se tranquilizara, puesto que, era una de esas personas que se encendían como un fosforito.

No obstante, había algo rabioso en su brillo, pues le dije que nos vamos y estuvo de acuerdo, pero, un codazo en la parte de su cadera lo pone más furioso que tuve que agarrarlo, cayéndome un codazo que me solté y busqué al personal de seguridad. Le hice un gesto, sin embargo, solo hizo el gesto que lo olvidara y no le haga caso. Cosa que me pareció injusto y extraño. Casi estábamos por salir cuando comete unos de sus travesuras al hacerse que se tropezara y empujando a uno de los atolondrados rufianes. Que sorpresa de que, inmediatamente los agentes de seguridad le sugirieron que salga del local. Estaba visto que todo era una patraña, todo estaba arreglado para buscarle la sinrazón y sacarlo del local. El sistema de datos de seguridad estaba de antemano en la lista, manchando su integridad moral proveniente del servicio de inteligencia.

—¿Porque harían tal cosa? —me preguntaba—. No sabía ¿por qué?, nadie en su sano juicio haría tal cosa, a cualquier persona le disgustaría que intencionalmente provenientes de los gerentes del local le provocaran una molestia.

Soltó el vaso de cerveza cayendo al piso. Se puso la casaca de a cuadros, miró a su alrededor y salió del local insultando al isleño de tamaño alto, robusto y de sobre peso, que tenía una cola de caballo de cabellera y unos guantes en que parecía de boxeo tailandés.

—No quiero salir de aquí —me divulgaba en la puerta, mostrando su rostro de rabia parecido al de un toro en furia—. ¡Sigamos!, ¡vamos!.

— No, vámonos, vamos a otro sitio más tranquilo, donde pudiéramos conversar y beber —le dije con rudeza, le palmeo el hombro—. No vale la pena quedarse y ensuciarte las manos peleándote.

Me miró con esos ojos negros muy abiertos y casi llorosos de bronca. Era un sistema muy opuesto a nuestro país natal, adonde el que buscaba pleitos, alboroto, hablar lisuras, hablar fuerte como un circo de peleas y lo sacaban inmediatamente. En cambio, a los que reaccionaban defendiéndose normalmente, lo defendían y procurarían que se quedara a seguir en la cantina. Algo parecido a la cárcel, tratan a la gente como unos reos al entrar y salir de la taberna, es una ofensa criminal como si hubiéramos hecho o cometido algún delito delincriminal.

Una periodista destapó al descubierto de estas informaciones secretas, documentos desclasificados y archivos, pues, después vigilada, seguida, apresada, y saqueo de todas sus pertenencias en su departamento por la intervención de la seguridad nacional. Siendo investigada a profundo, por divulgar y escribir un artículo en los periódicos locales, un proyecto de espionaje a todos los ciudadanos de la capital. El artículo mencionaba la verdad y en contra de la obstrucción de la libertad de prensa descrita por un agente contratista de la seguridad nacional. Poseía datos importantes de un proyecto para observar a todos los ciudadanos por medio de la vía

de internet, por intermedio de la cámara del iPhone cada cinco minutos y de otras aplicaciones. Y por supuesto, ayudando a las entidades financieras, especialmente a las oficinas de impuestos, en otras entidades de lucro y solo para hacerles cumplir sus obligaciones como ciudadano para los ricachones.

Contemplaba las calles aledañas desde mi nuevo hogar desde el balcón, era el único espacio donde no había camas, solo colgaderos de ropas, pensando en el futuro incierto del país y adónde nos conducirían a todos. Nunca pensé vivir como en un paseo de vacaciones de promoción en donde nos introducían como pirañas en un lago compartiendo el mismo baño, el cuarto y la cocina. Pensaba que, en este sistema, lo que le estaba pasando a mi amigo, que con el tiempo todos pasarían ser esclavos, trabajadores con paga y para el enriquecimiento de la burguesía. Antes con los teléfonos celulares, con los relojes que detectaban donde se encontrarían, si no, ahora pasar a hacer personas con collares en las piernas, brazos, o microchips u otros instrumentos dentro del cuerpo, que prontamente se convertirá en la realidad y las personas no tendrían libertad absoluta de movimiento ni de pensamiento.

Mientras estaba saboreando el almuerzo, tratando de enfriarlo y no quemarme la lengua, en que me hacía falta para reponerme de la traspasada, luchaba con mi conciencia de no rendirme y seguir a pie firme para continuar en la lucha de mis ideales. Escuchaba la llave que sonaba como unas campanas que abría la puerta del departamento, y simultáneamente el sonido de unos tacones altos de color azul marcando el paso de unos pequeños tatuajes en el empeine, que hundía la alfombra ya de color blanco, resbaladizo y que se oía el cemento. Era una extravagante mujer, que brillaba como escarcha los zapatos. La dueña con malos ojos, pero tenía que alquilar uno de los cuartos, de otra manera no podría pagar la estrata o al banco por el préstamo de la casa. Kendall tenía veinte años, pero la veía que aparentaba menos, bien extrovertida y juguetona. Contemplaba sus salidas del baño con un panty rojo que apenas tapaba una raya gruesa y mostrando las nalgas llenitas y gelatinosas. Sus ojos verdosos brillaban exageradamente cuando hablaba y se sonreía, algo que me fascinaba, pero, a la vez me causaba susto y vértigo como si hubiera visto un fantasma, duende, que me parecía familiar. Me preguntaba por qué.

Nunca tuve suerte con las europeas, con las de pelo rubio, de pelo pintado de color entre morado y rubio, sin embargo, coincidimos en todo. Bastara que le dijera una inquietud, una sugerencia, un pedido y de inmediato me lo cumplía como si fuera estuviera a mi disposición. Aquello me parecía muy extraño que me llegué a enamorar rápidamente, que no fue difícil

para convencerla y hacer el amor. No obstante, tenía que retribuirle para mantenerla alegre y con buen humor para que no se aburriera. Así que, dejaba que mi barba creciera hasta el pecho convirtiéndome en un motociclista de un solo color negro o un hombre lobo, o lo que me gustaba era la apariencia de un revolucionario. Sin embargo, sé que me traerá problemas. Pero, nunca se lo consentí que me tatuaran como a ella. A veces, me dejaba sin querer en ridículo ante mis compañeros de dormitorio, al ver cómo me secaba la boca después de desayunar, comer y cenar. Solo en mi país natal podía hacer esas tres etapas de comer, y hasta quererme cargar como un niño porque poseía una fuerza única. No sé de dónde, sacaba argumentos de calmarme y lo que hacía era con cariño y amor, dejándome divagar de vez en cuando los días en que mi mamá me lo decía de niño.

Habían pasado ocho meses, no aguanté la picazón que me fui al peluquero, estando más tranquilo, fresco y volver a ser como antes de oficina. Y durante los días de su ausencia de quince días cada mes, me dejaba desolado, no me gustaba para nada que hiciera eso, así fuera a haber a su hermana en Londres de antaño, o que tenía que verse con un conocido de escocia para ayudarlo a buscar hospedaje que no quería gastar las desmesuradas rentas. Todos en el departamento nos miraban saboreando las tres etapas de las comidas y que a veces se lo permitía me lo diera en la boca. Me divulgaban que desearían alguien así que le hagan todos sus deseos, juegos, acompañarme y recogerme del trabajo. Algo que me molestaba de vez en cuando, que impulsado en ponerlo un pare a todo aquello, y tras las revolcadas en la cama con sus proezas, de rodillas y agarrándome las cienes, diciéndome que siempre seré su niño favorito, y que al final me hacía olvidar de todo y contemplar su bella escultura roja en su brazo derecho.

Que dolor sentía en el pecho, estómago y vértigos en todo mi cuerpo, me estaba recuperando por la pérdida de mi amada, que esta vez desapareció totalmente sin dejar rastro alguno, tan solo un beso tatuado y su nombre en mi vaso del inca. Meses más tarde, me había comentado el personal de seguridad que, frecuentaba en la otra avenida paralela de la ciudad y de haber tenido anteriormente un romance con algunos de los dueños de unos de los rascacielos. Cosa que no pude creer tales chismes. Tiempo después, una de las presentes organizó una fiesta por ser su cumpleaños. Nos encontrábamos tranquilos conversando, disfrutando de las aventuras de cada compañero, de sus hazañas en las tabernas pasando desapercibido de los ojos amenazantes de los isleños y sin que le saquen en forma de cautivo por un supuesto delito, por tan solo beber unos cuantos vasos de cerveza, en que ahora ya no es posible emborracharse porque si no sería una ofensa criminal. Una de ellas había invitado a un trabajador de construcción, era el novio. Por un descuido, los ojos de Santos se cruzaban con las miradas de mi compañera, quedando sobresaltado el trabajador de pelo rubio, fornido, cuerpo blanco y rojizo. Casi todos se habían retirado, tan solo nos quedamos a conversar para

finalizar la fiesta viendo la televisión, escuchando música o bebernos los últimos tragos.

El hombre de construcción no pudo aguantar semejante vergüenza que mi amiga lo había hecho pasar, un inofensivo mal rato. Lo tomó como reto que buscó hablarle, gritándole, rudo y amenazándole en pegarle. Pero, solo atinó a observarlo. Estaba preocupado por él, tenía experiencia en combate y muertes en la lucha por la revolución, y poseía en ese instante una navaja de guerra dentro de las medias blancas y el tobillo. Si reaccionaba, pobre por el constructor que no seguiría construyendo edificios. Así que, lo llevé a la cocina para preparar un par de bocaditos, sin embargo, lo siguió y lo empujó. Llamé a seguridad del rascacielos, pero, al volver, observé que su garganta no se movía y aguantaba la respiración, para que el cuchillo de cocina que le apretaba no entrara.

Estuve asustado, pensé que iba actuar, se dejó llevar por las groserías que decía el inadaptado. Esperó que salga de la cocina y se fuera. Lo calmé y que no lo siguiera.

—Está bien —me dijo.

En ese momento lo vi furioso, pero se controló. No le importaba nada, solo quería regresar a Lima.

<<<En el holograma virtual de la vida de Santos, en la coordenada tres, los dueños de la isla más grande del planeta ya no vivirían libres ni en paz en sus propios terrenos. Se dedicarían a la vagancia, el alcoholismo, a la droga, a las constantes amenazas, al cuidado de los robos de sus niños que supuestamente serán para ser educados por un decreto, revirtiéndose para ser entrenados como sirvientes, ser una persona ordinaria, no habrá puestos de trabajos para ellos y con tristeza verán otras personas de distintos continentes. Lucharán por sus tierras contra la expedición Endeavour bajo el comando de James Cook, pudiendo ser Juan Fernández. Entre tanto, un miedo total en el entorno de la gente, bombas por aquí y bombas por allá. Serán famosos, son sospechosos a nivel mundial, estarán en los ojos de los robots de uniformes de color celeste, de los resentidos que no pudieron serlo y que tenían que vivir a escondidas.>>>

Pasaporte, Pasaporte se escuchaba como una melodía interpretada en el centro del aeropuerto de diferentes escalas de un viaje interminable desde Sur América. Por primera vez en mi vida observé una ciudad nueva, una

ciudad moderna, siempre lo veía como algo muy lejano e imposible de llegar. Apenas llegué a tierras ajenas me sentí tan frustrado, me dirigí al baño, me miré al espejo y observando mi semblante totalmente demacrado y abatido. Quería regresar, pero ya estaba hecho, no había paso atrás y tenía que seguir en esta dura vida que me tocó vivir. Tuve muchas sorpresas, no obstante, algo intuía que no iba ser fácil y me estarían esperando en el aéreo puerto. Mi pasado no me dejaba en paz, me atormentaba y a donde vaya me estarían vigilando.

Estoy en otro mundo pensaba, las casas, departamentos, de los rostros de las personas, el orden de las calles, carros de lujos, carros de carrera de Taitona Park y el olor peculiar de las calles. Me sentía medio desorientado, pero a la vez estaba consciente que iba a emprender un largo camino para conseguir lo que me había propuesto. A lo lejos cavilé a un policía que vestía una camiseta celeste, pantalón azul y un brocéis con una mirada recia que se acercaba hacia mí en forma lineal y le hice peor en seguir su mirada —“Alto”—escuché. Mis oídos retumbaron por el sonido que producían esa voz tenebrosa pestañando como temblores y palpitaciones. Me detuve, solo observaba con tristeza que me arrancaban los papeles del bolsillo de mi chaqueta. Me observó muy detenidamente y me hizo una serie de preguntas, no cabía la menor duda que estaban a la espera de mi llegada como si fuera un cantante famoso.

Solo llevaba dos maletas, para acomodar las ropas y el otro de mano. Me traía una chompa de Talara que me tejó mi madre y un poncho que me regaló mi tía de bautismo. El carro que contraté desde Lima nunca apareció, un amigo que conocí en la universidad que estuvo radicando por quince años que supuestamente me iba esperar, pero, se quedó dormido por una borrachera el día anterior. Pregunté a un policía si me pudiera ayudar, pero, escuchó mi acento, me miró detenidamente como un extraño contestándome que tal vez podría ayudarme, pero, después avanzó sin quitarme la mirada y me dejó solo. Estuve totalmente sin conexión alguna que, tuve que relajarme y beber una taza de café, pero, me dio tristeza de la forma que me trataron.

Según parecía que comenzarían el seguimiento hacia mi persona buscarme pleito y caiga en el juego de ellos para ser apresado y sabe dios que harían después. Le contaba siempre a Roberto de lo que estaba pasando y muy penoso de que lo estaban rastreando también. Me comentó que tuvo algunos incidentes con algunos agentes que por revancha o no, le rozaban el cuerpo en cruce en la avenida principal de la ciudad. Atropellos con una bicicleta y roces con los codos, manos y cuerpos. Yo, solo quería estar en paz y rehacer mi vida en tierras ajenas, que supuestamente era un país acogedor y tranquilo, no obstante, no pensaba que me pasara esto.

—Que haces aquí, no te gusta tu país —adopta una expresión muy nacionalista y de mala gracia la vendedora—. Aquí las atenciones se hacen

de otra manera.

—Está bien, no se preocupe —haciendo un gesto mal humorado—. De aquí me voy a otra tienda a pedir una taza de café o cerveza, gracias.

A media mañana, salí del departamento rumbo a la estación principal de trenes para hacer unas diligencias. Durante el día y casi diario, mis primeros desayunos, almuerzos y cenas eran los conocidos puestos de hamburguesas provenientes de América. Me había sentado en el medio del tren, cuando veo algunos hombres fornidos vestidos con uniformes elegantemente de construcción, las manos limpias, los pelos bien peinados con un bulto entre los tobillos y hombros. Sus presencias a mis espaldas y al costado como si fueran mis guardaespaldas me molestaba, mirando con ojos amenazantes y en posición de combate. Ya me habían comentado que esto sucedía con varios islámicos, que por su apariencia de vestir o de ser no les gustaba. Me confundía si eran racismo o simplemente atentos al almanaque de apuntes de amenazas a las diferentes partes de la ciudad. Me pusieron nervioso durante todo el día, que tuve que dejar a la mitad de lo que estaba haciendo.

Otro día, terminada las clases, salí del instituto rumbo a los centros comerciales y comer algo. Mi vejiga no podía aguantar mucho, así que me dispongo ir al baño. Mientras, evacuaba el vientre observo por la línea de la puerta que alguien me quería ver de cómo lo hago. La persona estaba de vestido como si estuviera estado jugando un partido de futbol. No se quitaba de la puerta, que pensé quería oler mis deposiciones o le gustaba ver, así que le dije que se fuera, pero seguía parado que tuve que gritarle. Luego, a lo largo de la trayectoria desde el cubículo y los lavaderos, que todavía los olores eran espeluznantes, me dispongo a lavarme las manos. De pronto, sentí esos mismos movimientos de guardaespaldas y esas botas de construcción, esta vez todas sus vestimentas estaban sucias que parecía que hubieran estado en un atentado, que se acercaron lentamente para bordearme. Uno se desvía por la parte de atrás de la salida, entretanto, el segundo se queda parado entre los cubículos observando mientras el de mayor rango se posiciona justo detrás con unos ojos trasnochados. No sabía con exactitud porqué hizo eso, si quería intervenir lo hubiera hecho de inmediato. Contemplaba con atención a través del espejo, esperando alguna intervención, sin embargo, me enjuagué el rostro, me sequé con un pañuelo y al cabo de cuatro segundos vieron signos negativos para que salieran de inmediato. El señor que estaba parado observando solo atinó a reírse por lo sucedido, procurando esforzarse en animarme que eran unos idiotas que no saben dónde están parados, me sonrió también, no obstante, me habían incomodado y puesto muy intranquilo.

No satisfecho por la amedrentar, impulsados por el ocio y simular que están realizando su trabajo de una manera inteligente, transmitieron por radio al búnker de mi próxima parada. Justo en la esquina de una taberna

veo pasar velozmente a un jugador de futbol cuya vestimenta era los colores de Francia, que se posicionó en la esquina y haciendo gestos de trote. Otro completamente internado de color azul con lentes en que, se parecía un intelectual de las películas policiacas de Hollywood, enfocándome con sus ojos con una inclinación de ciento ochenta grados. Sintíendome partícipe como actor de una emboscada en una de las avistas de New York o Detroit, para acceder a la provocación sin razón alguno y querer apresarme. Y sería presa fácil para sus anhelados propósitos de obtener dinero extra. Tales ergástulas tienen en su interior un pequeño laboratorio que guardan sus instrumentos de inyecciones alucinógenos. Estos eran claves para su uso en Afganistán, y que lo practicaban a diario dicho por un agente estafalario que conocí en una taberna, que era el único lugar para socializarse y me atemorizó con su advertencia. Solo le dije que estaban haciendo tiempo muerto, ocio y le aconsejé que pongan más empeño en las cosas que no ven, porque después se van a arrepentir. Lo sé, un país que tiene en su pasado de atentados, cuatro amenazas presentes y otras en un futuro próximo, porque los países con terrorismo nunca olvidan y era para tener cuidado y estar alerta.

Iban a dar las once de la mañana, estaba contento de haber comprado por fin la van que tanto he estado soñando desde que llegué. Lo llevamos a la primera catedral que recé, y le pasaron agua bendita. En ese tiempo estaba recién organizándome para mudarme y con ansias de experimentar por primera vez, lo que se siente vivir en cuatro paredes semi redondas de metal. Uno de esos días, me estacioné contemplando las nubes cargadas y ciertos destellos se acercaban lentamente, produciendo fuertes vientos con lloviznas que golpeaban las ventanas de la van. Realizaba su labor de que mi cuerpo se adormeciera y con ciertas cabeceadas que, en una de ellas acariciaba la ventana de la puerta derecha, y la inclinación de la van estaba a unos cuarenta y cinco grados con respecto al plano del parque. En esos instantes empieza a llover como unas cataratas, y logrando introducirse por debajo de las llantas casi inundándolo a medias, y escucho a través de la ventana unos golpes fuertes a uno que merodeaba cerca pasándome la voz. Así que, de inmediato salgo y lo estaciono mejor, observando con asombro que un tractor de cementación, bicicletas, autos de tercera mano se habían acercado a unos cuatro metros de distancia. Algunos riéndose y otros anotando en su agenda de seguimiento y todos vestidos con uniformes de construcción, de motorizados y de basureros causándome gracia.

Luego, con el caminante lo estrenamos acampando dos días a cincuenta kilómetros de la ciudad, al costado de un área de descanso, llamado la rampa, cerca de un lago que cada madrugada llegaban los pescadores aficionados y realizar sus barbacoas. Cuando recibo un par de mensajes en forma indirecta que no debería acercarme y estar lejos de las festividades de la ciudad, en especial de las conmemoraciones de las estatuas de sus héroes de guerra. No obstante, lo que me enojó mucho fue un mensaje de texto preguntándome si pertenecía a la religión

musulmana, religión que fue mal usada por algunos radicales extremistas que involucraría como el terror de las ciudades modernas. Se lo hice saber a mi amigo para su historia. Pero mis ideas eran revolucionarias, hay una diferencia abismal en ese sentido.

La dueña de la casa, que poseía un tatuaje en el cuello y otro brillante rojizo en el pie derecho, me vio llorar con el Mobile en la mano que lo sostenía fuerte hasta el punto de tirarlo contra la pared y destruirlo.

—¿Que pasa Santos? —preguntaba la señora, se agarra las manos, le producía un poco de nervios, se para casi al frente de mi—. Cuéntame, ¿Algún problema en el instituto?

—No señora, todo está bien, pero creo que me regreso a mi país —dije, muy decidido, lagrimeo más—. Me están persiguiendo, me están asustando y eso me incomoda.

Le comentaba que no me dejan en paz y que no podía realizarme como futuro ciudadano, que supuestamente como pregonaba un amigo del instituto que era un país de la tranquilidad, estudio y que todo el pasado quedaba atrás, pero creo que no es cierto.

—¿Quién te está persiguiendo? A mi mejor inquilino —exclamó con una voz intensa y fuerte la mujer—. Tú eres mi mejor inquilino que hasta ahora he tenido, así que yo te voy a defender hasta las últimas consecuencias. ¿Así que dime quien te está persiguiendo, molestando? para ponerlo en su sitio. Si son los policías tengo un abogado que nos puede ayudar y los demandamos.

—Me da vergüenza señora Raquel —la miré, agacho la cabeza.

—Tan solo dímelo y ya veremos ¿qué hacer? —se desliza los cabellos largos, con un poco de canas y algunos cabellos pintados de azul—. ¿Quiénes son?

En esos instantes paré de lagrimear, me seco con una toalla de papel que me traje del trabajo y suspiro profundamente.

—Ellos son los agentes policiales de la seguridad nacional —Me rasco la frente—. Seguro es por el pasado que tengo, usted lo sabe.

—Por supuesto que lo sé, pero eso ya pertenece al pasado, está bien que vigilen, pero no es para que hagan una sobre vigilancia de esa índole —dijo, se pone de pie—. Vamos ahora mismo con mi abogado, le contaremos y esperamos que acciones tomamos. Esto es injusto.

—No señora, no se preocupe. Lo puedo solucionar, además, pueden ocasionar venganza —camino de un lado hacia otro, la miro—. Soy

estudiante todavía y eso me asusta a que puedan hacer algo sin causa alguna. Y que después tramiten para mi deportación.

—Está bien, pero mi abogado es muy bueno en ese sentido, conjuntamente no es la primera vez que pasa esto, él tuvo un caso similar y demandaron a la policía, ellos quedaron mal en las noticias internacionalmente —dijo con una voz gruesa y potente, arregla la cocina, se sienta en la mesa y empieza a comer algunas frutas—. Y que vuelvas a pensar en vivir en tu van, que tanta falta te hace para unos trabajos extras.

Se la notaba con una fuerza de persuasión potente y poder ante cualquier circunstancia que se avecine. Era de talle media robusta con un rostro muy fuerte que no tenía pelos en la lengua. Le gustaba manipular a sus novios a que se les pegue como un chicle a su lado, en el cual, hacia todos sus caprichos, apetitos sexuales, de juegos de tragamonedas, sus gustos de comer en demasía y otras cosas más, sean cumplidos y pagados por los novios. Sin embargo, el último novio que tuvo le fue más fiel a sus caprichos que se quedó con ella a convivir sin ningún interés de por medio. No obstante, era bien vividor, sabía cómo persuadirla y que sus caprichos sean cumplidos también, que llegó a conseguir vivir en la casa de su marido que fue un brillante coronel y recibiendo medallas de honor del ejército. Un veterano de guerra que se encontraba en el hospital dando sus últimos respiros de agonía y las últimas estancias de su cuerpo.

Como Roberto también fue vigilado, perseguido y que fue intenso, la señora de descendencia de filipinas se había convertido prácticamente en los defensores de los dos de la dictadura perfecta y de los agentes federales. De tanto en tanto vigilaban, caminaban de un lado a otro, dentro de varios lugares e inclusive en la biblioteca donde me reunía para visitarlo a Roberto. Hacíamos cualquier cosa para que nos sintiéramos ocupados y acompañados, porque, era la única cosa que podíamos hacer, ya que, éramos inmigrantes perseguidos, acosados y perseguidos políticamente y no sentirnos solos.

Me esforzaba en no pensar en aquello y olvidarlo. Pasados los días, y rumbo al trabajo cavilo en el parque en donde, cada diciembre se colma de colores y candelarias, apreciándose conciertos navideños. Había mucha gente, muchas carpas, gente durmiendo en el pasto, personas vestidas de corbatas y las mujeres de vestido formal dando un sermón de la biblia. Me ofrecí por unos instantes a dar los sermones de la iglesia que en algún momento fui católico. Con gusto me ofrecieron el micrófono y empecé a sermonear en inglés, ya no me importaba si las palabras me salían correctamente, sin embargo, lo decía en voz alta y lo entremezclaba con la política extraída de ambos países. No fue difícil hacerlo, recordaba cuando era estudiante y daba mis sermones a toda la comunidad estudiantil. Extrañaba la política radical —pensé. Terminé la oratoria

llorando, decidí dejar el país y regresar a las filas, me di cuenta de que era una persona de ideas políticas radicales revolucionarias. No tenía a nadie, no conversaba con nadie, solo con Roberto, pero, él tenía sus ideales y sus proyectos de seguir escribiendo, aunque estaba en duda, era viajar alrededor del mundo.

Un día por la mañana, me disponía preparar el desayuno que consistía en frutas, vegetales, pan con huevo y leche orgánica, desayuno que me enseñó Roberto que se volvió casi medio vegetariano de la noche a la mañana. Estaba muy dolido por haber perdido a la inglesa, nunca la conocí. Habría sido muy hermosa y agradable para que Roberto se enamore. Aquella chiquilla dulce y cautivadora que estuvo siempre a su lado, cuidándole como un niño y realizando sus caprichos. Me confesaba que era alguien familiar, como si en alguna parte la hubiera visto antes, tatuada como una lagartija y que se alejó sin dejar rastro.

Mi van era el único que era pequeño, de color gris fuerte ante las condiciones climáticas. Era una mujer atractiva que me cautivó. Que por su apariencia se la ve media aventurera como yo, en disfrutar y vivir la libertad en nuestros propios vehículos. Éramos excéntricos. Por su puesto que, ella me ganaba, era más organizada y tenía un vehículo que por fuera se observaba extremadamente usado y descascarado, sin embargo, por dentro lucía con todas sus comodidades.

Poseía una van grande de color azul, la compró en segunda mano. Me gustaba como se organizaba en limpiar y acomodar sus cosas, hasta llegué a observarla que apuntaba todo en su libreta. A veces, coincidíamos en el estacionamiento cerca uno del otro, que quedaba en un parte enorme en el suburbio de Merrick. Parecía que quería entablar una comunicación, o dar alguna señal. Escuchaba abrir la puerta corredera y la contemplaba con asombro asomarse lentamente hacia la puerta, y hacerse notar que estaba despierta usando los rozados dibujitos en el pijama de color blanco. En seguida, jugaba con sus pies, lo cual las uñas las tenía pintadas de rojo y algunos lunares. No obstante, me mantuve y no hice el gesto de salir, solo quería observarla y contemplar su personalidad.

No siendo tímido, empero, me atosigaba la pena por no poder comunicarme en su idioma, la falta de las jergas locales que eran previsibles en cualquier charla, no lo tenía. Lo cierto es que, nos unía la idea de no gastar en un desmesurado apartamento, que ni siquiera podíamos disfrutar cada uno nuestra independencia. Fueron tres las ocasiones que coincidíamos en el estacionamiento, en el último de ellos me animé a salir y buscarle la conversación.

Era el mes de enero, un sábado al mediodía, fue un momento especial, el parque se lucía radiante, era el verano. Alrededores había globos de los tres colores de la bandera, era el aniversario del país. Y en todo el perímetro del parque estaba llenos de combis, van, caravanas y otros diferentes a todo lujo. Vivían en forma ordenada, que a veces, se dirigían a otros con más espacio, tales como, al costado de las estaciones de trenes, en las playas y en los estadios entre otros. Lo que me llamó la atención, fue que, nunca pensé encontrar a mujeres y jóvenes en aventurarse en vivir en las van. Me regalaban una sonrisa que me daba confianza en animarme y conversarlas. Otras veces, con felicidad contemplaba la silueta, los pies que pisaban el borde de los vehículos, o las gelatinas que se movían dentro del camión de dormir, o del aposento cuando se agachaban. Me colocaba en el pedestal, erecto y estar junto a ellas. Que pervertido, pensaba.

Era de talle mediana, cuerpo blanco, robusta con un tatuaje, ojos verdes brillosos y pelo morado. Noté de su cuerpo que tenía escamas que parecía una lagartija o reptil y muy áspera. Roberto me ganaba, su novia según la broma era una reptiliana. La observaba como niño precoz a través de la ventana. Sabía que la observaba, de reojo buscaba por la ventana y a través de la cortina mis ojos traviosos. Vestía una falda de color celeste de cuadros, una blusa blanca y siempre andaba descalzo.

Había estado viviendo en un departamento en la avenida Castlheling Street. En donde, tuvo un romance con el dueño del apartamento, que por celos fue expulsada por mala conducta y que no la querían en el rascacielos por tener fama de melosa y adúltera. De esa manera, es donde, harta de todo, decide en sumergirse en la ciudad y en los rincones de los parques de los diferentes suburbios del estado. Viajando por un año con una van que se había comprado por medio de una hermana desde Londres. Después, llegó al mismo lugar donde había empezado su travesía, el parque de las caravanas, que estaba rodeada de hermosos árboles, que eran iluminadas por los rayos del sol, casas móviles, y de grupos coloridos de pelos y atuendo de jóvenes bebiendo, fumando y haciendo barbacoa.

La conocí ahí, que para mi suerte se estacionó al costado de mi pequeña y graciosa van. En uno de los recintos de la puerta corrediza de su camioneta, sobresalía unos pies ásperos, las pantorrillas tatuadas de flores, las uñas pintados de rojo llamativo, en el otro de negro rebeldes a las reglas y mis ojos se abrían y mis pupilas se agrandaban. Luego, unas piernas, carne apetitosa, mis ojos se abrían más, y mi erección se puso como un fierro. Escuchaba el lamento del bostezo sintiéndome relajado y masajeador. La incomodidad sofocante del calor que producía una sauna a sabor a metal obraba que, algunos habría el capote, otros las ventanas, salían de los aposentos y sentarse debajo de la sombra de un árbol. Mientras se percibía el peor desastre natural, se olían el humo de las

quemaduras de los árboles alrededor del país entero.

Solíamos a visitar la playa, los campamentos, las casas de vacaciones y nos conocíamos casi todos los parques amplios aledaños a la ciudad y que nos sentíamos acompañados. Puesto que, estaban otros aventureros en cada recinto. Nos enfrascamos en parajes exóticos, sexuales y nos llegamos a enamorar. Convivimos por un periodo de tiempo y nos internábamos en diferentes lugares del país. Cada extremo de la ciudad, suburbios, en cada zona de descanso, en especial los días de fines de semana y feriados. Era trabajadora de una taberna en el distrito de Newton, y que tan solo trabajaba medio tiempo para sobrevivir, el resto del día lo aprovechaba para ella, en leer y planear los siguientes viajes a través del tiempo según ella, cosa que me daba gracia.

Hasta ese momento, nuestras vidas estaban encerradas de trabajos, dormir y comer. Entonces, nos dedicamos a nuestras vidas, de animarnos y hacer que tengan sentido, un foco hacia el futuro, debido a que estamos en paralelo y excéntricos a la vida normal de vivir. Recorríamos las avenidas principales de la ciudad, visitábamos los museos, los centros recreacionales, las festividades tradicionales de los residentes, y los uniformados de color celeste armados hasta los dientes en cada esquina, resguardando la zona y controlando que todo sean igualitos e idénticos, cosa que no teníamos que hacer nada en aquel lugar.

Pasamos por un puesto de hamburguesas americanas y sentarnos a comer y soportar el dolor estomacal más tarde. Me alegró su actitud de ayudar a un isleño que estaba invitando a comer a una señora con dos hijos y una niña, que desde que nacieron nunca lo habrían probado y que siempre lo habrían visto desde a fuera los posters en las fachadas. No tuve ni la menor idea de donde sabía todo eso.

—Corríamos las tres en pleno desierto, mientras contemplábamos el horizonte amarillento, las rocas enormes de color rojizo, como si estuviéramos en el planeta marte, tenían cinco y seis años, no pude hacer nada más que guiarles por donde escapar de los forcejeos de los uniformados.

—¿Les ayudaste a sus hijos?

—Nadie ayudaba, los blancos solo miraban y se reían. Una murió en el tanque de agua. Mi hermana vigilaba el código del tiempo de intervención. No pude hacer nada más. Al menos pude salvarlas y reubicarlas.

—¿Las conoces?

—Así es, pero es muy difícil de explicarte, no me entenderías.

—Tienes razón, no entiendo nada de lo que me dices.

—No me hagas caso. Al menos ella esta con vida con sus hijos que tendrán el mismo destino. Su hermana mayor se volvió alcohólica, andaba por la calle sin ropa y la metieron a un reformatorio de donde proviene. Expulsarán a todos, nunca las veras en el colegio, institutos o universidades de la ciudad, no los quieren y nunca los querrán.

Pocos minutos más tarde, los semblantes de las personas estaban tristes y coléricos, al ver a una multitud de unos uniformados entre hombres y mujeres, todos del mismo estilo, oliendo a perfume, brocéis lustrados, lentes oscuros en sus frentes, bien planchadito y sin ninguna arruga ni mancha en sus camisas celestes y arrastrando a la señora ante la mirada llorosa e inocentes criaturas. La notaba rabiosa que entre dientes la escuchaba decir que no podía intervenir, pero que lo haría después. No la entendí nada, que tan solo le agarré fuerte de las manos y la eché una mirada amaestrada, que luego me miró y me bajó la cabeza apoyando su frente en mis pechos.

Habíamos cumplido varios meses juntos y lo celebramos en una taberna de la esquina, tenía a un descendiente sudamericano como seguridad que por fin paseé las cuatro horas bebiendo sin que me retiren. Por el otro lado, los agentes estaban en las cuatro esquinas con la podadora renegando del oficio, y de no ser un uniformado celeste, de no poseer su propio, brillante y lujoso carro que destellan el color de la bandera imponiendo autoridad. Los veía con gracia a través de los orificios de la van de Úrsula, buscando informantes y cotilla. Nunca había sentido tanto odio, pero en esa ocasión empezaba a transformarme y a formarme como ellos quieren. Ahora, sabía cómo se sentían los inocentes perseguidos por racismo de cualquier índole, que, a causa de aquello se convirtieran en criminales por su gilipollez.

<<<Pasaron algunos meses, Úrsula tenía que ausentarse dejándolo solo por un tiempo. Y el holograma de la vida virtual en la coordenada tres, se aproximaba al holograma de la vida virtual en la coordenada cuatro.>>>

Una pena, después desapareció de manera repentina y ahora me siento peor que Roberto. Pasaron los días y recibo una llamada telefónica para que me presente en la morgue e identificar su cuerpo. Quedé totalmente abatido. Ahora, he perdido a una amada. Mis pensamientos divagaban y recordaba el tiempo que viajamos en su van hasta Kiama, justo al costado del faro, en donde nos dimos por primera vez un beso. Poseía el recuerdo de la cafetera para pasar café y un vaso pequeño, ambos de metal. Lloré y lloré. Regresé al estacionamiento y la puse en venta junto con mi

pequeña van al amigo que dormía en una cabina de dos llantas. Ya había notificado a Justiniano.

<<—Por fin te encuentro, chica de pelo rubio y blanco.>>

<<<No muy sorprendida.>>>

<<—Escuché en la reunión de los navegantes que tú también ibas a estar aquí.

—Creo que te vimos en la reunión, estabas con él, ¿no es cierto?

—Así es, el mismo del condado, a quien le arruinaste su vida. Y veo tu aura que lo harás de nuevo.

—Ahora entiendo. Es una venganza. Tú eras una de las golfas.

—Ya me reconociste. Existe un código. Y tú lo sabes.

—Si lo sé. Solo he conseguido un permiso proveniente de la reunión de los Auras espirituales. Con eso bastará, eso es el objetivo principal.

—No lo hagas. Te arrepentirás.

—Debo hacerlo. Has hecho mucho daño alterando a los niños auras. Tengo que protegerlos. Ellos se integrarán a nuestro mundo real.>>

Al día siguiente, comienzo arreglar la van, solo quería llevarme la cafetera. De pronto, siento un palmazo en mis glúteos que me hace girar todo mi cuello. No vi nada, que me provocó un poco de susto. No le tomé importancia. Pasados unos minutos después otro palmazo en el hombro que me hizo voltear con todo mi cuerpo. Y la veo sentada al costado de la van sonriente y cantando como lo hacía antes.

—¿Úrsula?, pero, tú estás muerta —acojo una expresión de espanto, balbuceo—. Te acabo de ver en la morgue.

—Que dices loco, solo me ausenté unos días —se agarra los

cabellos y se los enrolla—. Estoy aquí tontito.

—No puede ser, ¿dónde has estado?

—¿Te acuerdas el lugar de Londres?, fuimos por vacaciones hace tiempo.

—Si, no me gusta, hay mucha neblina.

—Estuve allá y después regresé para arreglar algunos asuntos pendientes.

—No puede ser —dije muy asustado.

—Úrsula, me regreso a mi país.

—Eso también quiero evitarlo. No lo hagas, sé que no puedo hacer nada, a causa de un código de intervención.

—Qué cosas dices. No entiendo lo que me hablas. Pero, tendré que hacerlo, ya lo he decidido.

—Solo te pido por favor, Santos, no lo hagas. No le decepciones a Roberto.

—¿Como sabes de Roberto?, nunca te lo mencioné.

—Si lo hiciste cuando te embriagaste en la van —acoge una expresión de nerviosismo.

—No me acuerdo —adopto una expresión de sospecha—. Bueno, ya está decidido. Lo siento, ya no quiero seguir aquí.

—Si te vas, no podré hacer nada, lloraré y no me lo perdonaré en esta vida ni en otras—lagrimea.

—Cuídate, y conserva el koalita, eso es mi señal de amor y que nunca te olvidaré.

Capítulo 4

<<<Los agentes también daban sus discursos de sus operativos y expectativas en el holograma de la vida virtual, en la coordenada cuatro. Se habían capturado varios intrusos que estaban interviniendo y que fueron exterminados. Pero, aún existen más y tenemos que actuar rápido.>>>

“Siempre pienso en ella —abrazo una expresión pensativo—. ¿Dónde estará?, me gustaría verla de nuevo. Me gustaba sus ojos, brillaban a viajes interminables y a las aventuras. Fui un perro, no la trataba bien. Nadie me soportaba.”

Era invierno, ya empezaba a nevar y tenía treinta y cinco años. Había vivido los últimos diez en Rusia, terminando mis estudios para graduarme de agente policial. Un año más tarde regresé a Sídney para asimilarme como agente en la escuela de oficiales de Nueva Gales del Sur. Mi madre no quería que salga de Moscú, porque me decía las múltiples enfermedades que cualquier día podrían arrojarla a la tumba. Pero lo cierto es que, mi retorno estaba colmado de planes y expectativas, más que como estudiante de inglés, informática, contabilidad y qué se yo.

Me gustaba la aventura en todo su esplendor, me había convertido en mochilero, mantenimiento de limpieza de los edificios, en mesero y, por último, seguridad del último edificio que trabajé como mantenimiento en limpieza cuando fui estudiante. Durante esa hazaña y largo estudiantil, corría todos los días las avenidas principales de la ciudad. Pero tenía un defecto que quizá me ayudaría ser agente, era de espiar las mochilas, y llevarme prestado sus cuadernos, billeteras y sus diarios y saber todas sus vidas.

Mi ilusión más grande era ser un policía uniformado y vestir los colores celestes y pantalones azules, me veía manejando los carros coloridos a todo lujo, oliendo a perfume y usando gafas oscuras. Sin embargo, era de talla mediana, que no alcanzaba el límite de altura, puesto que, la mínima talla era de un metro ochenta y cinco, o dependiendo de la región en que me encontraba. Pero, seguí perseverante en pertenecer a la escuela de policías como administrador, contador u oficinista y vestir elegantemente, pero tampoco tuve suerte. Pensaba tal vez, que mi condición de inmigrante no podía llegar tan lejos, sino, limitadamente, conllevándome a aplicar en el servicio de inteligencia de la seguridad nacional. Como un agente desconocido resentido, de la calle, que vestía como cualquier joven metalero, vagabundo, pasar como loco, vestirme como mujer, borracho, vistiendo un sombrero, pantalones rotos, zapatillas rojas rotas y a veces

en sandalias, cualquier persona ordinaria y pasar desapercibido.

Nos sometíamos entre veinte a veinticinco semanas de entrenamiento exhausto en el centro del país. En donde, nos incluían habilidades de investigación, uso de armas de fuego, estado físico óptimo, autodefensa y más. Estos entrenamientos eran extenuantes comparado con las fuerzas policiales. Nos encargamos con el cumplimiento de la ley, realizamos constantes investigaciones e interdictos de actividades ilegales y crímenes dentro de la jurisdicción del país.

Por lo tanto, documentamos crímenes organizados, investigamos pistas, recolectamos evidencia, realizamos arrestos e interrogaciones a sospechosos del terror. Sin embargo, uno de los trabajos que me parecía estimulante, era que seríamos responsables de crear y desarrollar redes de inteligencia a través de informantes ambulantes. Pero, a veces solía ser aburrido este oficio de agente, porque la mayor parte del tiempo es llenar papeles, sacar copias y mantener los registros correctos y en orden en la oficina.

Tras el paso del tiempo, empecé a realizar mis labores como agente. Primero me aventuré en los trabajos del área de reserva, que tan solo servía de acatar las órdenes impuestas por el comando de operaciones. Realizaba los servicios de reserva en las quemazones de los árboles alrededor del país en los meses de verano. Acatar las órdenes de seguimientos a personas menos sospechosas, a correr durante cuatro horas y reportarlo. Si bien es cierto, que los de reserva eran bien suertudos, que tan solo trabajaban a tiempo parcial, y podrían obtener buenos trabajos como oficinistas, u otro oficio de acuerdo con la experiencia o estudio. Nos introducíamos en las células de los sospechosos del terror, de las personas burriel, de los proveedores de drogas, bandas de narcos y de los periodistas que filtraban informaciones desclasificados y secretos de estado.

Me destacaron en Afganistán por cuatro años y estuve en las operaciones de búsqueda de los comandos del terror. Era aterrador, tristeza y espanto haber estado por esas zonas, que quise renunciar y regresar, pero, no podía, tenía que cumplir las reglas de reclutamiento. Estuve involucrado en presenciar las salas de torturas, y observar con estupefacción a los procesos que se sometían a los individuos del terror, inyectándoles alucinógenos entre inocentes y no inocentes. Empezaba a no gustarme este trabajo, pensaba que iba solo ser preguntas y respuestas, pero, no fue así.

Fui el elegido de hacer seguimiento a los tres sospechosos, en especial Ashaham y Santos. Y con ayuda de algunos agentes latinoamericanos y poder traducir y descifrar el lenguaje o código en español y convirtiéndoles como nuestros choferes. Estaba consciente que sería un alto riesgo, me tocaba la frente y caminaba de un lado a otro muy

nervioso.

Nos internábamos en la calle de la ciudad principal, que era uno de los favoritos a volar cualquier centro comercial. En los rincones de los suburbios, en las discotecas, en las tabernas, en los clubes nocturnos, convivir en los parques con los vagabundos, en quienes no tenían hogar, en los supermercados y entremezclarnos. Éramos los policías camuflados de hombres de construcción, de limpieza en las calles, vagos en cada esquina, en los gimnasios, usando camionetas, tractores, taxis, bicicletas y patines bien equipados con laptop y usando drones espías a toda la calle de la ciudad. Así como también, había trabajadores involucrados en las fuerzas armadas y policiales, que estaban al servicio en tiempo parcial que eran usados como espías e informantes.

Nos agruparon en varios grupos, donde estaba incluido era la zona de la ciudad, en el cual, era de alerta roja. Éramos cinco en mi zona, cada uno tenía su propio punto de seguimiento, el mío era las tres letras como código R, S, A, las cuales eran las primeras letras de los principales sospechosos de mi agenda.

No podíamos ver a nuestras familias durante más de tres semanas, a veces un mes, por seguridad. Dormíamos en la calle, en las caravanas, en los carros que nos proporcionaron de segunda mano para pasar desapercibido, en los tractores de cemento, cualquier otro vehículo que no fuera llamativo y pasar como una persona normal. Me sentía como robots de cada sospecha, de cada orden de perseguir o custodiar sin resultado y que estaba cansado que quería abandonar el trabajo.

En un seguimiento frente a la ópera bar, una joven se me aproximó, me hizo la charla de su estadía, no ponía atención a lo que me decía, solo me dejé llevar por su figura carnosa y recuerdo de un tatuaje en su hombro y donde mis manos pudieran tocarla. Hicimos el amor en un hotel frente a la bahía en muchas ocasiones, porque era su favorito desde que nos conocimos. Llegó a fastidiarme su presencia, nunca me había pasado esto, no podía creer lo que me estaba ocurriendo y que no le importaba que la maltrate, le pegara, hasta la ultrajara y después botarla de mi habitación a la calle completamente desnuda. Mi sorpresa era que no se iba, se quedaba esperando a que recapacite y sigamos juntos. Me había acostumbrado a ella, su actuación de infiel en varias ocasiones en las tabernas me sacaba de quicio. Luego, se arrepentía y se arrastraba sin hacerse respetar.

Sabíamos que los terroristas usaban las conexiones de buzones que intercambiaban y conectaban en redes debajo de la tierra. Poseían la ayuda de algún servicio de inteligencia militar, llamado el mercado negro o mercenarios con paga, y eso se convertiría sumamente fácil para una operación de ataque y atentado en cualquier área del país. Se encontraban bien organizado con conexiones internacionales usando

sofisticados misiles y drones de alto alcance.

Cuando el sol se ocultaba, las palmeras y los árboles comenzaban a oscilar por la tempestad que se avecinaba, de donde, un fuerte viento golpeaba las ventanas de los carros, entre tanto, empezaba a llover con furia haciendo rugir a los chasis producto de las gotas y granizos. Me encontraba en ese momento en la capital almorzando con mi esposa y mi hijo en un crucero, de pronto, sobrevino llamadas telefónicas dos veces. La tercera llamada contesté. Me separé por un momento como de costumbre por seguridad, y lejano a los oídos de ellos. Tenía que presentarme de inmediato. Me despedí de mi madre, esposa e hijo único, pues sabía que, en algún momento de mi servicio, en cualquier punto de la ciudad o del país, sería fatal. Siempre cumpliendo mis obligaciones como ciudadano, agente policial, proteger mi familia y el país.

<<<Luego Scott da un grito ligero viéndola acercarse.>>>

<<<—He vuelto —dijo ella, le habló en ruso y lo mira con cólera.

—¿Qué?, ¿Tú?, ino puede ser! —exclamó Sammy Scott.

—¿Me has extrañado? —expresó ella, le brillaban los ojos de ira—. No te vayas a ese lugar.

—¿Cómo sabes que voy a viajar? —preguntó Scott, la mira fijamente.

—Hemos pasado un romance estupendo, agradezco tu tiempo de todo el amor que me has dado —dijo ella—. Ahora he vuelto, solo como amiga. Pero tendré que regresar.

—Realmente no entiendo nada —dijo Scott, le agarra de la mano—. Ven conmigo.>>>

<<<Ella da una ligera sonrisa.>>>

<<<—Solo he venido para prevenirte que viajes, por el bien de tu futuro y de tu familia.>>>

<<<Abrió los ojos de espanto, se enmudeció y la vio alejarse.>>>

<<<Van a entrar muy pronto, no querían dejar para otro día. Las fiestas navideñas y la cantidad de dinero que habían gastado para los juegos

pirotécnicos serán más importantes que las vidas de los rehenes.>>>

<<<La plaza principal peatonal de Martin Place mostraba un árbol grande de Navidad, que se lucía de día y noche colmada de turistas, familias tomándose fotografías y bailando a los compases de un Papa Noel que alegraba las fiestas. Gemía el amanecer, cantaba las gaviotas aduaneras de color blanco y plomo picando las papitas de las hamburguesas dejados por los transeúntes.>>>

<<<El reloj del correo central da las nueve y veinte minutos de la mañana, se escuchaban fuertes disparos de ametralladora en el Arsenal Lee Café. Retuvieron rehenes, al menos una docena de clientes por un par de terroristas armados con potentes artefactos explosivos. Algunos logran escapar a tiempo, otros fueron tratados a golpes y amenazados de muerte, mientras en las calles aledañas corrían con pavor y miedo. Decenas de policías armados rodean el Shop Café y empiezan a diseñar una entrada para liberarlos.>>>

<<<Se paralizó todo tipo de festividades, el ministro dio un discurso de calma a la ciudadanía, que la policía está tratando de negociar con los dos terroristas y refiriéndose que somos un país pacifista. Que la puerta está abierta para todos los ciudadanos de todo el mundo, sin discriminación alguno y nada ha cambiado ni debería cambiar hasta ahora, más aún seguiría en mejorar todos estos puntos.>>>

Mientras, el gerente de la tienda del café trataba de enfrentarse a uno de los terroristas y que luego cayó abatido por un disparo en el pecho, bebí el último sorbo anfetamínico de café de un dólar de la tienda de dos números y una pastilla, y luego tuve que entrar. Luego, se aglomeró gran cantidad de ambulancias, paramédicos y policías recorriendo las calles de la ciudad y aledaños desesperadamente.

Unas semanas después, sonaba en la habitación del hotel gritos de sexo. Entré para reunirme con ella, y la vi haciendo el amor con mi mejor amigo. Solo me acerqué, dejé que se fuera desde ahora el ex mejor amigo, y le di una cachetada que se quedó sentada en la cama. Mi mente había cambiado, mi mente pensaba día, tarde y noche, de esas personas inocentes que asesiné por error. Me dijeron que no diga nada, pero, quería ir al centro televisivo y decir la verdad de ¿cómo fue?. Estaba atormentado, me dieron las medallas, no las quería y las boté a la basura.

Me había acostumbrado a ella, ¿no sabía por qué?. La maltraté, la insulté, pero, seguía con sus encantos. Anteriormente, me daba celos hasta me contaba que se había acostado con algunos amigos y no me dolía. La costumbre me cambió y desde de aquel entonces me enfurecía como un

león y la pegaba, la pateaba, y, aun así, me seguía para estar conmigo. Un día la hallé en la puerta de mi precario hospedaje, en que había regresado después de botarla. Entonces, la pateé con la punta de mi zapato, aguantaba el golpe, lloraba y lloraba. La metí al cuarto arrastrándola, jalándola de los cabellos, y una vez más, me exigí despojarle la ropa hasta quedarse completamente desnuda, que eso me excitaba, y le hice el amor a punta de golpes y patadas.

—Nunca nadie me hizo esto perra —dije, le cacheteé la cabeza.

Ella solo me miraba con sus cabellos alborotados.

—Me has sacado de mis casillas. ¿Quién te crees que eres? —dije, camino de un lado a otro—. Vístete y vete.

Me sonrió como si estuviera bromeando, y me di cuenta de que estaba temblando de pies a cabeza.

—Has lo que tienes que hacer, si no, diré toda la verdad—dijo.

—¿Qué verdad mujer? —pregunté, me acerco a ella con mi rostro muy molesto como explotar—. No te harán caso de todos modos, solo eres una chiquilla de quince años.

—Tú sabes, no te hagas, yo lo sé, y pronto lo sabrán todo el mundo de todas maneras.

Me lo dijo con una burla que empezó a reír sin parar, como una loca, le dije que se callara, pero, no hacía caso y seguía riéndose. Estaba tan atormentado que me ofusqué y le cacheteé de nuevo.

—Nunca serás feliz con dos muertes de inocentes en tu cabeza, lo sé —expresó y mi rostro se volvió salvaje.

Le jalé los pelos, le arrastré sobre el piso, le oprimí el cuello con mi brazo, seguía riéndose y entre palabras escuchaba —ieres un desgraciado!, ivamos!, eres policía, actúa como tal y has lo que tienes que hacer icobarde!.

Así que, cogí la almohada, se lo coloqué en su vientre, saqué el mismo revólver y la disparé. Retrocedí, apoyándome sobre la pared y la vi tendida sobre la cama. Después, veo que levanta la mano derecha, la extiende y me llama, y pide que le agarre la mano.

—Gracias, hiciste un buen trabajo y yo también.

Lloré y lloré, la cama estaba de sangre, sus ojos estaban abiertos y mirando a un koalita que le obsequió un amigo lejano en su cumpleaños.

Le cerré los ojos.

Entraron los policías. Y me llevaron. Tenía razón, ahora estaré en paz.

<<<Sobre la cama yacía charcos de sangre, muchos moretones en su rostro y pierna. La policía hace su labor de los trámites correspondientes, mientras uno de ellos queda de guardia hasta el levantamiento del cadáver. Aquel hombre contemplaba el cuerpo que estaba en panty y sin blusa. El uniformado de color celeste se asoma al balcón para fumar, luego regresa y da un salto de espanto con los pellejos erizados, al ver que el cadáver estaba con los ojos abiertos mirando y sonriendo al Koalita.>>>

<<<Por el otro lado, devuelta a las filas, en la zona de la selva del alto Huallaga, la cuadrilla de Santos avanzaba de una manera lenta, a veces, paraban y otras veces a trote. Una emboscada por parte del ejército les toma por sorpresa, justo cuando cruzaban un río caudaloso. De tal manera, Santos cae en la orilla herido de bala en el cuello. Comienza a arrastrarse hasta una pequeña colina y yacía su cabeza sobre un tronco lleno de lodo, quedando desolado y pensativo, siente que el alma se le va, cerrándose los ojos de forma lenta llamando a sus compañeros y haciendo vivas. Un suspiro resucitador le produce al sentir que le cogen de la mano, otro mano encubierto de unos guantes de combate.>>>

<<<—Esta es la segunda vez en que nos enfrentamos —se arrodilla, deja de lado su ametralladora sobre el tronco.

—¿Cómo dice? —la agonía es más fuerte, levanta la cabeza, traga saliva a atorarse y babea sangre—. No puede ser, ¿Brigadier Cortadilla?, tú aquí.

—No quería hacerlo, llegué a saberlo después. ¿Por qué regresaste? —Se saca el casco, los guantes y le coge de la mano—. Rezaba a que no nos enfrentaríamos de nuevo y en estas circunstancias. Tuve que obedecer órdenes compañero.

—Viva la revolución —queda arrecostado con la mirada fija ante sus ojos.

—Como tú digas mi amigo, aunque no fuiste mi promoción saliente, te considero como tal. Siempre adelante compañero y camarada, ahora estas a salvo, visualiza la luz y anda con dios.>>>

<<<Siempre recalcaba que no estaría en paz en ninguna parte.>>>

<<<Simultáneamente, Roberto leía la carta.>>>

“Mi querido Roberto, al leer esta carta, sabrás que lo hago con amor y sinceridad. Espero que me perdones de nuevo por no despedirme. Ahora estarás a salvo, nadie te seguirá, todo terminó. No pude salvar a tu amigo, él quiso hacerlo de esa manera y un código de no intervención no me lo permitió. Ahora me voy a otro tiempo y después al lugar de donde provengo, Eridu en Sumeria, tú sabes, y servir al príncipe descendiente del rey gobernante de donde me trajeron. ¡Volveré!. Sigue tomando tu leche en tu vaso favorito del inca que te regalé. Cuídate mi Chiquilín”.

FIN